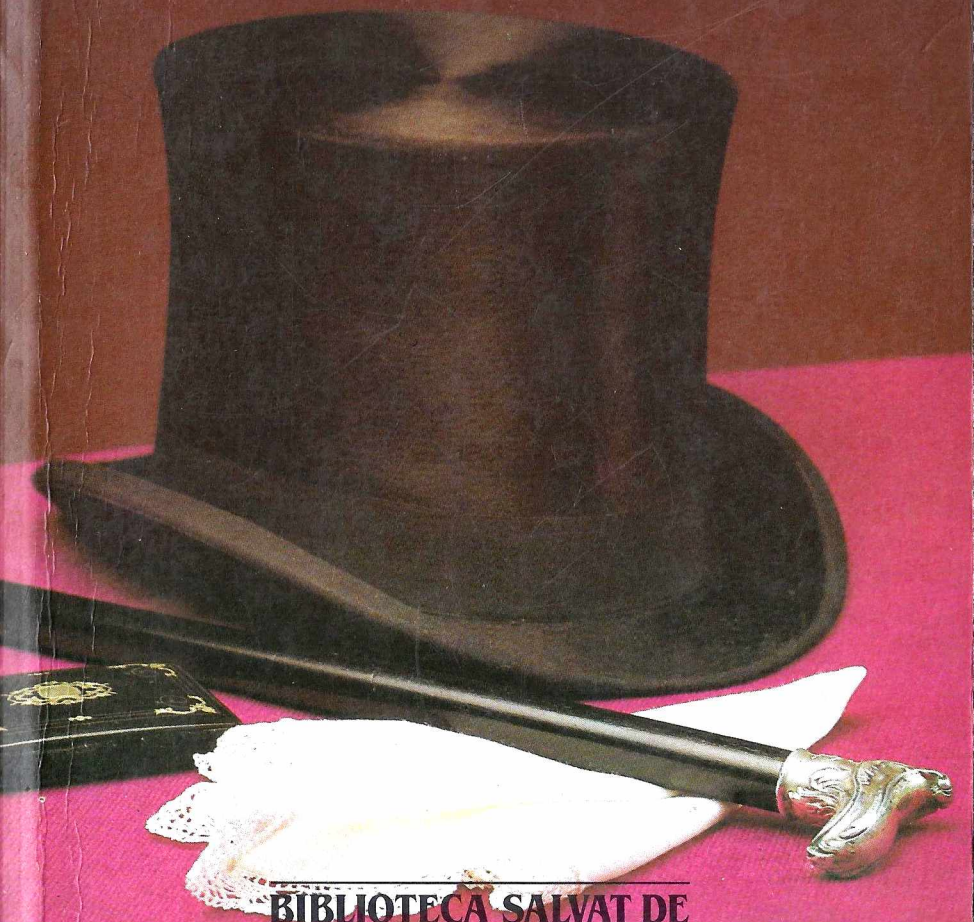
BYRON

DEREK PARKER



BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

EX LIBRIS Scan Digit **Danielus**
OCR

The Doctor

http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/

http://el1900.blogspot.com.ar/

http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/

BYRON

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS

BYRON

DEREK PARKER

Prólogo

PERE GIMFERRER

SALVAT

Versión española de la obra original inglesa: *Byron and his world,* publicada por Thames and Hudson, Londres.

Traducción del inglés a cargo de Rosario León Cuyas.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat o de Thames and Hudson.

© Salvat Editores, S.A., Barcelona, 1985.
© Thames and Hudson, Londres.
ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).
ISBN: 84-345-8180-9.
Depósito legal: NA-374-1985
Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca 41-49 - Barcelona.
Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1985.
Printed in Spain

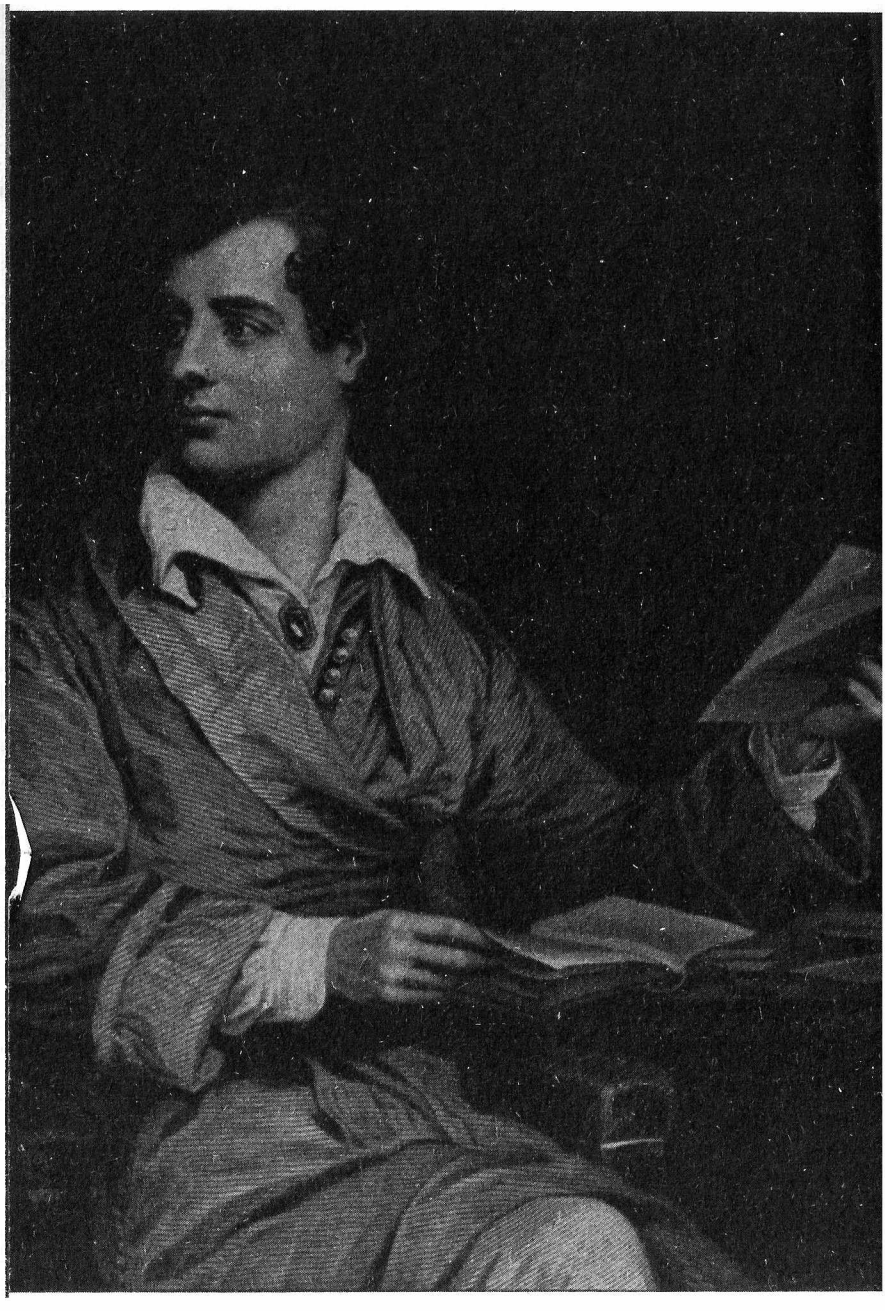
Indice

	Página
Prólogo	9
1. La herencia del «malvado lord»	15
2. Primeros escándalos, primeros viajes	34
3. De la fama al matrimonio	58
4. Vagando por Europa	83
5. Venecia, «la isla más verde de mi imaginación»	112
6. Tiempos de revolución	131
7. Bajo el signo de la muerte	143
8. La causa griega	160
9. Missolonghi, la tierra de la muerte honrosa	172
10. Poesía y personalidad de Byron	188
Cronología	197
Testimonios	199
Bibliografía	203

Lord Byron (1788-1824)

George Gordon Byron nació en Londres el año 1788. De origen aristocrático, fue educado por su madre en la severa moral calvinista de sus antepasados escoceses, y cursó estudios en Harrow y en el Trinity College de Cambridge. En 1798 heredó el título de lord y el dominio de Newtead Abbey, en Nottinghamshire, y algunos años más tarde tomó posesión de su correspondiente escaño en la Cámara de los Lores, donde sobresaldría como figura del partido liberal. En 1809 emprendió, junto con su amigo John Cam Hobhouse, un largo viaje por España, Portugal, Albania, Grecia y Asia Menor, en el transcurso del cual acumuló material para algunas de sus obras y comenzó a escribir el *Peregrinaje de Childe Harold,* un extenso poema en cuatro cantos. Separado de su esposa Annabella, Byron abandonó Inglaterra definitivamente en 1816. En Ginebra, donde residió algunos meses, trabó una estrecha amistad con Shelley y conoció a Claire Clairmont, con quien tuvo una hija, Allegra. Establecido después en Venecia, se entregó a una vida de ostentoso libertinaje que, sin embargo, fue una etapa de intensa actividad creadora. En 1817 apareció *Manfred,* una tragedia inspirada en el *Fausto de Goethe,* y dos años más tarde inició la redacción de *Don Juan,* un poema en dieciséis cantos considerado su obra maestra y una de las más representativas del Romanticismo europeo. Por otra parte, la política fue poco a poco canalizando sus inquietudes. En 1823, dirigió una expedición a Grecia, en lucha entonces contra los turcos, y un año más tarde murió víctima de una enfermedad en la localidad griega de Missolonghi, a los treinta y seis años.

◀ *Retrato de Byron pintado por Vincenzo Camuccini, probablemente en Roma, en 1815. Galleria di S. Luca, Roma.*



Prólogo

Lord Byron, el héroe de sí mismo

Por ***Pere Gimferrer***

Quizá lo más significativo de la literatura romántica sea el hecho de convertir al escritor en el personaje principal de la obra literaria. La afirmación requiere matizaciones. Por literatura romántica se entiende aquí lo que en el ya clásico estudio de Mario Praz sobre el tema, esto es, no sólo la literatura que nace en el ciclo histórico del romanticismo propiamente dicho, sino sus sucesivas derivaciones, que a través del decadentismo y el simbolismo llegan en rigor hasta nuestro siglo. La poesía surrealista sólo es concebible en tanto que expresión exacerbada y extrema del espíritu romántico, y si el núcleo de atracción más poderoso del vasto ciclo novelesco de Proust es el narrador sin nombre que relata la historia, ello resulta posible porque, por ejemplo —como ha notado Mario Vargas Llosa—, en una obra como Los miserables, *sabiamente profusa en personajes, el más importante es sin duda el que lo refiere todo, es decir, el propio Victor Hugo, no sólo —añadamos— por su condición de autor del texto, sino porque tal condición era inseparable de su personalidad pública.*

Una operación de tal naturaleza no pudo darse sino de modo excepcional en la literatura anterior al siglo XIX. *Es cierto que la personalidad humana y la biografía de Ovidio, de François Villon o de Lope de Vega, por citar algunos ejemplos, no pueden dejarnos indiferentes y sentimos su huella en sus respectivas obras; pero, al lado de estos casos y otros parecidos, una teoría de genios cuya vida e intimidad nos resultan casi enteramente opacas desconcierta como un enigma al lector de hoy. ¿Qué sabemos, verdaderamente, fuera de los datos externos, acerca de Fernando de Rojas, de Cervantes, de Shakespeare, de Racine, de Dante? Parece incluso, en tales ocasiones, darse*

◀ *Retrato de lord Byron.*

un hiato entre el hombre y la obra: no es casual que se hayan buscado tantas y a veces tan fantasiosas alternativas a la autoría de Shakespeare; que —poco menos que hasta los recientes trabajos de Stephen Gilman— haya habido cierta tendencia a estudiar La Celestina *como una especie de producto espontáneo, orillando al individuo Rojas, o que un Unamuno se haya tomado las más curiosas licencias con un Cervantes al que supone sin comprensión cabal de las dimensiones de su hidalgo.*

Los términos se invierten en la era abierta por el Romanticismo. No resulta ilícito preguntarse en qué medida la fascinación de Rimbaud, Baudelaire, Hölderlin, Trakl o Kafka como figuras humanas ha llegado incluso a enturbiar a veces la apreciación de su evidente excelencia literaria específica. Aun en los autores que aspiran a la invisibilidad, al desvanecimiento total de su identidad tras el estilo —por caminos muy distintos, un Stendhal o un Flaubert—, el carácter en el fondo romántico de la empresa ha generado una vasta curiosidad por la biografía, los papeles privados o el epistolario. Agresivamente, otros convierten su existencia y su arte en cauces paralelos, proyecciones metafóricas de una individualidad retadora: el poema hecho acto, la vida como poema. Son las primeras encarnaciones del mito personal del artista, que en nuestros días hallará ilustración, desde los niveles estéticos más dispares, en figuras como James Dean o Salvador Dalí, Pier Paolo Pasolini o Vladimir Horowitz, Maiakovski o Scott Fitzgerald. La biografía es, en todos estos nombres —marcados por el éxito, el escándalo, la provocación, los conflictos y un fin muchas veces trágico—, una derivación sustantiva del trabajo artístico.

Si no le asistieran otros valores, la importancia de Byron en la historia literaria universal estaría asegurada por el mero hecho de haber sido quizá el principal fundador de esta concepción romántica del artista. La aportación básica, en este sentido, de nuestro autor es precisamente la creación del «héroe byroniano»; y el primer héroe byroniano fue sin duda el propio Byron, antes que cualquiera de los personajes de sus poemas, del mismo modo que —según observa agudamente Jaime Gil de Biedma— el último héroe byroniano ha sido con toda probabilidad el personaje obsesivo, altanero y ambiguo que cristalizó en la voz, el rostro y el porte de Marlene Dietrich. Un aislamiento desdeñoso, sensual, hedonista y sombrío distingue el sino del héroe byroniano: la propia vida de Byron —cuna elevada; ideales políticos que en el vocabulario de hoy, para el contexto de la época, llamaríamos izquierdistas; amores adúlteros y libérrimos;

ruptura matrimonial escandalosa; bisexualidad; sátiras literarias, políticas y personales; pasión por el mundo meridional y clásico de Italia y Grecia hasta el punto de inmolarle literalmente la vida— se distingue por una especie de fatalismo elegido que es en sí una obra de arte. Postuló para su propia existencia, como para sus poemas, aquello que en un verso célebre presta a Italia: «el don fatal de la belleza».

En su temprana forma más acabada, el héroe byroniano tomaba cuerpo en Childe Harold, *cuyo deambular por parajes de un colorido evocador o exótico era un trasunto nítido para cualquier lector de la llamativa existencia de Byron. El canto IV, con la larga invocación a Venecia declamada por el poeta desde el Puente de los Suspiros, es una de las páginas más justamente famosas y características de la poesía del romanticismo. La Venecia aquí aludida, la Venecia en la que Byron vivió y en la que llegó a crear un mito de tempestuoso derroche y de libertinaje espléndido, no ostentaba ni siquiera aquella vida apagada, calladamente provinciana e íntima, que evocan las comedias de Goldoni o los cuadros de Canaletto; en plena postración, su atmósfera cargada como en los oros pastosos de un lienzo de Guardi reclama más bien el aparato eléctrico de una magna tormenta verbal. La teatralidad del marco, acorde con la de los versos, era consustancial al personaje: todavía hoy, en el Gran Canal, la fachada de la casa en que residió Byron en Venecia, vista al sesgo desde una góndola —pues tal es su natural vía de acceso— difunde una melancolía solemne y noble de piedra afinada por la atmósfera acuática hasta la pura emblematización. Otros lugares byronianos exhiben un clima parecido, a la vez aparatoso y lánguido: así en los alrededores de Venecia, la villa cercana al río Brenta, en una zona de quintas y palacetes de descanso veraniego progresivamente abocada a la desertización de la sociedad dieciochesca que la sustentaba; o, a orillas de lago Léman, en Montreux, el castillo de Chillon, en cuyas mazmorras —tomando así materia para un poema de característico alegato en pro de la libertad,* El prisionero de Chillon*—, Byron evocó a Tasso al revestirse con las cadenas del cautiverio en un gesto de simulacro, típico en una vida hecha, ante todo, de actitudes, de mimetismos encaminados a aproximarse a un personaje ideal que fuera él mismo. A simular, en suma, ser lord Byron para así poder llegar a serlo realmente.*

La inteligencia del escritor, que centellea en su fascinante epostolario, era tan poderosa que precisamente en este rasgo, tan de época y tan aparentemente vulnerable a la erosión de los

cambios de modas, supo hallar la cifra de su inusual modernidad. El personaje Byron, en la forma que cautivó desde las páginas de Childe Harold *a sus contemporáneos hasta convertirse en un* best-seller *de la época (no olvidamos que todavía Baudelaire escribía que los buenos versos nunca hacen perder dinero al editor, y que Keats acometió el poema narrativo extenso con la esperanza de mejorar su situación económica), ha envejecido indudablemente, pero no para pasar de moda en el sentido corriente, sino para convertirse en arquetipo clásico de los sueños e ideales colectivos de una época, al lado de Chatterton, de Ossian o de George Sand. Sin embargo, no el personaje, sino la relación entre él y el hombre Byron, tanto en su vertiente pública como en la privada, es el eje de la parte artísticamente más perdurable, más genuinamente moderna, de esa extensa obra poética.*

Es Don Juan *la expresión más acabada de este Byron precursor y fecundo. El poeta declara en él de modo explícito que toma por modelo el poema* half-serious *—que en español ha solido llamarse heroicoburlesco, o simplemente jocoserio— al modo del* Morgante *de Luigi Pulci, cincelada y colorista muestra de manierismo en la que se extrema la tendencia a la autoparodia por hipérbole que aparecía ya en Ariosto, y el coloquialismo irriga los esplendores de la materia noble. Pero, a decir verdad, Byron peca aquí curiosamente de modesto; su estrategia literaria es mucho más compleja e innovadora que la que cabría atribuir a un simple émulo de Pulci, si bien se comprende que adujera a éste a título de referente ajeno a la tradición poética inglesa.*

En sí, la sutil operación subversiva llevada a cabo por Byron en Don Juan *—subversiva no sólo respecto a la literatura y a la sociedad de su tiempo, sino en alguna medida incluso respecto a zonas de su propia obra anterior— se desarrolla por lo menos en tres niveles simultáneos. En primer lugar, Byron, relativamente inhábil para la emoción lírica pura y para la musicalidad, comprende que tales limitaciones pueden convertirse en virtudes si aplica su, por otro lado, excepcional talento literario en la dirección adecuada. Así, la dicción narrativa se dispara y se dispersa hacia el prosaísmo digresivo: el texto es una miscelánea,* patchwork *o trabajo de retales y retazos propiamente, en el que tienen cabida desde la invectiva literaria o política —contra el lakista Southey, por ejemplo, o incluso contra Wordsworth— hasta la pura expansión privada —dardos dirigidos a la mujer de Byron— y, paralelamente, la horma de la rima, an-*

gosta a veces para la respiración natural del autor cuando éste adoptaba un registro de grave impostación en la voz, se convierte en un vehículo de irresistible autoparodia. Esta doble y sistemática maniobra de sabotaje gira en última instancia en torno a un tema central: la dialéctica entre: a) *el hombre Byron,* b) *su personaje literario en el poema, como hablante y* c) *su personaje público. La identificación casi plena que se daba en* Childe Harold *ha cedido el puesto a esta rica, ambigua y serpenteante dialéctica.*

De este modo, Don Juan, *aun inconcluso, se configura como uno de los poemas esenciales de la modernidad. En él la literatura es crítica, apostilla y sátira de sí misma, las fronteras entre géneros y tonos se pulverizan y la identidad del hablante, perpetuamente puesta en entredicho, no sujeta a convención alguna, es, sin embargo, en forma inequívoca, el núcleo central que confiere unidad a un discurso cambiante y poliédrico, de una variedad, una inventiva verbal y una colorida y vehemente energía intelectual a toda prueba.*

Las consecuencias inmediatas de esta aventura literaria, tan asombrosa como la propia vida de Byron, no fueron menos profundas que las del mito trágico que animó Childe Harold. *Sin el Byron de madurez de* Don Juan *no se concebiría ni el Espronceda de* El diablo mundo *—el poeta español más moderno de su época— ni la fluctuación de matices con que un Baudelaire, entre el sarcasmo, la discusión ética y la automagnificación, convierte sus* Flores del mal *en un constante debate con su propio personaje de* dandy.

La seducción de Byron, aun cuando la del hombre haya parecido a veces ante la posteridad más poderosa que la del escritor, se ha hecho presente incluso en los puntos de mayor factura de la vanguardia. No es casual que, con jocundia rabelesiana, un Apollinaire haya novelado al Don Juan *byroniano y a su autor es una curiosísima obra narrativa,* Les trois don Juan, *y que una cita de Byron encabece uno de los poemarios de Vicente Aleixandre más cercanos a la incandescencia superrealista,* Espadas como labios. *Más tardíamente aún, en los años 60, por lo menos dos poetas españoles —Gabriel Ferrater, en catalán, y Jaime Gil de Biedma, en castellano— remiten en algún sentido al antecedente byroniano, que es especialmente relevante en el caso de Gil de Biedma, no sólo por citar el* Don Juan in extenso *o por la tendencia al discurso narrativo y a la alternancia de tonos, sino, de modo muy particular, porque en dos poemas mayores —los titulados «Contra Jaime Gil de Biedma» y*

«Después de la muerte de Jaime Gil de Biedma»— se da un proceso de careo con la propia contrafigura literaria explicable sólo a partir de las premisas que, asentadas en Childe Harold, *fueron llevadas en* Don Juan *a su más audaz distorsión. Los casos citados son sólo algunos entre los exteriores a la tradición literaria anglosajona, pero bastan probablemente para mostrar que, incluso en los momentos en que pareció darse cierta desafección hacia Byron, su influencia fue persistente y profunda sobre nombres muy significativos.*

De aquella relativa desafección cabría decir algo. La misma espectacularidad con que el «héroe byroniano» —el propio Byron y sus criaturas— se modeló ante la sociedad de su tiempo, explica quizá que ni cierto sector de ésta ni cierto sector de la posteridad le perdonaran el hecho de incluir en el ideal romántico la crítica de dicho ideal. Abiertamente o no, se le reprochaba acaso no ser un poeta como Keats, o como Hölderlin. No era desde luego, ésta la dirección en que se orientó su talento, y, sin duda, en el caso de haberse limitado a la forma que tomó en Childe Harold, *su importancia histórica y su atractivo no le dispensarían del reproche de superficialidad.* Don Juan *le exime de él por completo; si bien en este poema no prolonga, expande y ahonda la palabra romántica hacia la raíz última de lo inefable que el romanticismo acotará para el surrealismo, la abre en cambio hacia un espacio de indagación y crítica del hecho literario y de la vida moral que aún nos concierne hoy. En una finta última, suprema —estocada de luz buida en un panel de plata—, los cantos de este trunco* Don Juan *prueban, precisamente, que la poesía de Byron iba en serio, del mismo modo que su muerte en Grecia sella con una dolorosa apoteosis una trayectoria que no fue sólo una sucesión de gestos, sino una apuesta en la que, a un solo envite, se jugó la vida. Menos enigmática quizá que el silencio de Rimbaud en Abisinia o la locura abismal ensimismada de Hölderlin transformado en un taciturno «señor Scardanelli» en una buhardilla, esta apuesta final no es menos impresionante por su autenticidad poética. Crear un personaje es ya mucho; saber, a un tiempo, morir como tal y legarnos su crítica representa la más alta lección de Byron, la que le convierte, esta vez definitivamente, en un héroe byroniano.*

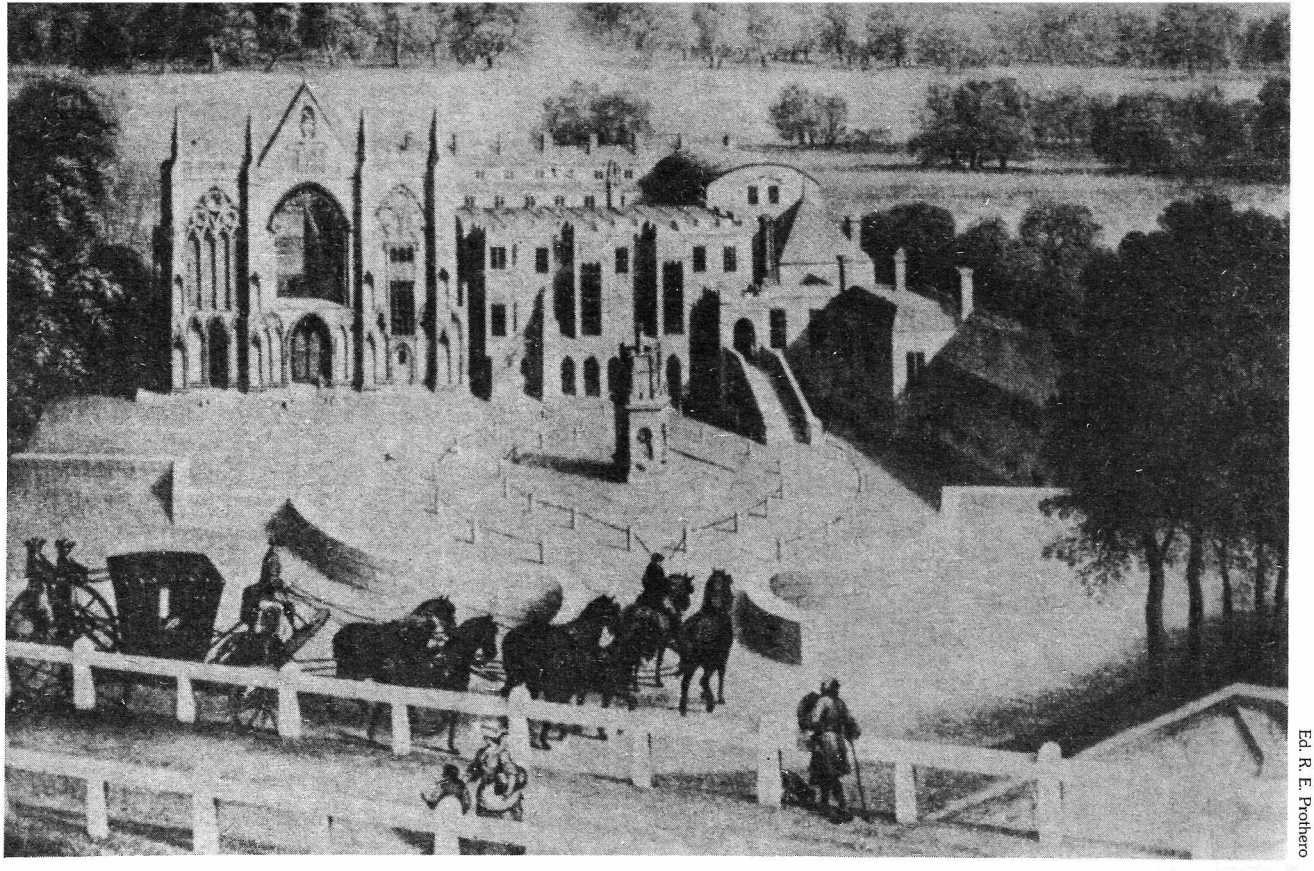
1. La herencia del «malvado lord»

Si Byron fue atractivo, ocurrente, radical, brillante conversador y, también, un brillante poeta, no es menos cierto que también fue cruel, mezquino, amoral, colérico y orgulloso. Es posible que algunos de estos últimos rasgos fuesen hereditarios; sin embargo, las excentricidades de su familia no se manifestaron hasta un periodo relativamente tardío de su historia.

El primer antepasado de Byron del que se tiene noticia es Radulfus de Burun, el cual aparece en el Registro de Tierras de 1086; y la abadía de Newstead estuvo asociada con el nombre de la familia a partir de la época de la disolución de los monasterios, cuando Enrique VIII vendió «toda la casa y emplazamiento, suelo y terreno del último monasterio o priorato de Newstedad, en el bosque de Sherewood, en nuestro dicho condado de Nottingham», a sir John Byron, por la cantidad de ochocientas diez libras. Un sir John posterior, general de Carlos I, recibió el título de barón Byron de Rochdale en el año 1643. En la guerra civil que hubo a continuación, la familia perdió la mayor parte de sus propiedades.

El quinto lord Byron, nacido en 1722, fue conocido como «el malvado lord». Sus múltiples extravagancias, tales como el montaje de batallas navales en los fosos de Newstead, o la muerte en duelo de un vecino llamado William Chaworth, eran recordadas incluso por los contemporáneos de Byron. El hijo del «malvado lord», o sea el abuelo de Byron, se fugó con su prima hermana y se enroló en la Marina, donde llegó a ser almirante (su tripulación le apodaba «Jack Tiempo Revuelto»). Hubo ciertos escándalos asociados con su nombre, pero fueron superados con mucho por los escándalos de su hijo (y padre del poeta Byron) John, nacido en Plymouth en 1756.

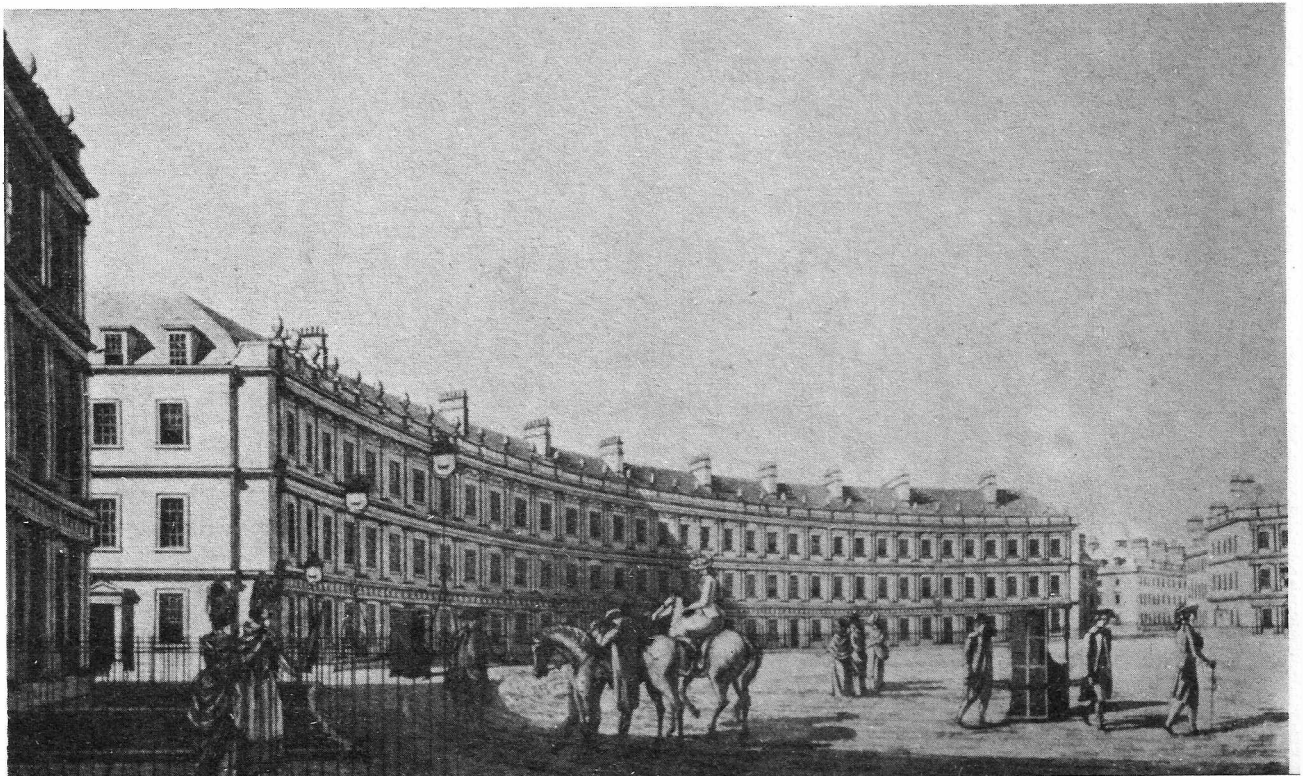
El libertino y jugador John Byron, justo cuando acababa de ser admitido en la Guardia, sedujo a la hermosa y rica esposa de lord Carmarthen. Ella obtuvo el divorcio, se casaron y vivieron los seis años de su matrimonio en Francia, donde tuvieron



Ed. R. E. Prothero

▲ *El macizo edificio de la antigua y venerable abadía de Newstead, en 1720.*

La plaza circular de Bath a finales del siglo XVIII. British Museum, Londres.



Ed. R. E. Prothero

tres hijos, de los que la única sobreviviente fue Augusta, nacida en 1783. Encontrándose con que los ingresos de su mujer cesaron a su muerte, el capitán Byron partió para Inglaterra, obviamente en busca de una nueva heredera. Arteramente se encaminó a Bath, donde veraneaban las familias más elegantes. Era la época dorada del balneario, y en Bath (o en Harrogate o en Tunbridge Wells) se hallaban no sólo los aristócratas, sino también las ricas familias de la alta burguesía; si eran muy ricas, se las recibía a su llegada con un repique de campanas. No sabemos si las campanas dieron la bienvenida, a su llegada a Bath, a Catherine Gordon, una escocesa de veinte años, huérfana, con una fortuna de veinte mil libras. El capitán Byron, atrevido y ele-

gante, no tuvo dificultades para conquistarla; se casaron el 13 de mayo de 1785.

La madre de Byron era tan poco atractiva como su padre encantador; vulgar, regordeta, sosa, inculta y chismosa: poseía un temperamento apasionado y una lengua ordinaria. Su familia, de Gight, treinta millas al norte de Aberdeen, era famosa por hechos de violencia contrarios a la ley que databan del siglo XVI, hechos que casi no tuvieron parangón en la Escocia de aquel tiempo. El amor que sentía por su marido era una de las escasas virtudes de Catherine. Pero ésta fue una virtud que la llevó lite-

◀ *Catherine Byron era para su hijo «una madre tierna e imperiosa que a veces me obsequiaba con unas vacaciones y otras me tiraba de las orejas». Retrato por J. Ramsay.*

Casa natal de Byron, en el número 16 de Holles Street.

Illustrated London News

ralmente a la ruina, ya que en 1786 el capitán Byron se había gastado las tres mil libras que su mujer poseía al contado, y había hipotecado sus bienes por ocho mil libras. Un año después vendieron Gight para pagar sus deudas, pero incluso así los alguaciles persiguieron a la pareja a lo largo de Inglaterra, hasta el punto de que se vieron obligados a refugiarse en París en el año 1787. Allí ya se dejaban sentir los primeros síntomas de la inestabilidad política, y cuando Catherine Byron se quedó en estado, decidió viajar a Londres para tener allí a su hijo.

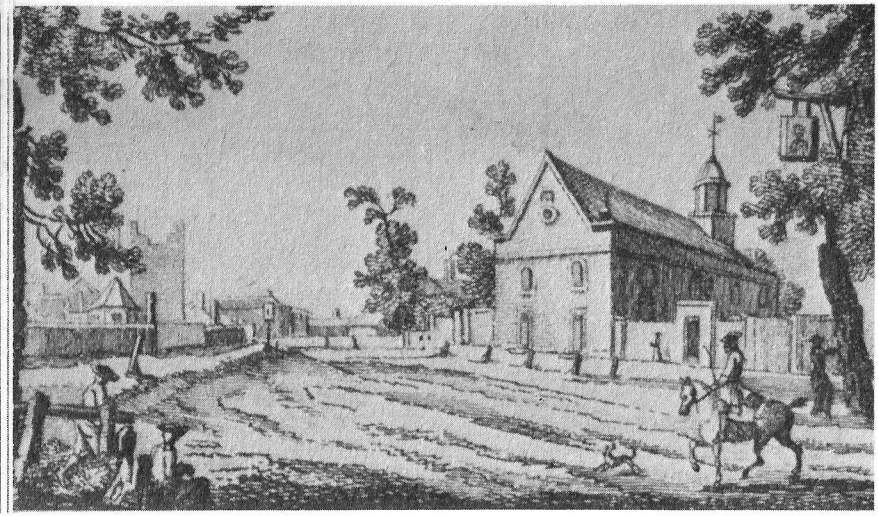
Y así fue como Byron nació en Londres, el 22 de enero de 1788, en una habitación trasera amueblada del número 16 de Holles Street, un callejón que discurría entre Oxford Street y Cavendish Square cuyos vestigios desaparecieron totalmente en el bombardeo de 1940, aunque se conserva el nombre de la calle.

Por esta época su padre también estaba en Inglaterra, pero tenía que seguir ocultándose de sus acreedores, y por eso no estuvo en la iglesia de St. Marylebone el 29 de febrero, día en que su hijo fue bautizado con el nombre de George Gordon Byron. Después de permanecer casi un año escondida en Londres, la señora Byron marchó con su hijo hacia el norte, a Aberdeen, a la comarca que conocía. Allí se dispuso a vivir con ciento cincuenta libras anuales, la renta de los restos del capital obtenido por la venta de Gight. El capitán Byron la siguió y se establecieron en unas angostas habitaciones de Queen Street. John y Catherine se irritaban mutuamente y el niño los irritaba a ambos, así que John abandonó a su mujer para irse a vivir al otro extremo de Queen Street, desde donde la visitaba para pedirle dinero.

En septiembre de 1790, justo después de que Catherine recibiera su asignación regular, John desapareció rumbo a Francia llevándose consigo hasta el último penique que encontró. Mientras su mujer vivía en la indigencia en Aberdeen, él gastaba a manos llenas en Valenciennes, ingeniándoselas, según parece, para ignorar la Revolución francesa, que bullía y se fraguaba en torno suyo. Finalmente, hasta su talento para el fraude y los aplazamientos se agotó, y murió de repente, el 2 de agosto de 1791. Su enorme encanto no dejó nunca de cautivar a su mujer, que escribió a su hermana: «A pesar de todas sus debilidades..., siempre le he amado sinceramente.»

Así pues, durante sus primeros años Byron experimentó la pobreza, el mal humor de su madre y la falta de un padre; sin

◀ *Castle Street, en Aberdeen, 1812. Grabado de C. Turner, según dibujo de H. Irvine. British Museum, Londres.*

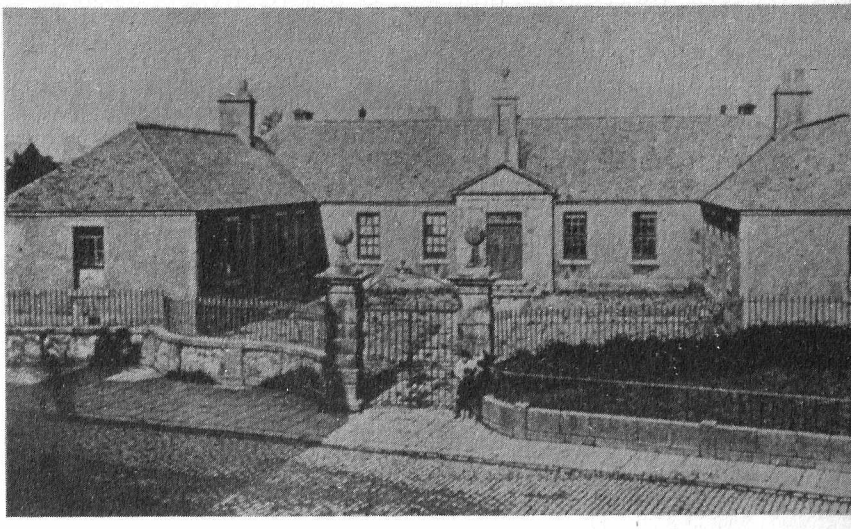


Iglesia de St. Marylebone. Grabado de J. Roberts, según dibujo de Chatelain. British Museum, Londres.

embargo, recordaba muy bien el escándalo y la violencia de sus discusiones y «sentía una muy temprana aversión al matrimonio, a la vista de las peleas caseras». No debe olvidarse que, a pesar de sus imperfecciones, Catherine Byron amaba a su hijo y se preocupaba particularmente por su defecto físico: el niño nació con el pie izquierdo deforme. Si este defecto consistía en que tenía el pie atrofiado, o meramente se debía a un tendón demasiado corto, ha sido materia de discusión desde los tiempos de su muerte, y parece dudoso que esta cuestión llegue jamás a aclararse. Fuera cual fuese su deformación, Catherine se propuso remediarla decididamente.

Tan pronto como el niño supo caminar consultó a los médicos y le compró unas botas ortopédicas. La atención que su madre prestaba a su pie hizo que Byron fuera extremadamente consciente de su defecto. En cierta ocasión, mientras paseaba con su niñera, se encontraron con otra niñera que dijo: «¡Qué niño tan guapo es Byron; lástima que tenga la pierna así!» El niño, de cuatro años, la azotó con un látigo de juguete chillando: «¡No te atrevas a hablar de eso!» Este complejo por su defecto le duró toda la vida.

Cuando tenía cinco años fue por primera vez al colegio, a una pequeña escuela cercana a su casa, en Broad Street. Al pa-



La escuela secundaria de Aberdeen, donde Byron estudió desde los seis a los diez años con otros ciento cincuenta muchachos.

recer se trataba de una escuela con pocos recursos, pero contaba con un par de profesores conscientes de su labor, y Byron aprendió pronto a leer. No le gustaban mucho los libros de aventuras que solían leer los niños de su época, y prefería, o al menos eso dijo años más tarde, *Las mil y una noches*, *Don Quijote*, *Roderick Random* de Smollet, y la Biblia. A menudo resulta difícil averiguar si Byron dice la verdad cuando habla de sí mismo. Pero si bien no tenemos ninguna seguridad de que leyera a Cervantes a la edad de cinco años, no hay duda de que conocía muy bien la Biblia y especialmente el Antiguo Testamento, desde muy temprana edad. Treinta años después dejaría perplejo a un pedante eclesiástico con su facilidad para citar las Escrituras; y ciertamente su preocupación por el problema de la predestinación, que le duraría toda la vida, comenzó a fascinarle a la edad de cinco o seis años, con la historia de Caín y Abel. Una niñera calvinista contribuyó a fomentar la melancolía en que le sumieron sus primeros contactos con la religión; a partir de entonces sintió Byron, en sus momentos pesimistas, que estaba predestinado a un final desdichado, como escribió en *Childe Harold:*

La vida, aborreciendo la melancolía,
escribió sobre su frente el sino inquieto de Caín.

Miniatura de Byron a la edad de siete años, pintada en 1975. «Pocos son mis años —escribió— y sin embargo siento que el mundo nunca se hizo para mí.»

En muchos aspectos, sin embargo, su vida fue la de un colegial normal y alegre. Dejó el parvulario y entró en la escuela secundaria de Aberdeen, pero parece que no fue excesivamente aficionado a los estudios. Participó en los juegos escolares, nadó en el estuario de Dee, y a los ocho años se enamoró platónica, pero muy intensamente, de una joven que era prima lejana suya, Mary Duff.

El barón Byron

Entonces se produjo el primer cambio importante en su destino. En 1793 la señora Byron se enteró de que el joven nieto del «malvado lord» había sido asesinado en Córcega; Byron era el presunto heredero del título. El 21 de mayo de 1798 el anciano lord Byron falleció, y George London, con diez años de edad, se convirtió en el sexto barón Byron de Rochdale. Cuando se mencionó su nuevo título en las listas del colegio, quedó tan perplejo que rompió a llorar. Y aunque para calmarle fue necesario en-

viarle a su casa, la actitud respetuosa del profesor le transmitió en seguida un alto concepto de su nueva dignidad.

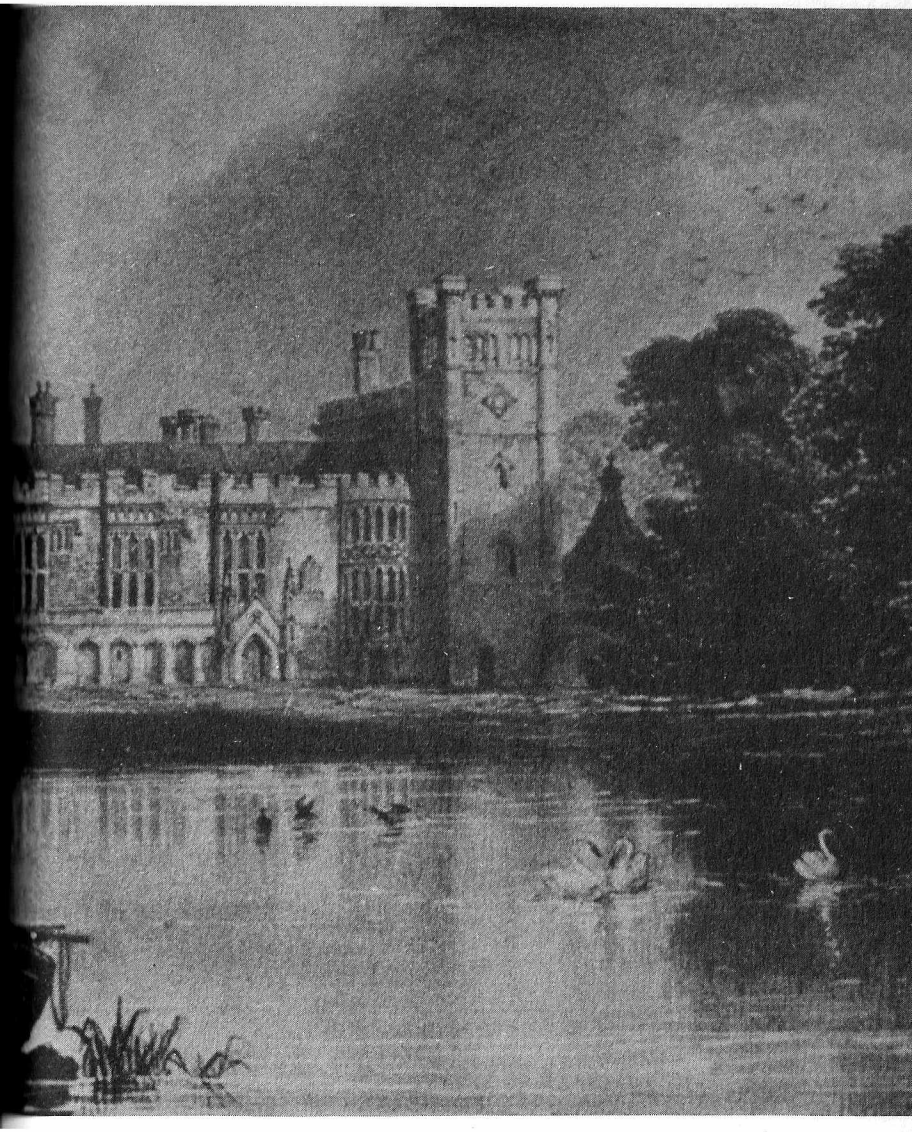
La señora Byron no perdió tiempo en reclamar sus derechos y los de su hijo; en agosto ya había vendido sus muebles y dejaba Escocia para ir a Newstead. El recibimiento que aguardaba a los Byron en la abadía no era el que ella esperaba. El viejo lord había muerto lleno de deudas. La abadía estaba casi en ruinas y prácticamente vacía, ya que la mayor parte de los muebles se los habían llevado los acreedores; las dependencias del edificio estaban destechadas y el ganado se guarecía en el vestíbulo. A pesar de todo, la infatigable señora Byron no se dio por vencida y se mudó a la abadía; su abogado, John Hanson, empezó a ocuparse de la solución de sus problemas económicos.

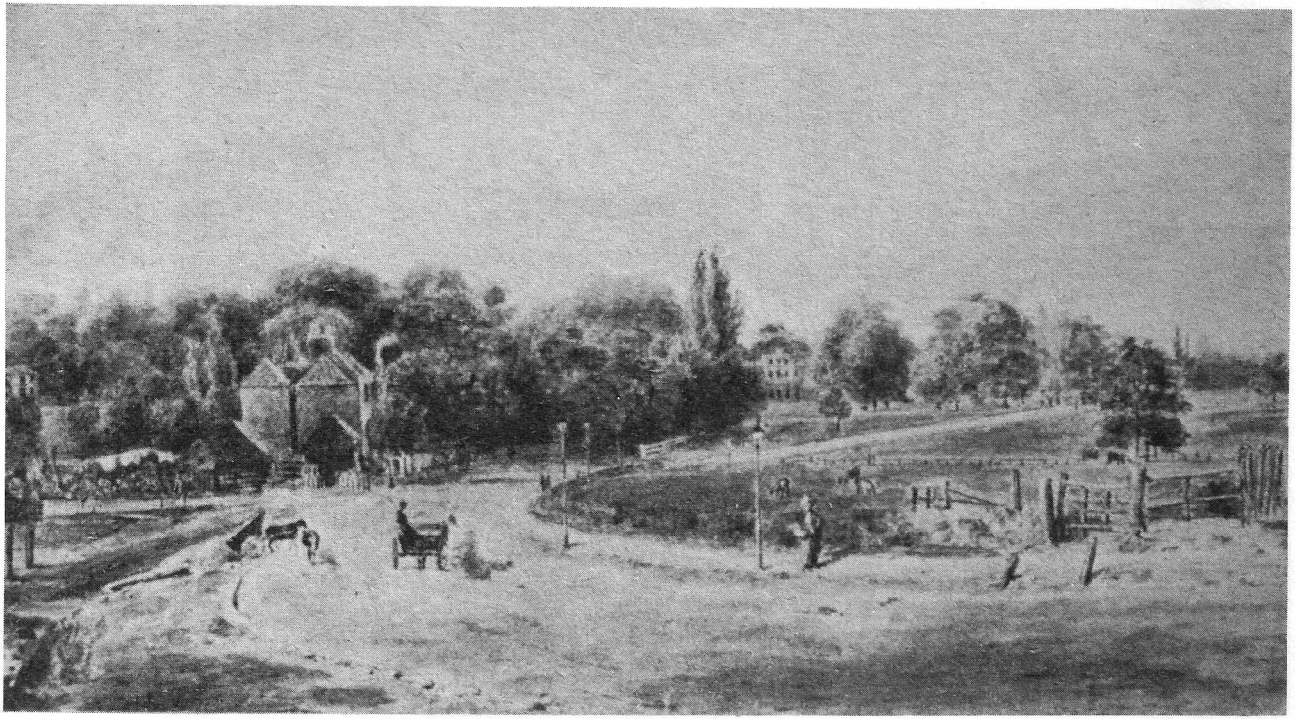
Siendo joven como era, Byron disfrutó muchísimo de su ennoblecida posición, una vez que se hubo acostumbrado a ella. Hanson le llevó a Londres y le internó en un colegio en Dulwich, pero el joven Byron dedicó muy poca atención a sus estudios, y por consiguiente, cuando en el mes de abril de 1801 Hanson le trasladó a Harrow, carecía de una buena preparación. Sin embargo, hay que hacerle justicia diciendo que tuvo pocas oportunidades de concentrarse en su trabajo escolar; su madre le interrumpía continuamente, llevándole cada vez a un médico distinto que había inventado un nuevo, y siempre más doloroso, tratamiento para su pie. Además, se enamoró de otra prima, Margaret Parker, que, como él mismo diría más tarde, fue la inspiradora de sus «primeros trazos poéticos».

Byron vivió una vida bastante normal en Harrow; es decir, una vida violenta y ardua. Un compañero del colegio, Edward Noel Long, escribió a su casa: «Hay otro chico, lord Byron, un cojito recién llegado, que parece ser un buen muchacho.» La mayor parte de sus compañeros de colegio coincidían en este punto; era «un buen muchacho», dispuesto a luchar mucho, como se esperaba de cualquiera. Con frecuencia solía golpear a sus amigos, instigándoles a que lucharan, «cuando era necesario como cuestión de honor y de estatura». Y de él mismo se cuenta que ganó seis de siete peleas consecutivas. Sus actividades en este sentido alimentaron el gusto por la lucha, que se tradujo posteriormente en sus múltiples amistades con los púgiles de su tiempo. Incluso llenó un biombo con recortes y láminas suyas y de sus combates.

En lo que se refiere a sus lecciones, su rápido ingenio le condujo a través de ellas sin demasiadas dificultades; gradualmente comenzó a concentrarse, a volverse un poco más reflexivo, y,

La abadía de Newstead, en 1834, Grabado de L. Hague, según dibujo de M. Webster. Colecciones de la Abadía de Newstead. Probablemente, Newstead no tuviera tan buen aspecto como el del grabado cuando Byron estuvo allí, pero al adolescente le impresionaron profundamente su historia y su atmósfera romántica.



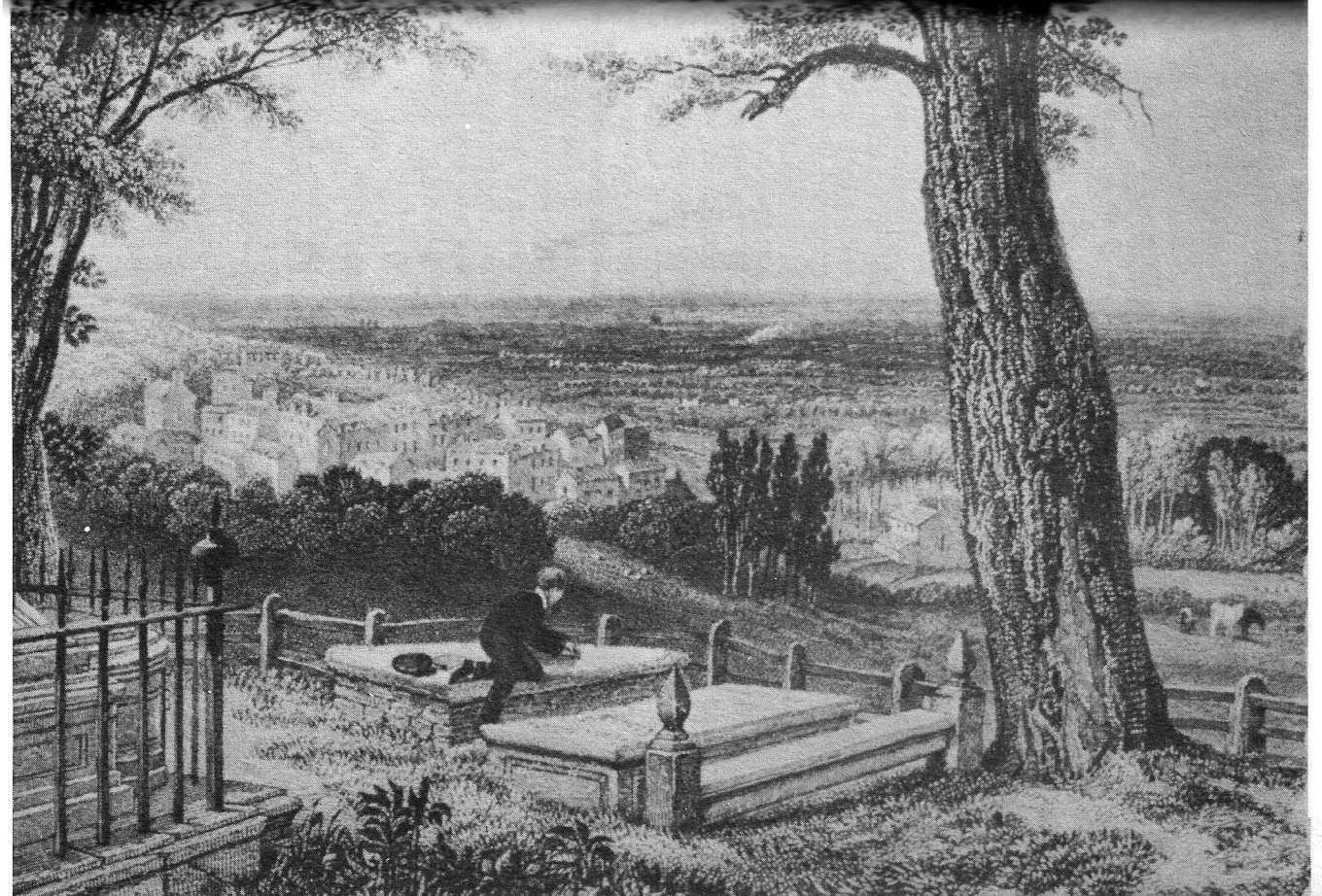


Panorámica de Dulwich, según una acuarela de J. C. Mandy. Biblioteca Guildhall.

Vista de la iglesia y la escuela de Harrow desde los campos de cricket. Biblioteca Guildhall.

Aula de la escuela de Harrow. En una carta a su madre, Byron escribió: «Me siento bien aquí por lo que se refiere a mis compañeros, pero he tenido dos o tres riñas con Drury y los otros profesores... Pero gracias a Dios, aunque me llamen sinvergüenza, no conseguirán que lo sea.»

▼ *El cementerio de Harrow, grabado de Edward Finden, según dibujo de C. Stanfield. Este era uno de los lugares favoritos de Byron.*



Mary Chaworth fue uno de los primeros amores apasionados de Byron, aunque ella no sólo no le correspondía, sino que le despreciaba. Miniatura anónima. Colecciones de la Abadía de Newstead.

«¡Oh, bendita sea tu luz intacta!/ que me miró como los ojos de un serafín/ y que se alzó entre la oscuridad y yo...» Byron sentía un gran cariño por su hermanastra Augusta. Miniatura por O. Hayter. British Museum, Londres.

tal vez sentado sobre su tumba favorita del cementerio de Harrow, comenzó a escribir poesía.

Sus sentimientos por la pequeña Mary Duff y por Margaret Parker fueron auténticos y fuertes, incluso anormalmente fuertes para un niño de su edad; pero su primer romance serio lo tuvo a la edad de quince años. Residía a la sazón en Newstead, y fue a caballo a visitar a unos vecinos de Annesley Hall, donde conoció a la hija de la casa, Mary Chaworth (que, casualmente, descendía de la víctima del «malvado lord»). Tenía dieciocho años, era hermosa y estaba comprometida. Byron se enamoró en seguida. Se negó a volver a Harrow y diariamente cabalgaba a Annesley.

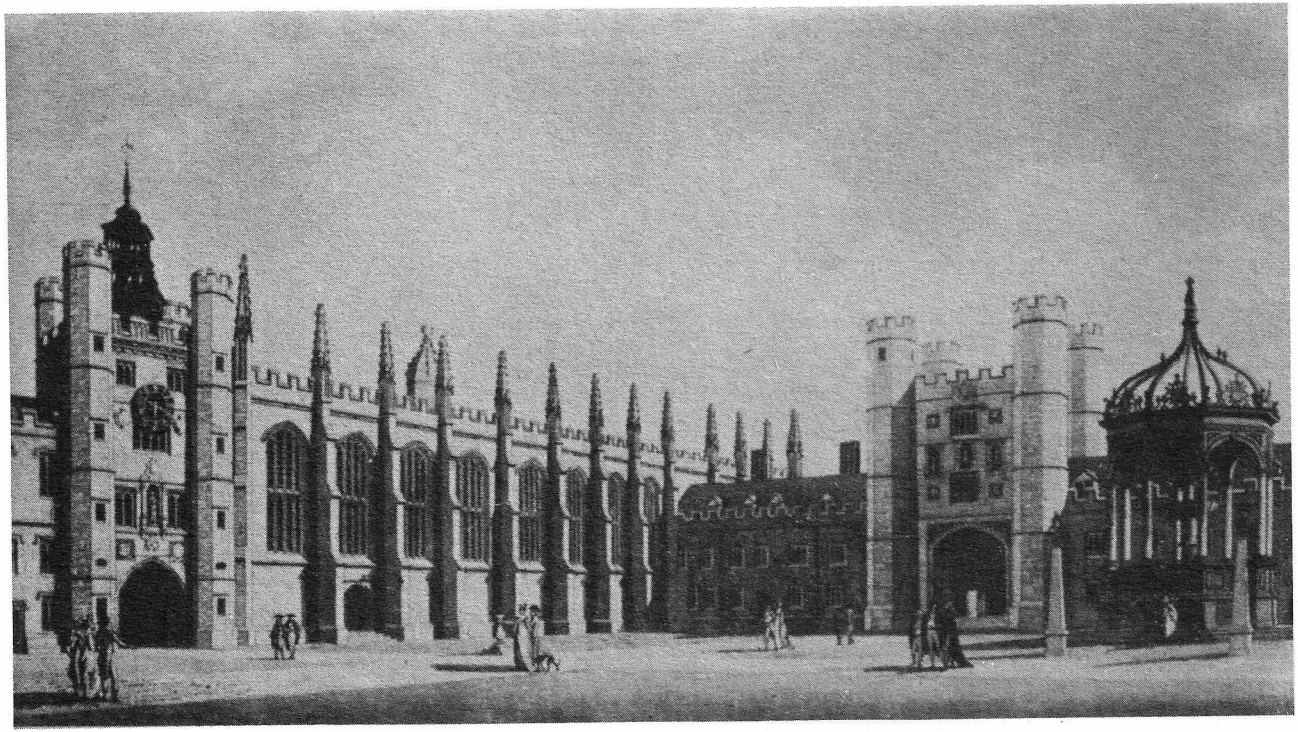
Su amor fue desesperado, serio; Byron nunca lo olvidó. Y no sin amargura, porque Mary no sentía nada por él. Un día la escuchó por casualidad decirle a su doncella: «¿De verdad crees que podría sentir algo por ese chico cojo?» Aunque regresó a Harrow a principios de 1804 y más tarde contaba a sus amigos chistes groseros sobre la boda de Mary con un terrateniente cazador de zorros, este romance le obsesionó durante muchos años. Sin embargo, la creciente amistad de su hermanastra Augusta, recién conocida, le ayudó a aliviar esta pasión. Se convirtió en su confidente; a ella se quejaba de la relación con su madre, que iba de mal en peor. «Cuanto más la conozco, más me desagrada», escribió. Discutían violentamente, y su madre le llamaba «cojo bribón». «Jamás —le dijo a Augusta— nadie había abusado de mí tan grosera y violentamente como lo ha hecho esta mujer a la que creo que tengo que llamar madre... En el corto espacio de una hora me ha estigmatizado a mí, y a toda nuestra familia por parte de papá, con palabras que habrían estremecido a la más negra malevolencia.»

2. Primeros escándalos, primeros viajes

Esto sucedía en 1805, y ya por entonces Byron era un inconformista y un radical que comenzaba a rebelarse contra la religión y también contra el colegio, donde fue cabecilla de una pequeña rebelión contra un nuevo director. En verano abandonó Harrow y en octubre estableció su residencia en las habitaciones de la esquina sureste de la plaza mayor del Trinity College, en Cambridge. Su equipaje incluía, entre otras cosas, una bata nueva bordada en oro y una docena de botellas de oporto, de jerez, de clarete y de vino de Madeira. Su carrera en Cambridge no fue brillante. Bebió, nadó, montó a caballo y despilfarró su dinero; pronto estuvo a merced del primero de una larga lista de prestamistas, mientras su madre descubría que sus cuentas del primer trimestre ascendían al doble de lo que se esperaba. Compró un carruaje, caballos, arneses y libreas para sus criados.

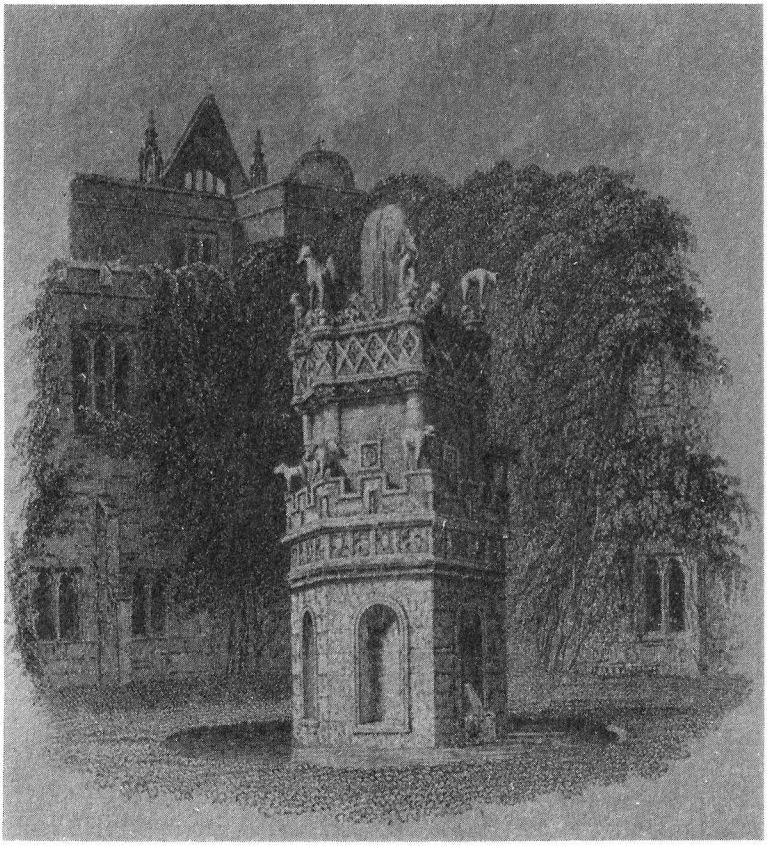
No se recuerda su asistencia a una sola clase, pero sus primeros poemas serios datan de esa época. En noviembre de 1806 apareció un libro de poemas titulado *Piezas fugitivas*, que debido al carácter ligeramente erótico de una de sus composiciones suscitó el primer escándalo de los que caracterizarían su vida de escritor. Su respuesta a la crítica fue recoger todos los ejemplares, excepto cuatro, y quemarlos. Dos meses más tarde publicaba un volumen revisado, *Horas de ocio*, que se vendió bastante bien y que fue objeto de una o dos reseñas elogiosas.

Pero su vida en la universidad era más la de un vividor que la de un estudioso. Agasajaba a sus amigos Charles Skinner Matthews y John Cam Hobhouse (hijo de un miembro del parlamento de Bristol y luego uno de sus mejores amigos), y se endeudaba más y más; al mismo tiempo, empezaba a preocupar a las autoridades, no sólo porque tenía más galanteos que la mayoría de los jóvenes de su edad, sino por el desprecio que mostraba hacia las normas y las leyes; como demostró cuando, contrariado por un estatuto que le prohibía tener un perro en sus



La plaza central y la capilla de Trinity College, de Cambridge, por Thomas Malton. British Museum, Londres.

Lord Byron en Cambridge. Grabado de F. W. Hunt, según dibujo de Gilkchrist. Colecciones de la Abadía de Newstead. Byron escribió en esta época: «Como era de suponer, me gusta muchísimo la vida universitaria, sobre todo porque me he escapado de las trabas... de mi tirana doméstica, Mrs. Byron.»



Fuente de los claustros de Newstead. Grabado de E. Finden, según dibujo de W. Westall. Colecciones de la Abadía de Newstead. Byron estaba convencido de que existía un gran tesoro en la abadía enterrado por los monjes, y no cejó en su empeño hasta que excavó los claustros.

habitaciones, compró un oso amaestrado y lo metió en el colegio, pretendiendo que «se le otorgase una plaza».

Repentinamente, en la Navidad de 1807 decidió abandonar Cambridge, y apareció en Londres en el hotel Dorant's, desde donde se lanzó a la vida social con muchos bríos y considerable imprudencia. Publicó en exceso (los *Poemas originales y traducidos* aparecieron en marzo), adelgazó hasta enfermarse, fue a Brighton y se bañó sin medida, cayó en un estado de melancolía histriónica y comenzó a relacionarse con entretenidas —las «elegantes impuras», como se las llamaba cortésmente—, que solían

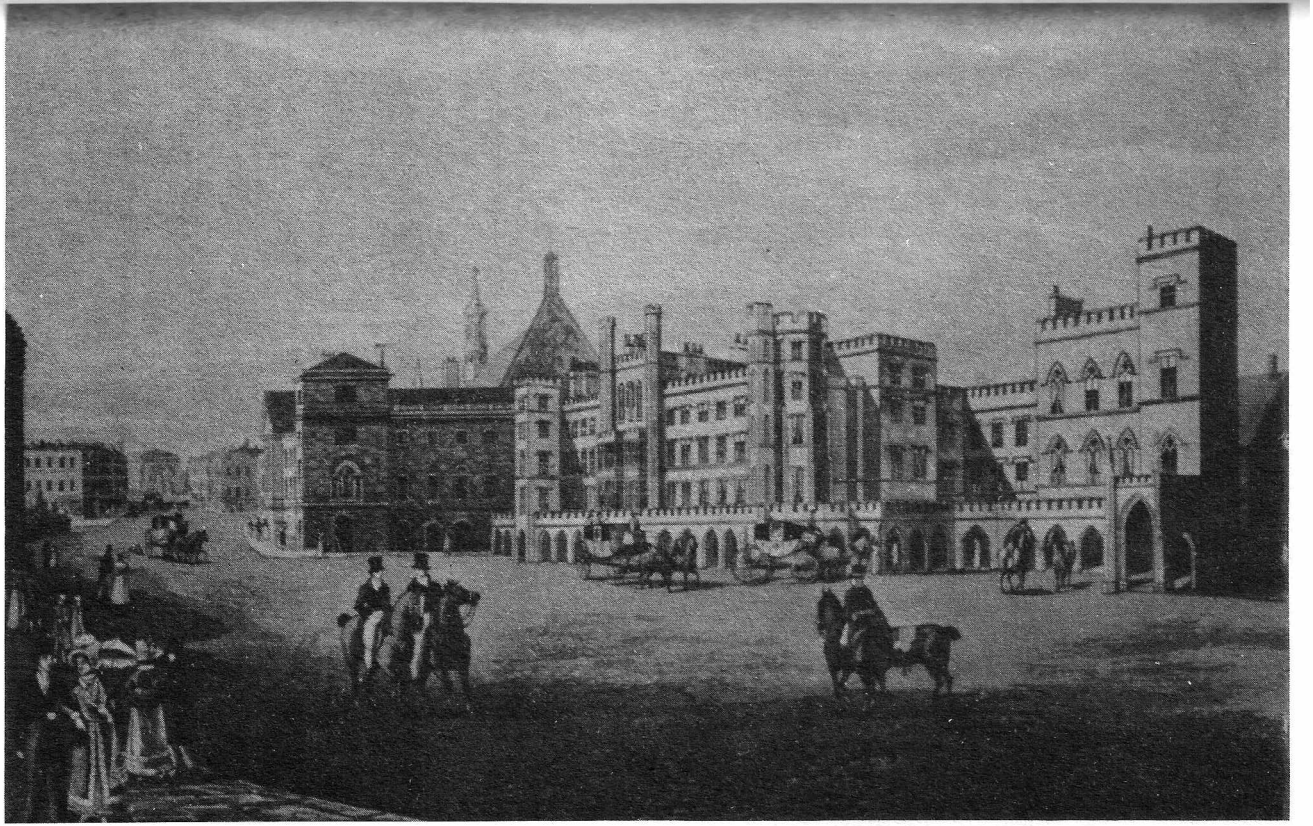
frecuentar los palcos privados de la ópera y paseaban con sus carruajes en el parque. Por primera, pero no última vez, tuvo a una jovencita disfrazada de paje en sus habitaciones. Al mismo tiempo iniciaba aventuras con otras mujeres, aventuras en las que, aunque se conducía momentáneamente con sinceridad, parecía querer demostrarse a sí mismo que a pesar de la deformidad de su pie, de hecho bien poco notoria, y de la vulgaridad de su infancia, era deseable.

Sus deudas ascendían a más de doce mil libras cuando se retiró a Newstead, donde intentó establecer su residencia. Malamente podía afrontar sus gastos, pero redecoró la casa, contrató sirvientes —entre ellos a William Fletcher, que sería su ayuda de cámara hasta su muerte, y a Robert Rushton, el guapo hijo de un granjero local, que le acompañaría en su primer viaje al extranjero—, y como tenía intención de viajar, le sugirió a Hanson que un viaje de seis meses al Este costaría apenas algo más de quinientas libras (aparte de sus deudas, que tendría que pagar, y de tres mil libras que llevaría consigo para las emergencias). Como no pudo conseguir el dinero, se pasaba el tiempo excavando en los claustros de Newstead, donde encontró varios sepulcros de piedra llenos de huesos. Colocó uno de los féretros en el vestíbulo, puso varias calaveras en su habitación y pagó diecisiete guineas para que le pulieran un cráneo y se lo engarzaran en plata, transformándolo en una copa.

Mientras tanto, trabajaba en su primer poema importante, una sátira en verso provocada por la crítica despectiva de *Horas de ocio* que había aparecido en la *Edinburgh Review*. En ella atacaba a los críticos y arremetía contra Southey, Scott, Worsworth, Coleridge y los otros poetas de la escuela romántica. Pero su principal y más peligroso objetivo eran los críticos:

Un hombre puede dedicar su tiempo a todas las ocupaciones
excepto a la censura (todos los críticos nacen hechos)...
No temen mentir: pasará por un golpe más agudo;
no se abstienen de la blasfemia: pasará por algo ingenioso;
no les importan los sentimientos (aguanta tu propia burla).
Y donde se levanta un crítico, hasta las caricias son odiadas..

La Cámara de los Lores y la de los Comunes vistas desde el patio del palacio viejo. Cuadro por R. Hawell. British Museum, Londres. ▶



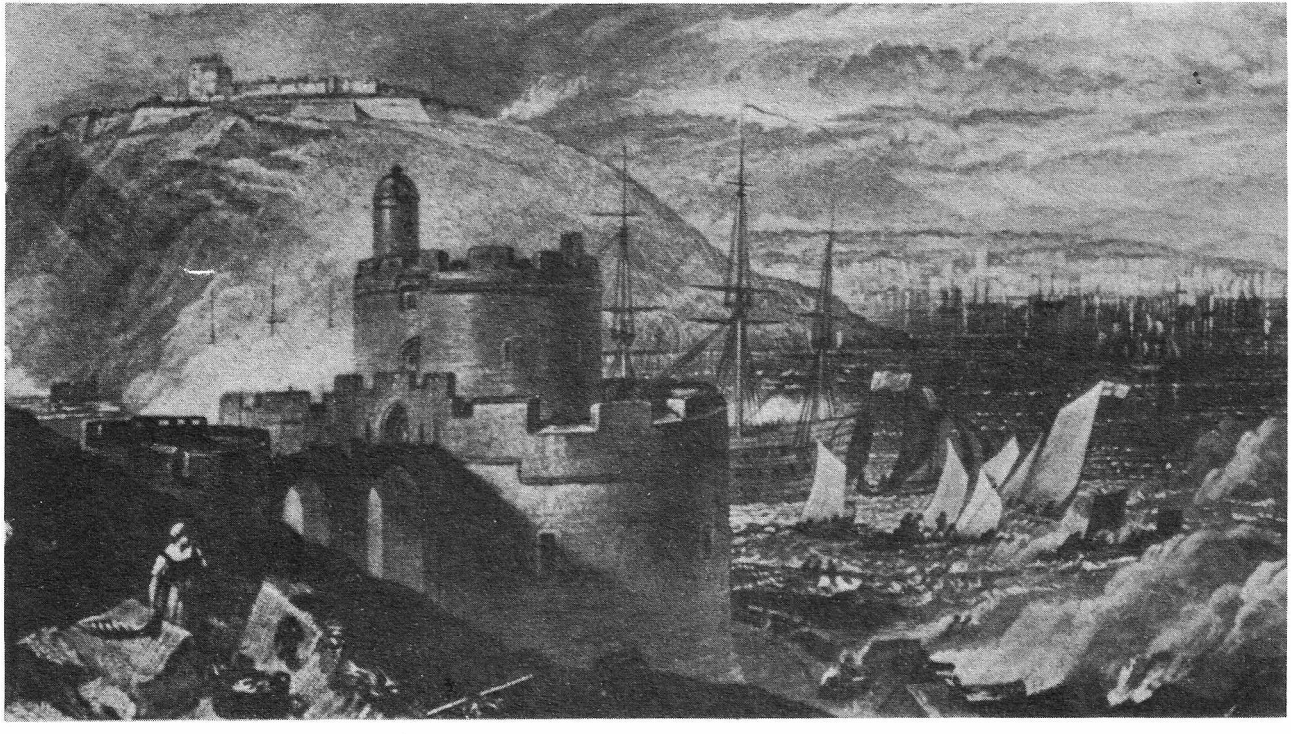
British Museum, Londres

El fantasma de Glenarvon en la mascarada, *una ilustración para las* Memorias *de Harriette Wilson, libro en el que la autora traza un colorido retrato de Byron cuando describe su encuentro con él en un baile de máscaras.*

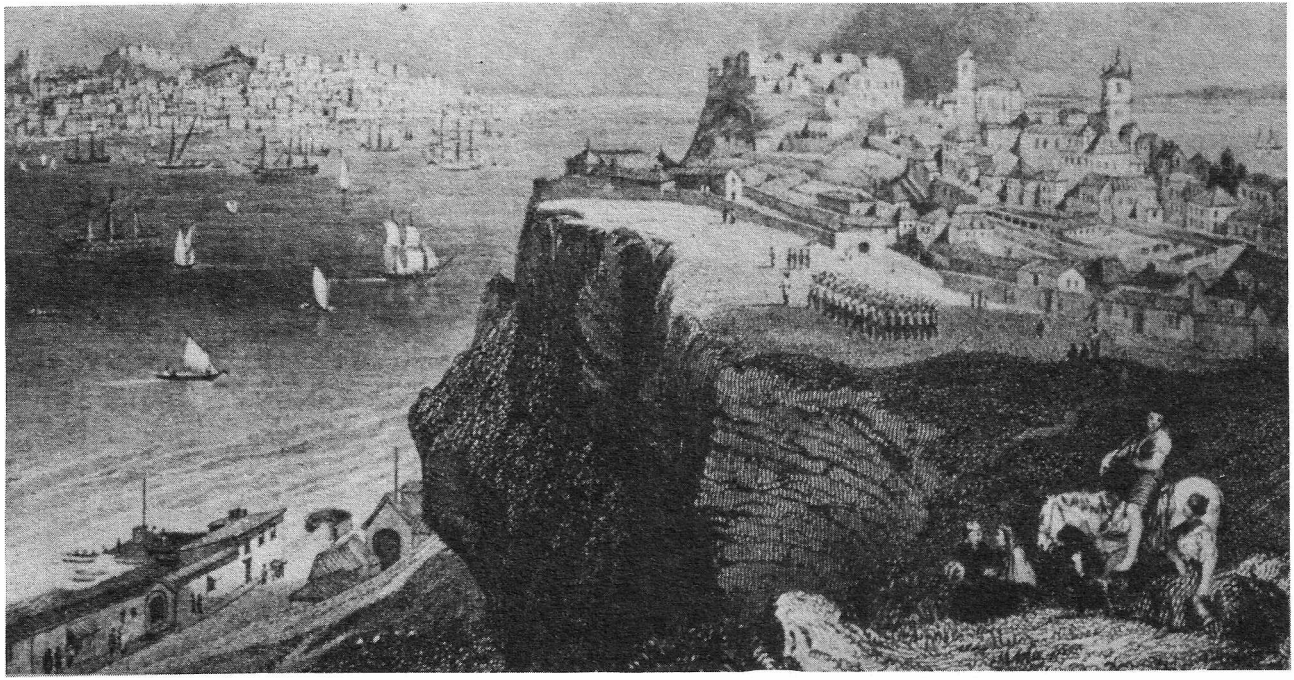
Byron y Robert Rushton en un grabado realizado según una pintura de G. Sanders. Colecciones de la Abadía de Newstead. El retrato original fue pintado probablemente en mayo de 1808, en la época en que Sanders era un pintor de moda. ▶

El poema estaba escrito con mucha agudeza y su éxito fue enorme. Mientras escribía, leía también trabajos políticos, preparándose para ocupar su escaño en la Cámara de los Lores, y dejó embarazada a una de las sirvientas de Newstead. Asimismo, aumentaba sus deudas haciendo regalos a sus amigos sin reparar en el precio, como la taza de desayuno que compró por quinientas libras y regaló a un recién nacido.

Byron ocupó su escaño en la Cámara de los Lores pocos días antes de que apareciera *Bardos ingleses y críticos escoce-*



El puerto de Falmouth en un grabado de T. G. Lipton, según dibujo de J. M. W. Turner. Victoria and Albert Museum, Londres.



Finden's Illustrations

Lisboa desde el fuerte Almeida. Grabado de Edward Finden. En su poema Childe Harold, *Byron dice de esta ciudad: «¡Cuánta belleza nos ofrece Lisboa!/ Su imagen flota sobre esa noble corriente/ que los poetas pavimentan en vano con arenas de oro/ y sobre la que ahora navegan mil bajeles/ de imponente potencia...»*

ses, y casi inmediatamente regresó a Newstead, donde ofreció una fiesta de despedida, ya que por entonces Hanson había prometido darle dinero para su viaje al extranjero. En los alrededores de la campiña de Newstead se rumoreaba acerca de la orgía... La fiesta fue bastante inocente, pero Byron alentó las habladurías insinuando que buscaba diversiones más adultas que las de vestirse como un monje y encerrarse en un ataúd. Más tarde, él mismo dio comienzo a la leyenda, cuando se describió a sí mismo en el primer canto de *Childe Harold*:

> *¡Ay de mí! En el halago era un juez descarado,*
> *dolores entregados para gozar y alegrías impías;*
> *pocas cosas terrenales eran del gusto de sus ojos*
> *excepto las concubinas y la compañía carnal,*
> *y los ostentosos libertinos de alto y bajo rango.*

Su talento para la autodramatización era muy notable.

En abril, Byron encontró a su amigo Hobhouse en Londres y le convenció para que viajara con él al extranjero. Alentado por la noticia de que iba a publicarse la segunda edición de *Bardos ingleses*, encargó a un artista que le pintara con Robert Rushton en una pose romántica junto a una costa vagamente extranjera. Los amigos fueron en coche a Falmouth, y el 2 de julio de 1809 se embarcaron en el paquebote de Falmouth rumbo a Lisboa; llevaban consigo a Fletcher, a Rushton, y más de cien libras en libros (entre los que se hallaban *Los viajes de Gulliver* y *Robinson Crusoe*). «El mundo entero está ante mí», escribió a su madre.

El primer viaje de Byron al extranjero tuvo una enorme importancia. Fue su presentación en Europa —jamás volvería a sentirse contento en Inglaterra desde entonces—, y le proporcionó, además, el material para su obra autobiográfica *La peregrinación de Childe Harold*, la primera de sus dos grandes novelas picarescas en verso. El entusiasmo y el deleite con que pisó tierra en Lisboa se reflejan en la primera de la maravillosa serie de cartas que envió a su madre:

«Soy muy feliz aquí porque adoro las naranjas y hablo en mal latín con los monjes, que lo entienden como su lengua, y me introduzco en la sociedad con mis pistolas de bolsillo, y nado en el Tajo de una a otra ribera, y cabalgo en asnos o en mulas, y maldigo en portugués...»

Estas cartas, las más agudas, chispeantes y entretenidas que haya escrito nunca un poeta británico, describen las aventuras

Mrs. Byron, «aquella madre que por su terrible conducta pierde todo título de afecto filial», en un retrato realizado por T. Stewardson.

Retrato de lord Byron con traje albanés pintado por Thomas Phillips, marzo-mayo de 1814. National Portrait Gallery, Londres.

—reales o imaginarias—, que le sucedieron durante su viaje a Sevilla, y más tarde, a principios de agosto, a Gibraltar, Cerdeña, Malta, —donde coqueteó con la linda esposa de un gobernador local y a punto estuvo de batirse en duelo por ella—, Patrás y Préveza.

Equipados en Jannina con románticos vestidos albaneses, Byron y Hobhouse hicieron una expedición a Tepelene, donde fueron recibidos por el despótico y sanguinario Ali Pasha, gobernador absoluto de Albania, que les impresionó favorablemente a causa de su aspecto apacible. En el otoño, después de atravesar

Ali Pasha, visir de Jannina. Grabado de William Finden, según dibujo de F. Stone. El anciano causó una grata impresión a Byron.

Missolonghi, donde Byron moriría quince años más tarde, los viajeros llegaron a Atenas, ya conscientes del creciente odio griego por la dominación turca.

Grecia

Fue durante este otoño en Atenas cuando realmente se enraizó en Byron la devoción que siempre sentiría por Grecia; espantado por el saqueo de la Acrópolis promovido por lord Elgin, ideó un violento ataque contra él, y dedicó el resto de su tiempo

La plaza de San Francisco de Sevilla según un grabado de L. Hague, 1838. Victoria and Albert Museum, Londres.

Templo de Júpiter Olimpo, Atenas. Grabado de William Finden, según C. Standfield.

Finden's Illustrations

a las tres hermosas adolescentes, hijas de su casera, Mariana, Katinka y Theresa (la *Doncella de Atenas* de su poema), y a un guapo mozo llamado Nicolo Giraud, a quien empezó a enseñar inglés.

En marzo hubo otra expedición a Esmirna, a las llanuras de Troya y a Sestor, donde Byron realizó su famosa proeza de cruzar el Helesponto a nado hasta Abydos, a imitación de Leandro. Al proseguir su viaje desde el Bósforo a Constantinopla, quedó horrorizado por la corrupción y la crueldad del Imperio turco.

Byron jura fidelidad a la causa griega ante la tumba de M. Botzaris, héroe de la independencia helena. Pintura de J. Phillips. National Portrait Gallery, Londres.

◀ La doncella de Atenas, *una ilustración de C. R. Cockerell para* The Byron Gallery, *1833. Era muy frecuente que los artistas de principios del siglo XIX realizaran dibujos y caricaturas sobre Byron y su vida.*

La primera visión que tuvo del palacio del sultán de Constantinopla fue desde el río; dos perros mordisqueaban un cadáver bajo sus muros. El desprecio por la vida humana parecía total; aquí ondeaban las cabezas de los criminales, allá yacía el cuerpo decapitado de un hombre, al que acababan de ejecutar. Su aversión por los turcos aumentó (aunque más tarde en Londres, como en Roma, presenciara ejecuciones públicas sin hacer comentarios sobre la moralidad de las mismas).

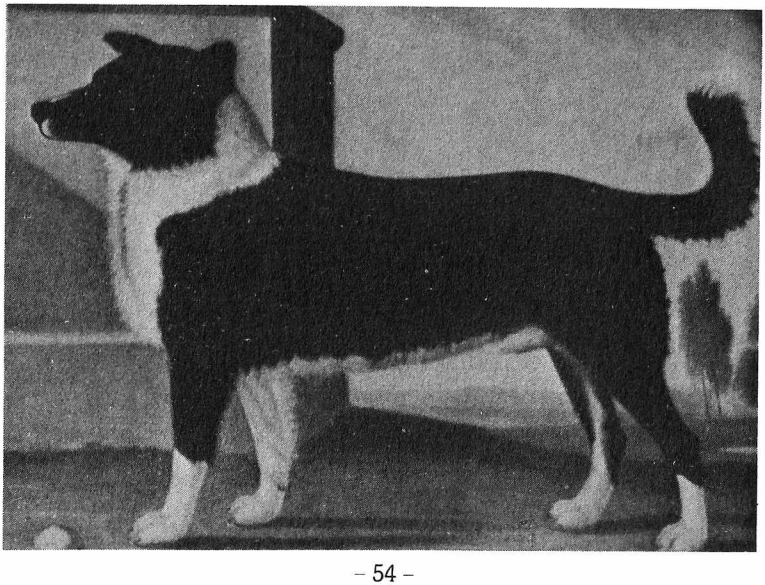
Por entonces llevaba en el extranjero algo más de un año. Al regresar a Atenas recibió buenas y malas noticias; *Bardos ingleses* iba a editarse por tercera vez, pero sus deudas seguían sin pagarse. Decidió permanecer en Atenas y tomó unas habitaciones en un convento capuchino, con Nicolo como compañero y sirviente. La madre de Theresa Macri había alejado a su hija

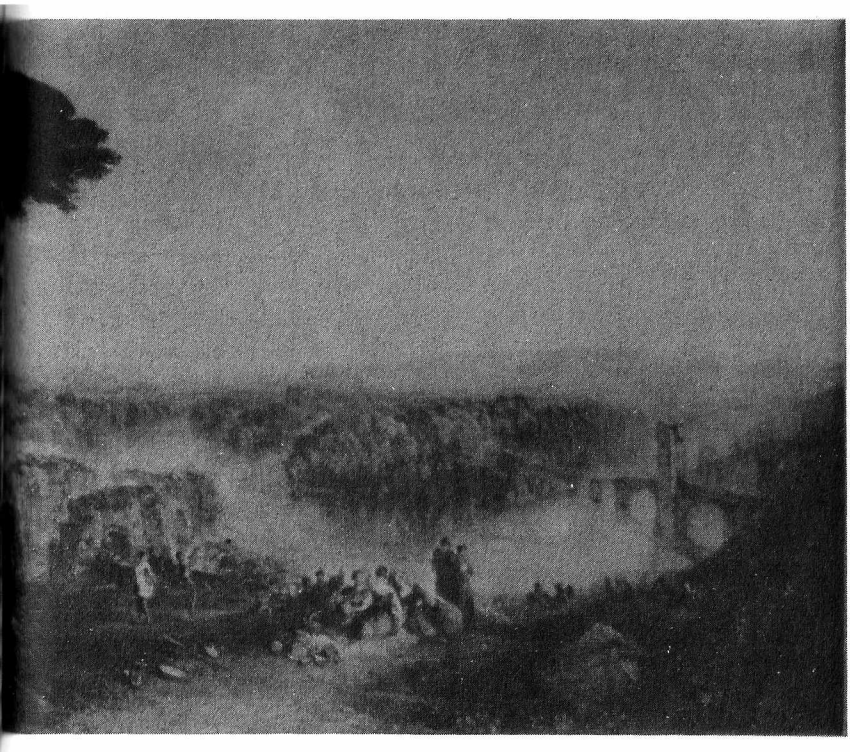
Vista de Esmirna desde el cementerio judío. Acuarela de W. J. Muller. British Museum, Londres.

Convento de los capuchinos de Atenas. Grabado de Edward Finden, según C. Standfield.

La peregrinación de Childe Harold. *Cuadro de J. M. W. Turner. Tate Gallery, Londres. El poema homónimo de Byron se publicó el 10 de marzo de 1812 y fue considerado por una gran parte del público como autobiográfico, aunque Byron se obstinó en desmentirlo.*

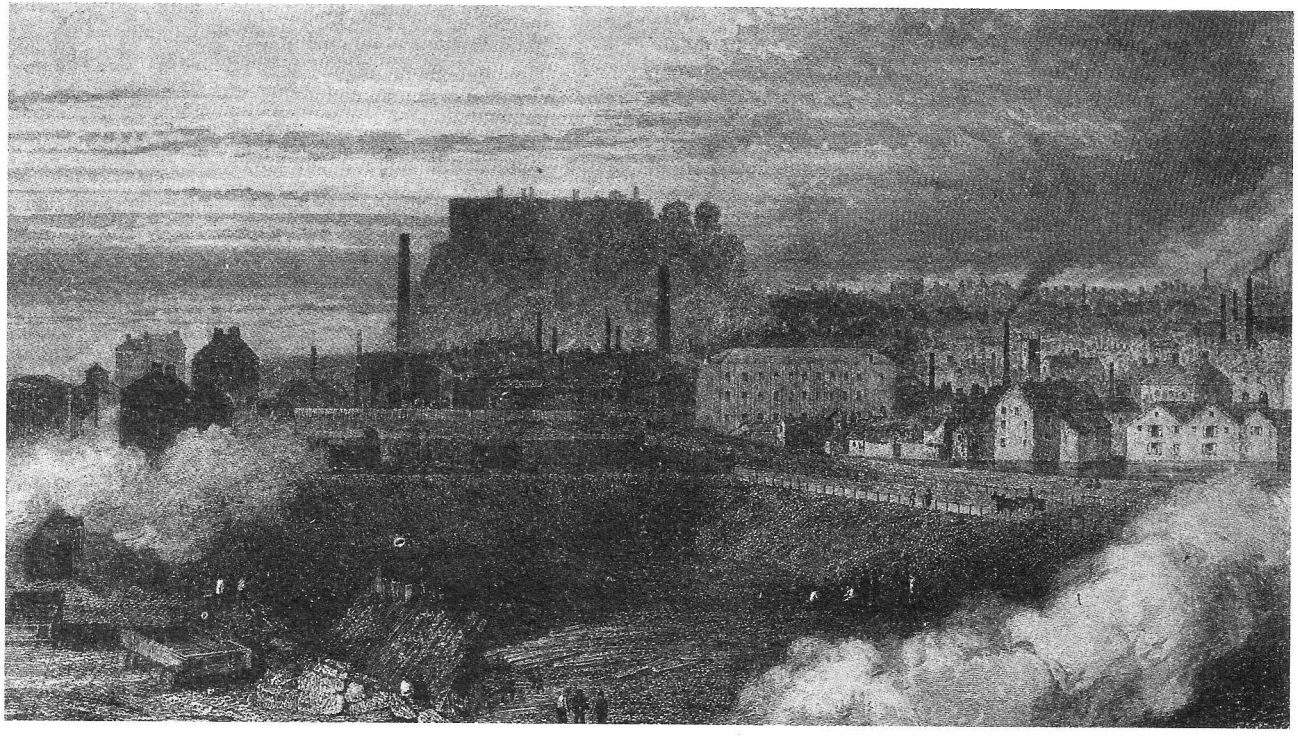
Boatswain, *el perro de Terranova de lord Byron, pintado por C. Thomson. Colecciones de la Abadía de Newstead. Byron hizo construir una tumba para su fiel amigo en la abadía, sobre la que colocó este epitafio: «Estas piedras se levantan/ para recordar a un amigo;/ jamás tuve otro, y aquí yace.»*





de la proximidad del poeta. «¿Puedo dejar de amarte? ¡No!», escribía Byron. Un incidente muy romántico se produjo cuando intervino para salvar a una muchacha turca condenada por adulterio, que estaba a punto de ser arrojada al mar en un saco; incidente que conmemoraría en su poema *El infiel*. Más seriamente, comenzó a interesarse por la política griega y escribió varios ensayos sobre la situación reinante, así como otros sobre la moderna lengua y literatura griegas.

En abril de 1811 decidió regresar a Inglaterra. Hanson amenazaba con vender Newstead para liquidar sus deudas y Byron quería evitarlo a toda costa. Se embarcó en Atenas el 22 de abril junto con Nicolo, a quien dejó en una escuela de Malta, y desembarcó en Sherness el 14 de julio, o sea, dos años y doce días después de que se embarcara en Falmouth. Por entonces era más radical que nunca; llevaba en el bolsillo el manuscrito de *Childe Harold* y dentro de el crecía cada vez más su pasión por Grecia. «Si soy poeta es porque el aire de Grecia me ha hecho poeta», dijo.



Vista de Nottingham. Grabado de T. A. Prior, según K. Johnson. Colección Mansell.

Unos días después de su llegada a Londres llegó la noticia de la muerte repentina de su madre. George Gordon partió a toda prisa para Newstead, donde dio muestras de un dolor sentimental excesivo por la mujer que había aborrecido tan alegremente. «¡Ay, señora By, no tenía más que una amiga en este mundo y se ha marchado!», exclamó ante la doncella de su madre.

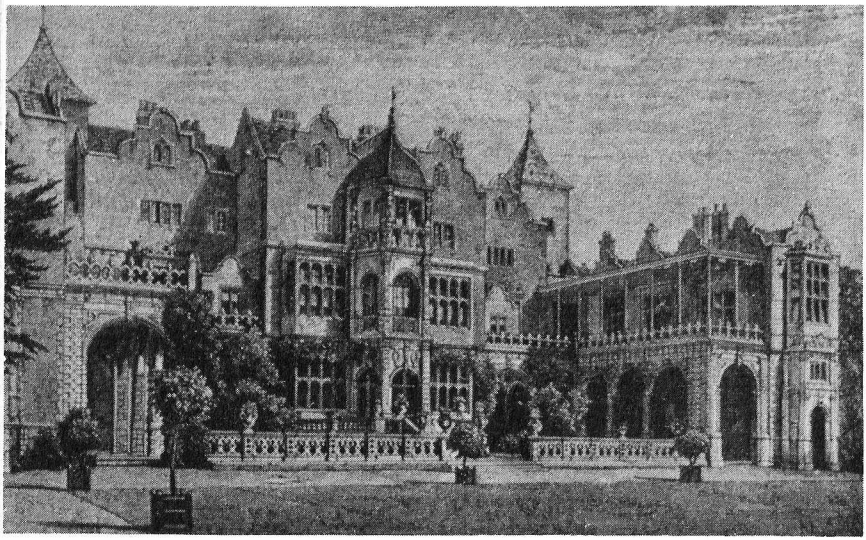
Casi el mismo día del funeral de su madre, Byron se enteró de la muerte de su amigo Matthews; y poco después de la de un compañero de Harrow, John Wingfield. En un estado de aguda melancolía, hizo su propio testamento; le dejaba siete mil libras a Nicolo, cincuenta libras anuales a cada uno de sus sirvientes, y ordenaba que su propio cuerpo fuera enterrado en un espacio vacante dejado al efecto en una tumba del jardín de Newstead, en la que su perro favorito, *Boatswain,* estaba enterrado. «Y es mi voluntad que mi perro fiel no sea exhumado de la dicha tumba», dijo con firmeza.

Pero Byron, gradualmente, iba recobrando ánimos. Discutía la publicación de *Childe Harold* con sus amigos y con John Murray, su editor, y en el mes de febrero de 1812 pronunció un fluido discurso inicial en la Cámara de los Lores, en defensa de las medidas para aliviar la miseria de los tejedores de calceta de Nottingham, que por entonces andaban alborotados con la mecanización de su oficio.

3. De la fama al matrimonio

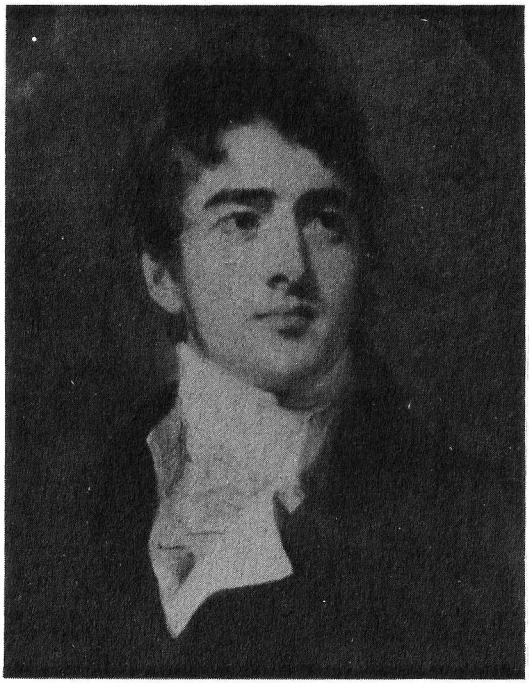
El 10 de marzo de 1812 se publicó *Childe Harold,* y todo el mundo reconoció el poema como autobiográfico, a pesar de los desmentidos de su autor; la aguda y brillante narrativa de la obra cautivó a sus lectores. Tres días después ya se habían vendido quinientos ejemplares. La abundancia de bibliotecas propició aún más su difusión. Byron consiguió un éxito social casi instantáneo, recibiendo al cabo de una semana el espaldarazo de una invitación a Holland House, en Kensington, donde lord y lady Holland celebraban las reuniones más elegantes de Londres.

Allí conoció a lady Caroline Lamb, la bella y fogosa mujer de un próspero político, William Lamb; ella «anhelaba conocer a Byron», y pronto iba a conocerle demasiado bien. En breve se difundió la noticia de que Byron y lady Caroline estaban viviendo



National Buildings Record

William Lamb, más tarde lord Melbourne, pintado por T. Lawrence. Encantador culto y afable, Lamb fue dos veces primer ministro y, al final de su vida, consejero de la reina Victoria.



Heredenn de lady Hambleden's

◀ *Fachada sur de Holland House, en Kensington, el lugar donde se conocieron Byron y lady Caroline Lamb. Grabado de P. H. Delamotte.*

una aventura, e, incluso en aquella época promiscua, el romance se convirtió en un escándalo. Ella quedó prendada del atractivo y joven poeta, de su tez aceitunada, de sus ojos oscuros. En la novela de lady Caroline Lamb titulada *Glenarvon*, escrita tras la ruptura de su romance como un acto de venganza, describe su primer encuentro:

«Sus ojos brillaban ante la vida como si derramaran una mirada oscura y ardiente, envuelta en un halo de inspiración, mientras que la orgullosa curva de su labio superior expresaba altivez y amargo desprecio; cierto aire de melancolía y desánimo sombreaba y suavizaba toda dureza de la expresión. Un rostro así hablaba al corazón y lo anegaba de un interés, aunque vago, tan fuerte, tan indefinible, que difícilmente se podía dominar.»

Lady Caroline estaba apasionadamente enamorada, sobrepasando a todas las cortesanas de Londres en la determinación de sus asedios al tiempo y al cariño de Byron. Finalmente el poeta comenzó a aburrirse de sus continuas indiscreciones y se negó a recibirla. Entonces, ella se disfrazó de paje y se presentó en su

vivienda con una carta, mientras Byron departía con su amigo Robert Charles Dallas. El paje, según observó Dallas, «era un chico delicado de rostro agradable, de unos trece o catorce años de edad, ¡que podía tomarse por lady Caroline en persona! Alrededor del rostro le caía un cabello claro y rizado, y en la mano llevaba un sombrero de pluma, que completaba el efecto de este granujilla Pándaro. Se notaba que era un disfraz...»

Desesperada a medida que el rechazo de Byron se volvía más patente, lady Caroline intentó escaparse de su casa; pero fue capturada y devuelta por el mismo Byron. Su madre se la llevó a Irlanda, desde donde continuaba enviándole cartas amorosas y suplicantes. Finalmente Byron perdió la paciencia y le es-

cribió una última y cruel misiva, que ella publicó en *Glenarvon* duramente adaptada:

«Lady Caroline... Aunque me siento inclinado a reprocharle veinte mil cosas, no lo haré; ellas no son, en realidad, la causa de mi presente conducta. Mi opinión sobre usted ha cambiado absolutamente, y si acaso hubiese necesitado alguna razón para ello, sus veleidades, sus caprichos y los débiles subterfugios, insensatamente divertidos, de los que recientemenente ha hecho uso al escribirme me habrían abierto los ojos completamente. Ya no soy su amante. Jamás seré otra cosa para usted más que un amigo.»

Poco a poco, lady Caroline superó su histeria, y se dedicó a escribir sus célebres memorias; y mientras tanto, el autor de *Childe Harold* recibía una lluvia de cartas de apasionada admiración, enviadas por damas de todo el país, y a menudo acompañadas con mechones de cabello e insinuaciones para citas se-

◀ *Caricatura de la época titulada* Bon Ton. *Es probable que la figura femenina represente a lady Caroline Lamb. British Museum, Londres.*

Lady Caroline Lamb disfrazada de paje, en una miniatura anónima. «Sabes que siempre he creído que eres la criatura más inteligente, agradable, absurda, amable, sorprendente, peligrosa y fascinante...», le escribió lord Byron en una carta fechada en 1812.

Mary Duchess of Roxburghe

Lady Caroline Lamb a caballo. Acuarela anónima. En una carta dirigida a lady Melbourne, el 26 de junio de 1814, Byron hablaba de lady Caroline en estos términos: «Me aconsejasteis que la mantuviese lejos. Es imposible; siempre viene a cualquier hora y, desde que se abre la puerta, entra. No la puedo tirar por la ventana, soy casi su prisionero. No tiene vergüenza, ni sentimientos, ni una sola cualidad que la redima...»

cretas. La confianza de Byron en su propio atractivo aumentó considerablemente.

Un resultado bastante agradable, aunque algo extraño, de su aventura con lady Caroline fue que Byron se granjeó la amistad de su suegra, lady Melbourne, una mujer algo extraña, pero extremadamente aguda y atractiva. Byron le comunicó de repente que le gustaría casarse con la prima de Willian Lamb, una joven aristócrata de veinte años llamada Annabella Milbanke, que había conocido, por una ironía del destino, a través de la propia lady Caroline. Cuando lady Melbourne le habló a Annabella del

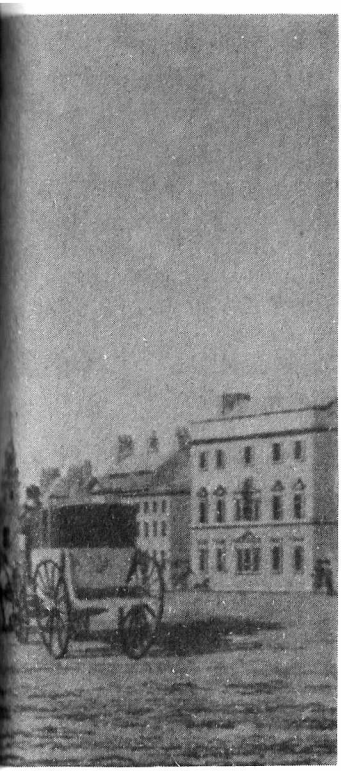
Byron a los veinticinco años. Grabado de R. Grave, según J. Holmes. Colecciones de la Abadía de Newstead. Byron opinaba que éste era «el mejor» retrato que le habían hecho, y encomiaba al artista, James Holmes, porque siempre lograba «parecidos asombrosos».

Lady Melbourne. Xerigrafía, según sir Joshua Reynolds. Courtauld Institute of Art. Respecto a lady Melbourne, Byron anotó en su diario, el 24 de noviembre de 1813: «Si ella hubiera sido unos años más joven me hubiera vuelto loco por ella, siempre que le hubiese interesado, pero habría perdido una amiga muy agradable y valiosa.»

Melbourne House, por T. Malton. British Museum, Londres.

asunto, ésta contestó que temía no sentir una atracción suficientemente fuerte hacia lord Byron. Su respuesta bastó para que George Gordon redoblara sus atenciones. «Le podéis decir que me siento más orgulloso de su rechazo que del favor de cualquier otra», escribió a lady Melbourne.

Al mismo tiempo, el poeta enviaba a Irlanda consoladoras cartas para lady Caroline, sinceramente arrepentido de su anterior brusquedad; vivía una aventura con lady Oxford, una mujer hermosa, pero de mediana edad, que tenía dos atractivas hijas; y se movía en sociedad, visitando, por ejemplo, a la princesa Carolina en el palacio de Kensington, o reuniéndose con Mme. de Staël. Cada vez era más famoso y conocido. En el mes de julio se produjo una escandalosa escena en una fiesta londinense, cuando lady Caroline, que había regresado de Irlanda, amenazó con apuñalarse en presencia de Byron. Circularon fantásticas his-



Tate Gallery, Londres

Jane Elizabeth, condesa de Oxford, por J. Hoppner, 1797.

torias y en la prensa sensacionalista aparecieron notas injuriosas. Por entonces *El infiel*, ya publicado, estaba a punto de reeditarse; le siguió en el mes de diciembre *La desposada de Abydos*, la historia romántica en verso del amor de una bella oriental por su primo, un caudillo pirata. El poema fue escrito, dijo Byron, para apartar de su mente a lady Frances Webster, la esposa de su amigo James Wedderburn Webster.

En enero aún apareció otro poema, *El corsario*, que por ser obviamente autobiográfico atrajo la atención del público; y tanto, que el mismo día de su publicación se vendieron diez mil ejemplares del poema, y al cabo de un mes se habían vendido veinticinco mil. La extraordinaria venta se debía en parte a la fama de Byron, pero también, y no en menor medida, al erotismo de los personajes y a los escenarios de sus poemas. Aparecían mogrebíes y mamelucos, caiques y tophaiks, yatagans y jereeds; y las

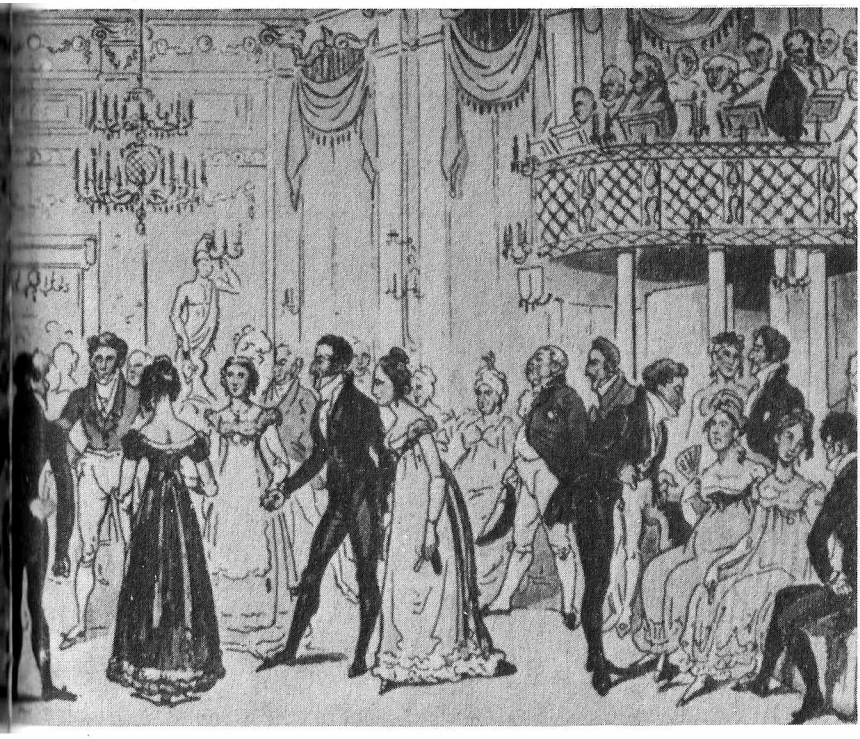
Colecciones de la Abadía de Newstead

Ilustración para el poema La desposada de Abydos, *por H. J. Richter.*

anotaciones de los poemas estaban henchidas de una información fascinante, tales como que a los turcos enamorados se les rizaba la barba, o como que a un emir se le distinguía por su vestido verde. Y naturalmente, como el público reconoció de inmediato, el caudillo pirata Conrad, héroe de *El corsario,* era el mismo poeta: o sea, Byron por Byron.

A aquel hombre solitario y misterioso
nadie le ha visto sonreír, ni le ha oído suspirar...
Aunque su voz es suave y su semblante calmo,
diríase que hay algo que él no ha visto aún...
Como si en la oscuridad de su mente
laborasen pensamientos terribles e indefinidos...

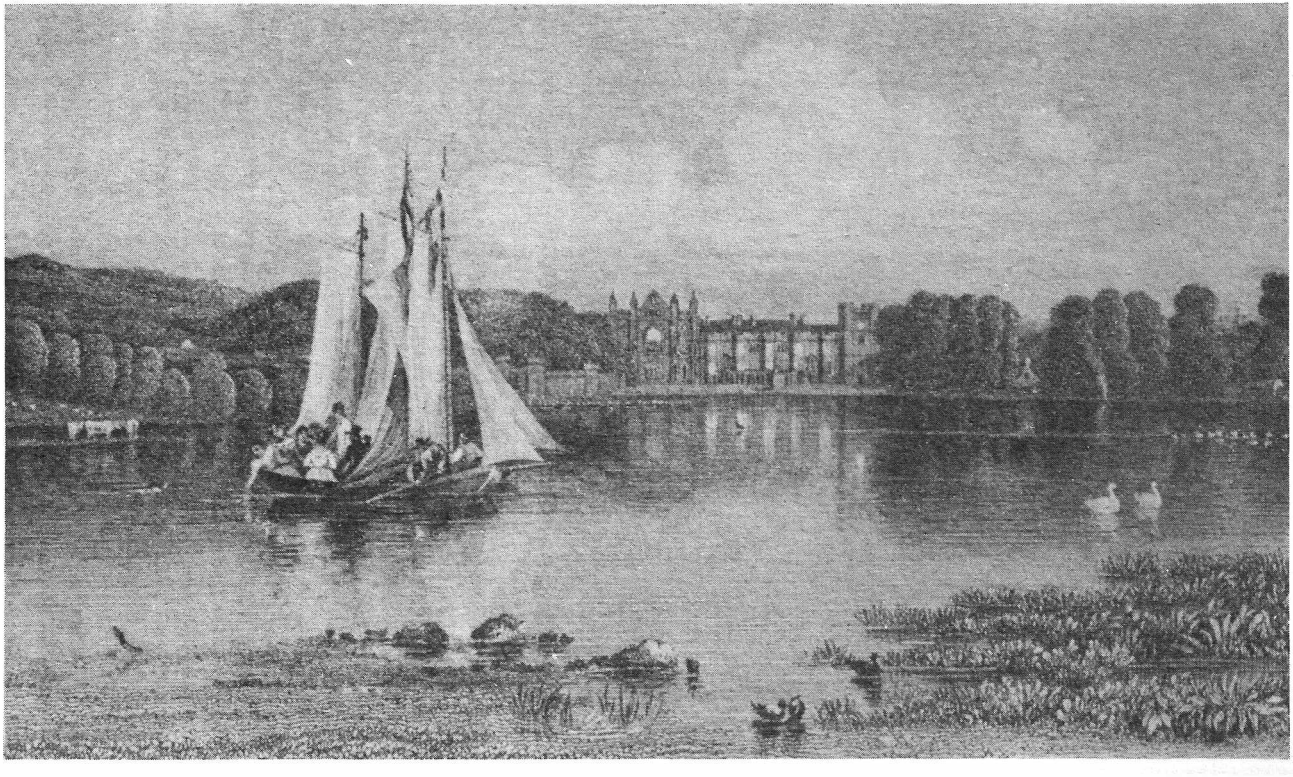
Durante el invierno, Byron se hallaba bajo una enorme tensión psicológica. Mientras dormía sus dientes rechinaban tan sal-



La alta sociedad en Almack's, *caricatura de P. Egan.*

vajemente que se vio obligado a consultar a un dentista; además, a las tensiones de su frenética vida social se sumaban las dificultades económicas, que él apenas se molestaba en solucionar, ya que había cedido los derechos de *El corsario*, por los que el editor abonó la suma de mil guineas a su amigo Dallas; y regaló a su hermanastra Augusta tres mil libras para ayudarla a pagar las deudas que su esposo, el coronel Legh, había contraído en el juego. Byron intentó negociar la venta de Newstead, pero el acuerdo se malogró. Mientras tanto, la misteriosa relación existente entre él y su hermanastra, que había sido blanco de numerosísimas especulaciones, le estaba causando una enorme ansiedad, torturado por un sentimiento calvinista de culpabilidad arraigado en él desde la infancia.

Augusta le presionó para que se casara. A comienzos del año 1814 Byron escribió a Annabella Milbanke, con quien había mantenido una correspondencia esporádica desde que le hiciera



National Buildings Record

su primera proposición a través de lady Melbourne: «Os amaba, os amo y siempre os amaré.» Pero Annabella permaneció fría. En agosto, Byron estaba de vuelta en Newstead, escribiendo poco e intentando matar el aburrimiento a base de ejercitar la puntería con tapas de botellas de gaseosa que colocaba en los terrenos de la finca. El 9 de septiembre reiteró a Annabella su proposición; esta vez ella aceptó. Mientras se hallaba leyendo la carta de Annabella, entró en la habitación el jardinero de Newstead y le dijo que acababa de encontrar en el jardín la alianza que su madre había perdido años atrás. El 2 de enero de 1815 Byron la colocó en el dedo de Annabella.

La relación fue desesperadamente difícil, tanto para Byron como para su novia. Sus biógrafos han especulado interminablemente sobre su matrimonio y sobre las razones precisas que lo hicieron tan desastroso. Ella era remilgada, hipersensible, una «medias azules» (apodo dado a las marisabidillas), y además una muchacha mimosa e ingenua. El era insensible, brutal, infiel, sensual y grosero. Las acusaciones prosiguen y en la mayoría de ellas hay algo de cierto. Pero la verdad fundamental es que ambos eran incompatibles en todos los aspectos. Sin embargo, no cabe duda de que por parte de los dos existía buena voluntad:

«Tengo, naturalmente, que reformarme a conciencia —escribió Byron a Tom Moore—; ella es una persona tan buena, que desearía mejorar muy pronto.»

El primer encuentro que tuvieron después de su compromiso fue tenso. El se había propuesto conquistar a sus padres, sir Ralph y lady Milbanke, y lo consiguió con brillantez; pero Annabella le hacía sentirse incómodo. «Es la mujer más silenciosa que jamás he conocido; y esto me turba en extremo», le escribió a lady Melbourne. El hecho de que quizá tuviese que vender Newstead para casarse, no mejoró el humor de Byron, y durante un cierto tiempo pareció que iba a romperse el compromiso. Pero no fue así, y Byron regresó a Londres con el propósito de prepararse para la boda. En ese intervalo se embarcó en una aventura con Eliza Francis, una joven poetisa que le había visitado solicitándole una suscripción para sus propios poemas. Al término de la Navidad viajó al norte, a la residencia de los Milbanke en Seahan, en el condado de Durham; en uno de sus salones, Byron y Annabella contrajeron matrimonio.

◀ *Vista de Newstead, 1828. Grabado anónimo.*

«Ya es demasiado tarde»

El optimismo inicial de lady Milbanke comenzó a decaer. El matrimonio con el sexto barón Byron no parecía que fuera a dar a su hija las ventajas que prometía. «Jamás antes de su matrimonio, ni desde que éste se celebró, le ha hecho un regalo; ni siquiera la acostumbrada sortija de brillantes», se lamentaba la preocupada madre.

A mediodía repicaron las campanas de la iglesia, unos pocos entusiastas dispararon mosquetes ante la puerta de la casa de Seaham, y lord y lady Byron partieron en un carruaje a Halnaby Hall, donde pasarían su luna de miel.

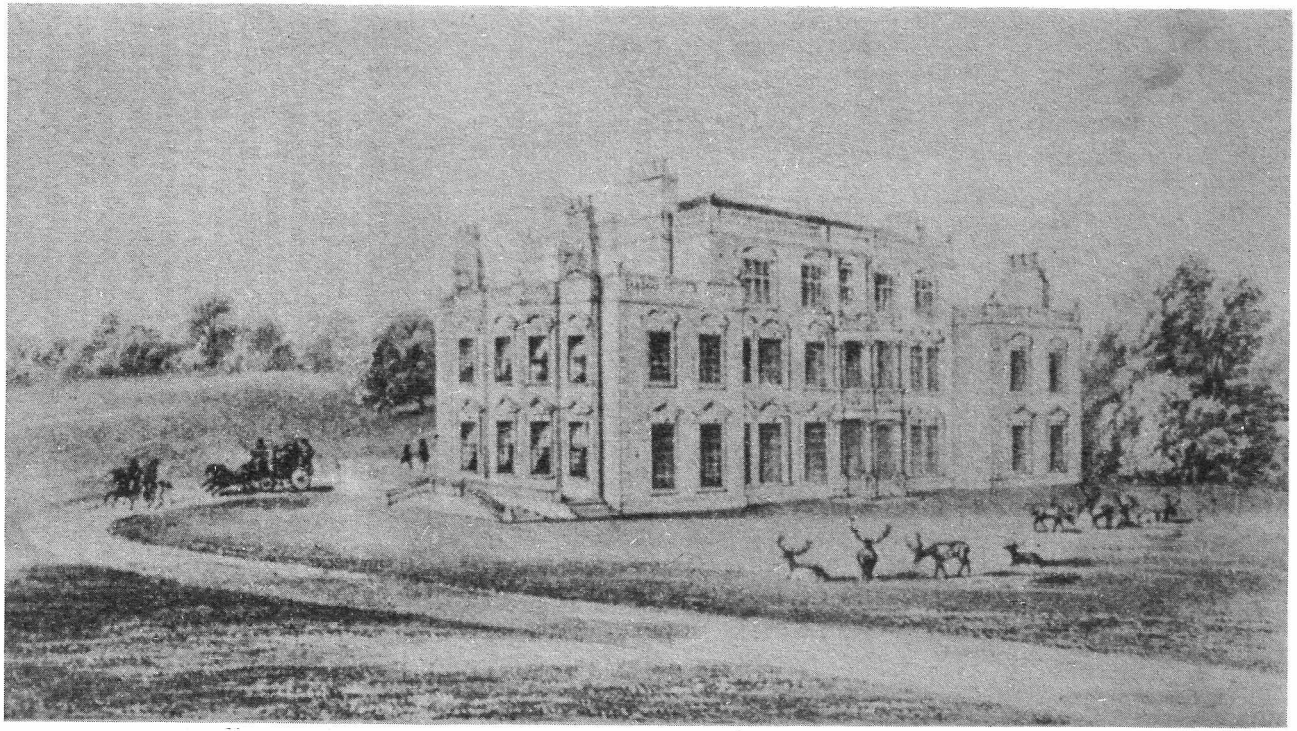
Fue un viaje ingrato; la verdad acerca del mismo ha sido oscurecida por las acusaciones y alegatos de los años posteriores. Las quejas de Annabella por la brusquedad precipitada de su marido pueden muy bien carecer de fundamento; pero fueran cuales fueren los hechos del viaje, es rigurosamente cierto que la luna de miel no fue agradable. Leyeron juntos, es verdad, inventaron para sí cariñosos apodos, y ella copió varias de las *Melodías hebreas* en que Byron trabajaba, pero la atmósfera era sombría. El mismo poeta describió el ambiente cuando, al bajar a desayunar la mañana siguiente de la boda, miró tristemente hacia el parque cubierto de nieve y dijo: «Ya es demasiado tarde; se ha hecho y no puede deshacerse.»

Generalmente Byron lo melodramatizaba todo; Annabella, ingenua y cándida, creía a pies juntillas lo que le decía. Más tarde hablaría del humor voluble de su marido, de sus pesadillas nocturnas y sus misteriosas alusiones a ciertos hechos terribles de su pasado. Dijo incluso que en una ocasión le contó que había intentado seducir a una niña de doce años, ¡y Annabella lo creyó! Byron era, según ella, hipersensible respecto a su «pie pequeño», y al mismo tiempo vano y orgulloso. Aun así, hubo momentos en los que se creyeron felices. Desde Seaham, adonde habían viajado a finales de enero y donde Byron pasó su veintisiete cumpleaños, escribió a Tom Moore: «Aún opino que las leyes del matrimonio deberían ser como las del arrendamiento; sin embargo, yo me siento muy seguro del mío y renovaría mi contrato una vez que expirase, aún cuando la próxima temporada fuera por noventa y nueve años.»

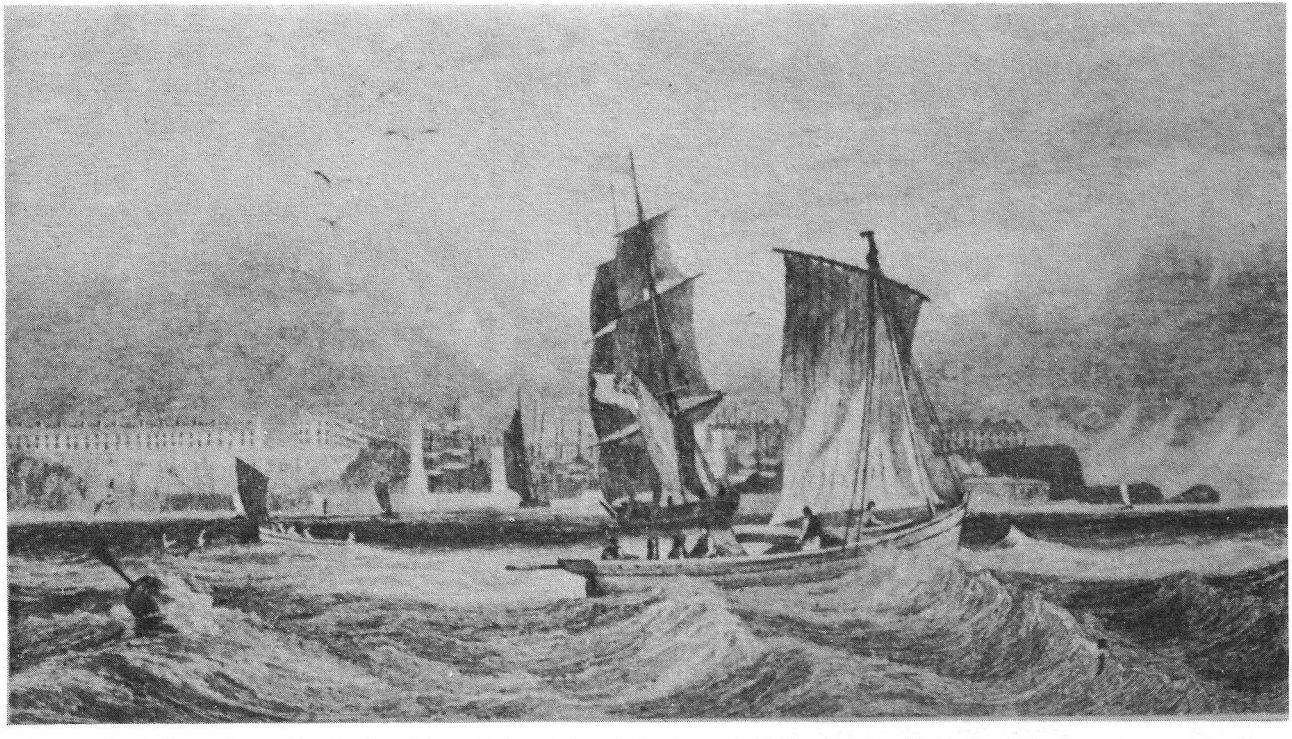
A pesar de la precaria felicidad de su hija, que seguramente no se les ocultaba, sir Ralph y lady Milbanke fueron hospitalarios y dieron muestras de aceptar a George Gordon como a un hijo. Pero él se aburría insoportablemente en Seaham. El 9 de marzo

Annabella Milbanke a los veinte años, por G. Hayter. El reverendo Mr. Harness se refería a ella en su obra Vida Literaria: *«Miss Milbanke no carecía de cierta hermosura e inteligencia, pero sus modales eran muy rígidos y formales, y le daba a uno la impresión de que tenía voluntad y criterios propios.»*

viajó con Annabella a Newmarket, para visitar a Augusta en su casa de Six Mile Bottom. En Seaham le decía a Annabella: «Creo que te amo» y «me haces feliz», pero en Six Mile Bottom se quedaba noche tras noche hablando con Augusta, después de haber enviado a Annabella a dormir con un brusco «¡No te necesitamos, querida!». George y Augusta intercambiaron medallones



Halnaby Hall, la villa donde Byron y Annabella Milbanke pasaron su luna de miel, por F. Peake.



El puerto de Seaham, ilustración de Vista del condado palatino de Durham, *de E. Mackenzie y M. Ross. 1834.*

Thomas Moore, un irlandés famoso por su obra Lalla Rookh, *se unió a Byron en la sátira del regente. Dibujo de Moore aparecido en la revista* Fraser's, *octubre de 1850.*

◀ *Byron a los veintiséis años, por T. Phillips. Colecciones de la Abadía de Newstead, Shelley dijo de Byron: «Es una persona de genio consumado, y capaz, si dirigiera sus energías a tal fin, de convertirse en el redentor de su país.»*

Cortesía del conde de Lytton

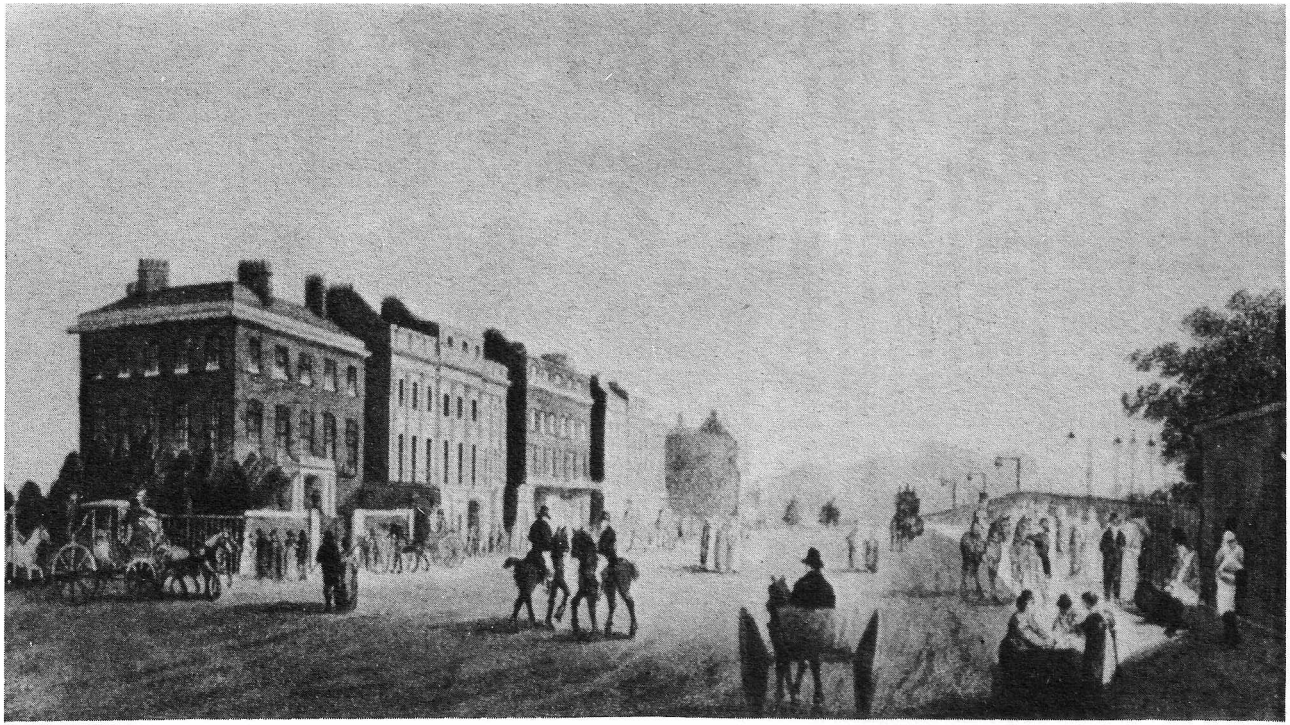
A pesar de ser conscientes de que el matrimonio de su hija Annabella con lord Byron no era un ejemplo de felicidad, sir Ralph y lady Judith Milbanke se mostraron amables y hospitalarios con él, dando incluso muestras de aceptarle como a un hijo. Retrato de lady Judith Milbanke, por J. Downman, 1784.

Cortesía del conde de Lytton

Retrato de sir Ralph Milbanke, por sir Joshua Reynolds, 1778.

Retrato de Augusta Leigh, por J. C. Wageman. Colecciones de la Abadía de Newstead. ▶

Vista de Newmarket, 1842. British Museum. Six Mille Botton, la residencia de Augusta Leigh se encontraba a unos siete kilómetros del pueblo.



Una vista de Piccadilly desde Hyde Park; a la izquierda, Piccadilly Terrace. Biblioteca Guildhall.

con mechones de sus cabellos; y aunque cuando aquél se emborrachaba en exceso se peleaba con su hermanastra tanto como con su mujer, Augusta había aprendido el modo de manejarle.

A mediados de marzo se llevó a Annabella a Londres. A pesar de que sus deudas ascendían ahora a más de treinta mil libras, alquiló la casa de la duquesa de Devonshire, en el número 13 de Piccadilly Terrace. Fue un paso fatal, que sus acreedores interpretaron como seguro antecedente para sumergirse a continuación en la superextravagante vida social londinense. En esa época la vida social era más estrambótica de lo que lo había sido nunca y de lo que lo sería jamás. Lord Alvante era capaz de gastar él solo, para uno de sus famosos desayunos, ciento cincuenta libras en fresas; *Beau* Brummell, cuya presunción situaba Byron por encima de la de Napoleón, decía que el betún de sus botas estaba hecho con champán de la mejor calidad; lord Grey comentaba que el vestuario anual de lady Londonderry jamás ba-

Max Beerbohm, en su obra Dandis y dandis, *1896, decía de George* Beau *Brummell: «La turba se apiñaba cada mañana alrededor de su puerta para verle descender, insolente después de su arreglo personal, montar a caballo y perderse en la lejanía.» Miniatura por John Cook. British Museum, Londres.*

El club de los dandis, *caricatura de Richard Dighton, 1818. British Museum, Londres. En sus* Pensamientos sueltos, *1821, Byron señala. «Me gustaban los dandis; siempre fueron muy correctos conmigo, aunque en general, les disgustaban los literatos... La verdad es que, aunque lo abandoné pronto, tuve un toque de dandismo en mi juventud, y probablemente aún conservo lo suficiente para reconciliarme con los grandes dandis...»*

jaba de las cinco mil libras, ya que una sola docena de sus pañuelos costaba quinientas guineas. Los petrimetres y lechuguinos regían el mundo de la moda. Era elegante llegar tarde a todas las citas, gastarse enormes cantidades en el juego y vestirse fastuosamente. Hallábanse también en este mundo las grandes damas, que se movían con elegancia a lo largo de los brillantes salones de baile de Mayfair, donde, según escribió un contemporáneo, el ruido de las ruedas de los carruajes de seis a ocho y de diez a doce era como el fragor de las cataratas del Niágara. Los comerciantes y prestamistas, acreedores de Byron, debieron de verle sumergido en esta sociedad brillante, y le apremiaron para que liquidase sus deudas.

4. Vagando por Europa

Melodías hebreas, colección de poemas cortos convertidos gracias a la adaptación musical de Isaac Nathan en las tonadas favoritas entre las que se cantaban en las celebraciones judaicas, fue publicado en abril al exorbitante precio de una guinea (en aquella época un poemario se vendía generalmente por unos seis chelines y seis peniques, y una novela de tres volúmenes podía costar entre doce y dieciocho chelines). A pesar de eso se vendieron cerca de diez mil ejemplares. Los poemas no son sobresalientes, aunque el libro incluye uno de los más famosos de Byron, «Ella camina en la belleza».

Sus amigos le creían feliz, pero Byron se encontraba aún bajo una enorme tensión. Padecía insomnio y sentía temores irracionales; deambulaba por su casa durante la noche, siempre acompañado de sus pistolas, dispuesto a defenderse de un peligro imaginario. Annabella estaba embarazada; Byron se irritaba con ella y con Augusta; sus acreedores seguían presionándole. Se vio forzado a dar el paso final y puso Newstead a la venta; pidió noventa y cinco mil guineas por la casa y la finca. Le ofrecieron setenta y cinco mil, pero Byron consideró que la suma era insuficiente para pagar todos sus gastos. Antes de noviembre un alguacil había acampado en la casa de Piccadilly Terrace; unido esto al hecho de que Annabella no podía soportar su mal carácter, Byron se sintió literalmente expulsado de su casa. Ella le tomaba, como solía, demasiado en serio. Fletcher, su ayuda de cámara, dijo: «Es curioso, pero nunca he conocido a una mujer que no haya podido dominar a mi amo, excepto mi ama.»

Desesperada, Annabella fue a ver a Augusta y le suplicó que aplacara a Byron, que a diario estallaba en nuevos ataques de cólera producidos por la embriaguez, y que gastaba su tiempo cada vez más en el teatro de Drury Lane, del que era miembro del subcomité de dirección y donde «patrocinó» a una joven actriz, Susan Boyce.

Más tarde, Byron admitió que, irritado por sus problemas económicos y por la confusión en que se había visto sumido tras

Newstead Abbey
ESTATE,
NOTTINGHAMSHIRE.

Notice of Sale by Auction,
BY
Mr. FAREBROTHER

At Garraway's Coffee House, Exchange Alley,
CORNHILL, LONDON,
On FRIDAY, 28th of JULY, 1815,
AT TWELVE o'CLOCK, in TWO LOTS,
A CAPITAL, EXTENSIVE, & VERY VALUABLE
FREEHOLD
Tythe-Free Estate,
CONTAINING
ABOUT THREE THOUSAND TWO HUNDRED ACRES,
COMPRISING OF THE DESIRABLE
Manor or Lordship of Newstead,
IN THE COUNTY OF NOTTINGHAM,
WITH THE CAPITAL
MANSION of NEWSTEAD ABBEY,
Gardens, Pleasure Grounds, Basins, Fish Ponds, and extensive Offices,
surrounded by a lofty STONE WALL, and Part of the fine REMAINS of that ANCIENT ABBEY, and
A BEAUTIFUL CASTLE, standing on an Eminence at the Head of the Great Lake of Thirty Acres,
With several other extensive Lakes, Streams, and thriving Plantations,
IN THE OCCUPATION OF THE PROPRIETOR.
AND SUNDRY ELIGIBLE FARMS,
MILLS, PUBLIC HOUSES, VALUABLE QUARRIES of excellent FREE STONE, in great Request for Buildings, FLAGS AND JAMBS,
AND EXTENSIVE LIME KILNS,
NEWSTEAD is a fine and compact Property, consisting principally of good WHEAT and TURNIP LAND, and particularly well adapted to the Northern System of Husbandry, which may be introduced to great Advantage;
IT IS SITUATED BETWEEN NOTTINGHAM AND MANSFIELD,

Colecciones de la Abadía de Newstead

«Las dificultades de lord Byron —escribió Hobhouse— aumentaron desde el momento en que fueron inútiles sus esfuerzos para vender Newstead.» Anuncio de la venta de la abadía de Newstead, 28 de julio de 1815.

el nacimiento de su hija (Augusta Ada Byron nació el 10 de diciembre de 1815), llegó a tratar a Annabella con auténtica descortesía.

«Un día, en medio de mis problemas [económicos], entré en la habitación y me acerqué a la chimenea. Annabella estaba parada delante y me dijo: "¿Te molesto?" Yo respondí que sí con

un tono demasiado enfático; rompió a llorar y salió de la habitación. Subí las escaleras lo más aprisa que pude y le pedí perdón de la forma más humilde; y ésa fue la única ocasión en que le hablé bruscamente.»

Finalmente, y bajo este tipo de provocaciones, Annabella se volvió frenética. Después de una amarga discusión, decidió abandonar Londres. Registrando la habitación de su marido, encontró una botellita de láudano; la llevó a un doctor y le preguntó si por ello podría declarar loco a su marido, y también comentó esta posibilidad con algunos amigos de George Gordon. Muy pronto el asunto llegó a oídos del propio Byron, quien se quedó estupefacto y se encolerizó. Más tarde escribiría sobre el incidente en *Don Juan*, en cuyo primer canto se hace un retrato nada halagador de lady Byron:

Ya que Inés visitó a ciertos drogueros y médicos
e intentó demostrar que su amante estaba loco;
pero como él tenía algún momento lúcido,
ella decidió enseguida que sólo era malvado.

El 13 de enero Annabella estaba lista para viajar a Kirby Mallory, en Leicestershire, donde se reuniría con sus padres. Se acercó a Byron y le ofreció su mano. Según uno de sus biógrafos, él cruzó las suyas tras la espalda y le dijo: «¿Cuándo volveremos a vernos los tres?» «Confío que en el cielo», contestó Annabella, y se marchó. No volvieron a verse jamás.

Al parecer, Byron creía que su separación era sólo temporal; pero lady Noel (los padres de Annabella habían cambiado su nombre por el de Noel, obedeciendo las disposiciones de cierta herencia), hizo prometer a su hija que jamás volvería a ver a su marido. Y empezó a visitar abogados, hasta que halló a uno al que persuadió para que escribiera a George Gordon en estos fríos términos: «Continuar viviendo con lady Byron no puede contribuir a su felicidad», al tiempo que le invitaba a designar a un «amigo de la profesión» para considerar las condiciones de la separación definitiva.

Byron quedó dolido y anonadado; jamás había habido desavenencias «reales» entre ambos, según dijo a sir Ralph. Escribió a Annabella diciéndole que no creería nada hasta que no se lo dijera ella misma: «Yo te amé y no me apartaré de ti, a menos que te niegues expresa y explícitamente a regresar o a recibirme.» Pero su situación iba de mal en peor, pues aunque Annabella todavía se sentía atraída por Byron, aunque le consideraba

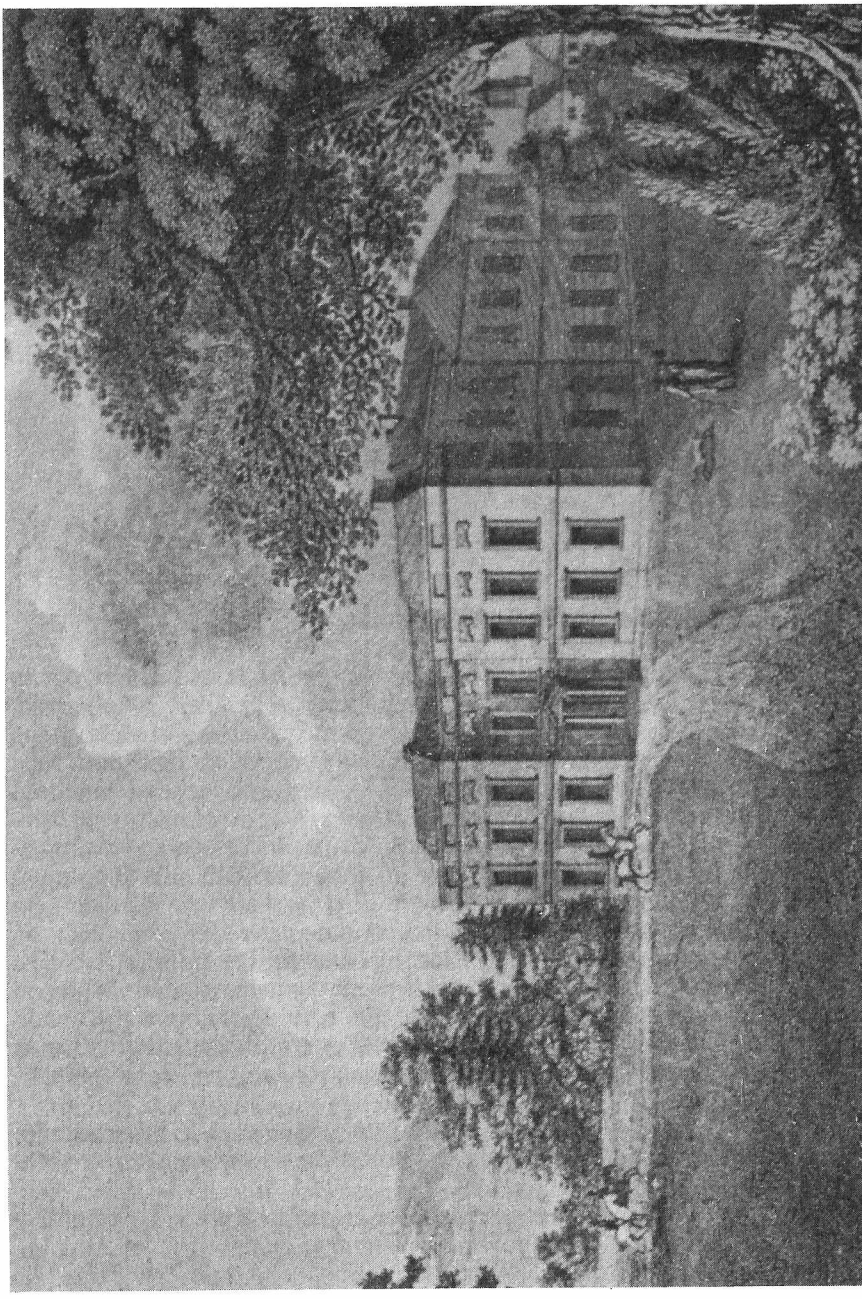
Ociosos en el pasillo, *vistos desde el bar del teatro Drury Lane, por I. R. Cruikshank, 1816. British Museum, Londres.*

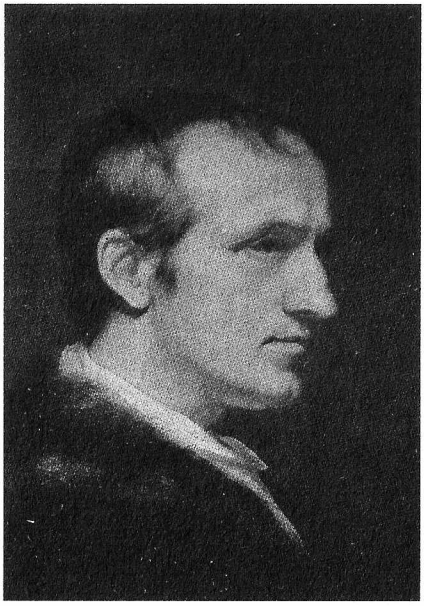
▼ Un zumbido en una caja, *caricatura de la inauguración del nuevo teatro Druy Lane, para la que Byron había compuesto algunos versos.*

British Museum, Londres

Elegantes de 1816, *por I. R. Cruikshank. British Museum, Londres. Lord Byron, dando un brazo a Miss Mardyn, actriz, y el otro a una belleza desconocida, domina la reunión.*

▼ *Kirby Mallory Hall, la villa donde Annabella se reunió con sus padres tras su separación de Byron.*





Retrato del filósofo anarquista William Godwin, padrastro de Claire Clairmont, por James Northeote. National Portrait Gallery, Londres.

básicamente sincero, y a pesar de que Augusta luchaba por la reconciliación, los rumores empezaron a circular, y Annabella, bajo la presión de sus padres, presentó pruebas a sus abogados de crasa indecencia en el habla y en la conducta de Byron. Este rechazó la separación oficialmente, lo que obligaba a Annabella a llevarle ante los tribunales.

Y en medio de tales trastornos pasionales de su vida privada, Byron todavía iba a tener un encuentro fatal. Recibió un paquete que contenía los poemas de una muchacha de diecisiete años. Al paquete le siguió una serie de cartas de admiración; y, más tarde, visitas personales. Finalmente, Byron la recibió. Era la hijastra del filósofo radical William Godwin, y había vivido con su hermanastra Mary Godwin, que a su vez había abandonado a su marido para irse a vivir con el poeta Shelley. El nombre de la muchacha era Mary Jane Clairmont; George Gordon prefería llamarla Claire.

Al fin, Byron firmó el acuerdo preliminar a la separación y, con él, envió a Annabella una colección de versos:

Te digo adiós y si es por siempre,
aún por siempre te digo adiós.

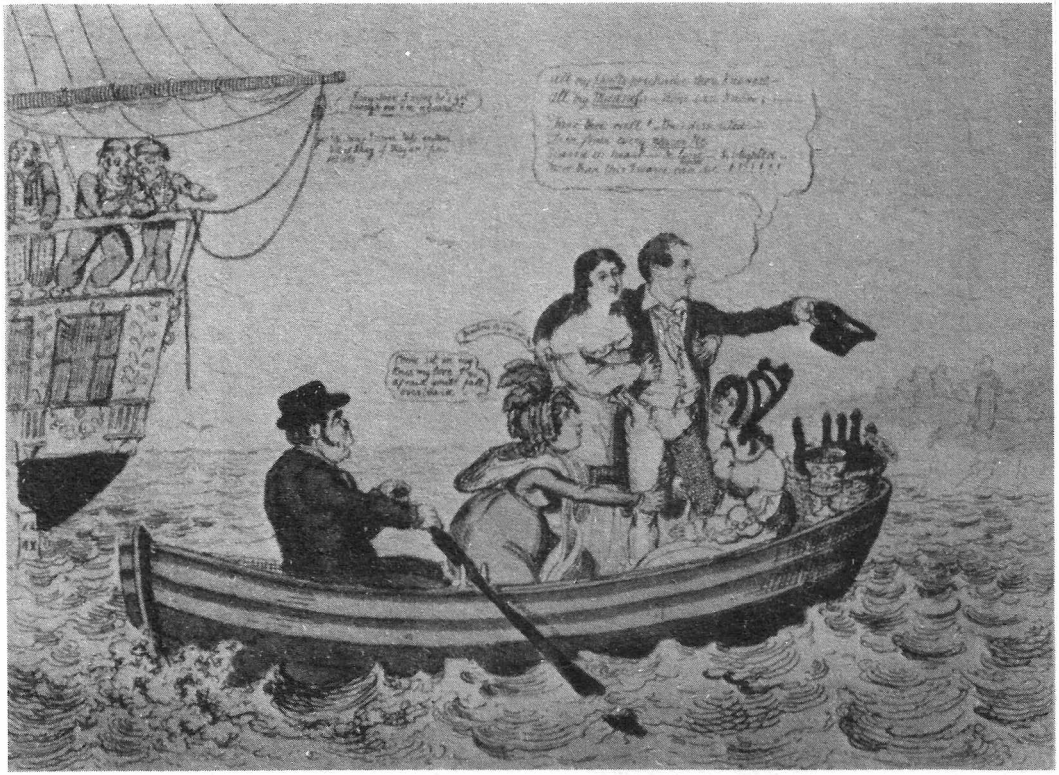
Retrato de Claire Clairmont, por A. Curran. Colecciones de la Abadía de Newstead. Byron diría de Claire en una ocasión: «Para decirlo con delicadeza, creo que Mme. Claire es una maldita ramera.»

El poema es, o parece ser, apasionadamente sincero; pero un periódico conservador, el *Champion*, logró hacerse con una copia y lo imprimió. El griterío que suscitó fue inmediato y notorio. Worsworth se unió al clamor, y tal vez no solamente en respuesta al ataque que Byron le hizo en *Bardos ingleses*: «Dejadme que os diga sólo una cosa de lord B.: ese hombre es un demente... Sus pésimos versos disgustan el sentimiento y su ejecución es desdeñable. *Aunque mis muchas faltas me afeen*..., etc., ¿pueden los más rudimentarios versos escribirse peor que esta estrofa? Un verso, sin embargo, es loable: *Nadie puede conocer toda mi locura.*» Es evidente que esta crítica de Worsworth fue más moral que literaria.

Oprimido aún por sus deudas y abrumado con los problemas de su separación, Byron decidió irse de Inglaterra. Vendió sus libros por una suma total de setecientas veintitrés libras, doce chelines y seis peniques, y se hizo construir un inmenso carruaje que contenía su biblioteca, un baúl con su vajilla y «todos los enseres necesarios para comer». Augusta, inquieta por los múltiples rumores que circulaban sobre su hermanastro, fue a verle a Londres. Fue el último encuentro entre ambos. Byron le regaló un poema:

British Museum, Londres

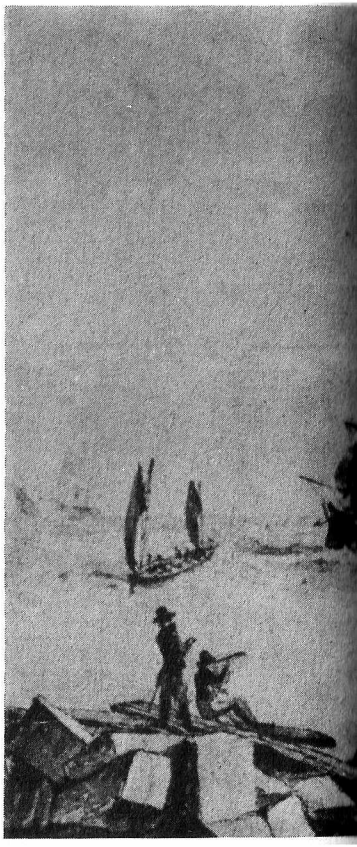
Dos caricaturas de I. R. Cruikshank ridiculizando la vida privada de Byron. En La separación *(página anterior), Byron rodea con su brazo el talle de Miss Mardyn, mientras lady Byron sostiene a la pequeña Ada. La anciana es Mrs. Clairmont, la antigua institutriz de Annabella, a quien Byron culpaba de su separación. En la titulada* Adiós, *Byron abraza a Miss Mardyn mientras se despide de Annabella, a quien apenas se percibe en la costa con Ada en brazos. Las otras mujeres de la barca son actrices del Drury Lane.*



British Museum, Londres

Cortesía del conde Lytton

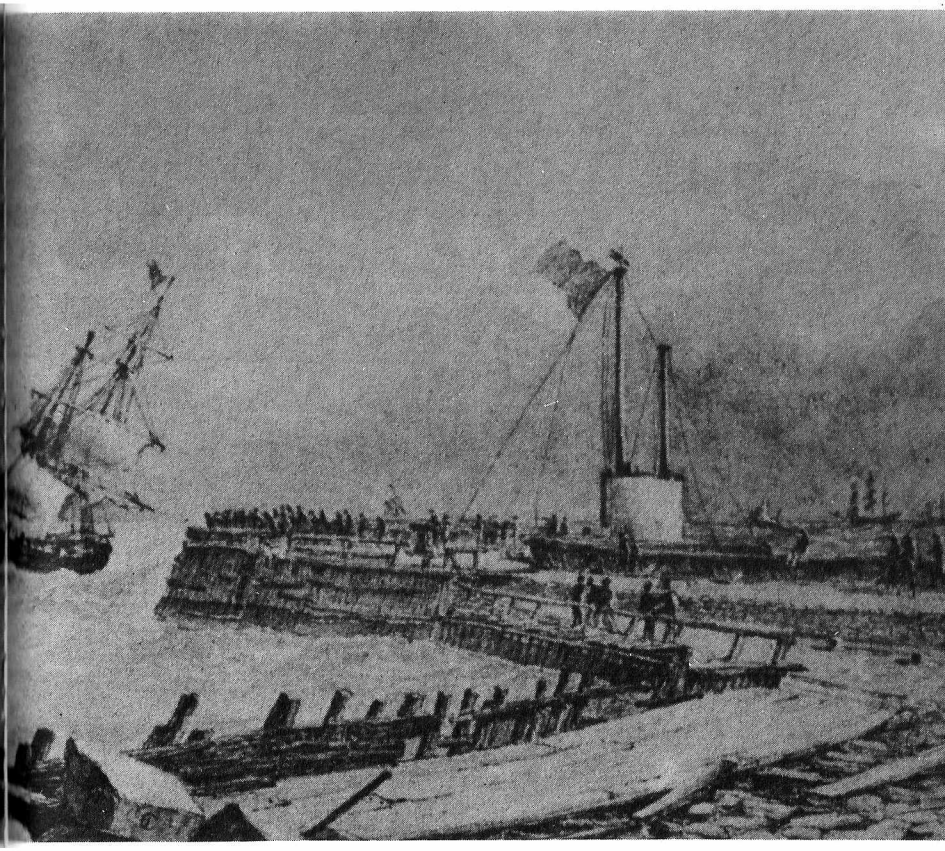
Augusta Leigh, pintada por James Holmes, 1817.



El puerto de Dover, por J. Carpenter. Victoria and Albert Museum, Londres. El 24 de abril de 1816, Byron embarcó en este puerto con destino al continente. Dejaba Inglaterra para siempre.

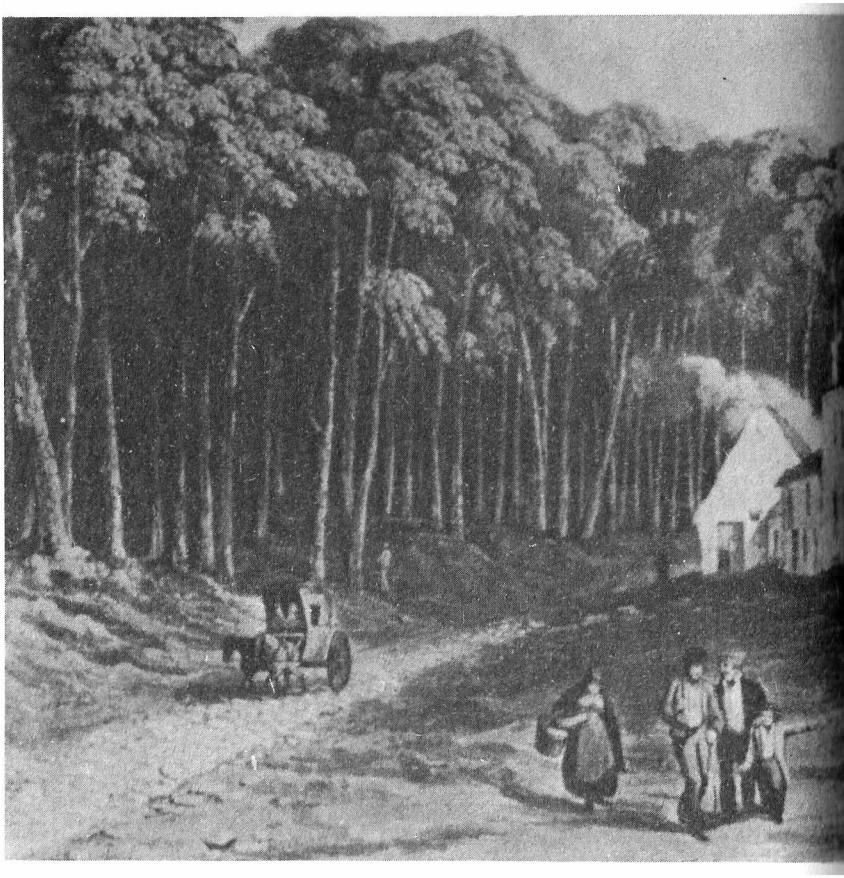
Cuando cambió la fortuna y el amor huyó lejos,
y los dardos del odio volaron densos y vertiginosos,
tú fuiste la estrella solitaria
que surgió y no se puso hasta el final.

El 21 de abril firmó el acta de separación y dos días después partió de Londres con el fiel Fletcher, Robert Rushton, otro sirviente y un joven médico, John William Polidori. A las nueve y media de la mañana cerraron su casa de Piccadilly Terrace; cinco minutos después los alguaciles abrieron la puerta y lo requisaron todo. En Dover, la noticia de que Byron estaba en la ciudad conglomeró a una multitud alrededor del hotel donde se hospedaba; incluso algunas damas se disfrazaron de camareras para acercársele. El 24 de abril dejó Inglaterra definitivamente.



Byron exageraba la animadversión que el público sentía hacia él, diciendo que le habían llegado a insultar en la calle y que siempre despertaba una ola de murmullos al entrar en la Cámara de los Lores. Pero la prensa rebosaba de habladurías, y algunos periódicos le habían comparado con Nerón, Calígula, Heliogábalo y Enrique VIII. Como a Byron esto le afectaba profundamente, sintió un enorme alivio al llegar al continente, aunque no diese señales inmediatas de regeneración moral. Polidori escribió en su diario en Ostende: «Tan pronto como llegó a su habitación, lord B. cayó como un rayo sobre la camarera.»

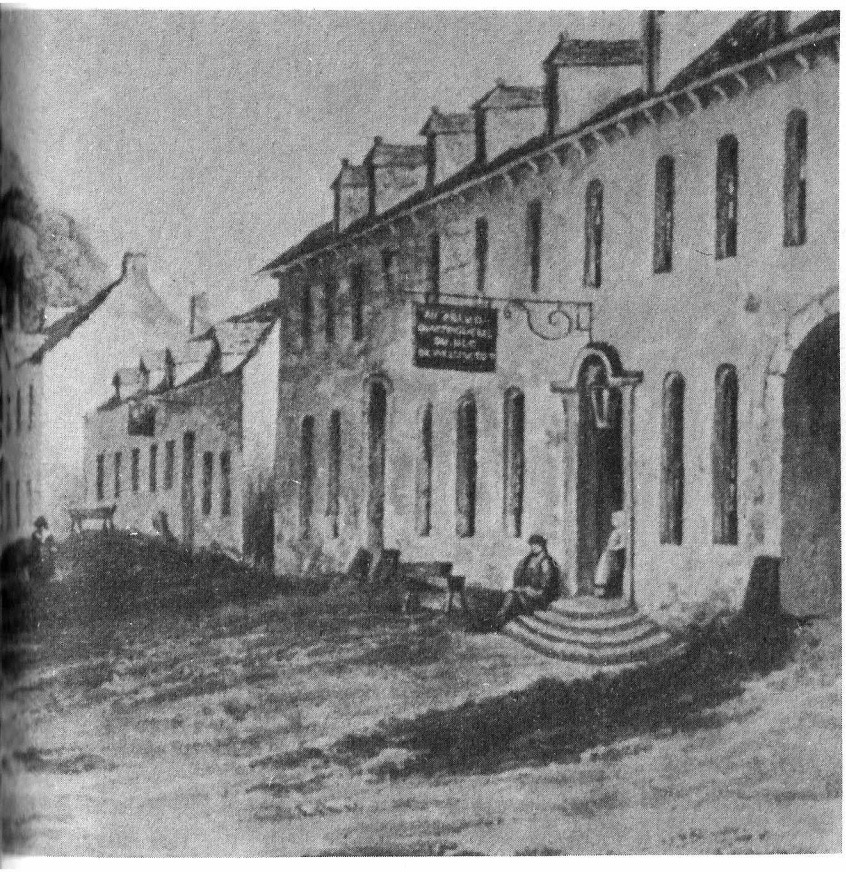
Montado en su carruaje, Byron prosiguió cómodamente su viaje a Kent, Antwerp y Bruselas, y por la tarde fue de excursión con Polidori al campo donde se había celebrado la batalla de Waterloo. Aquella misma tarde una dama le rogó que escribiera en



Cuartel general del duque de Wellington en Waterloo. Grabado según dibujo del capitán Jones. British Museum, Londres.

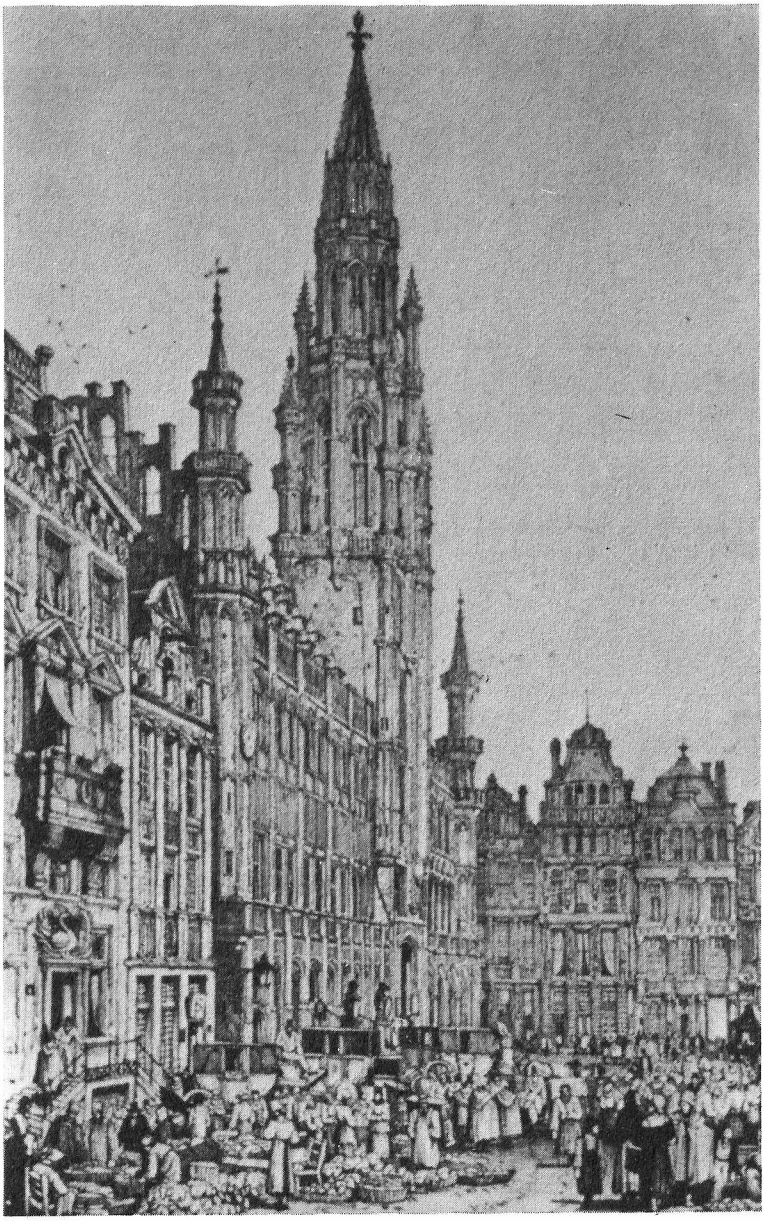
su álbum, en el que Walter Scott había escrito tiempo atrás, algunas líneas sobre Waterloo. Byron aceptó la invitación, se llevó el álbum a su casa y a la mañana siguiente lo devolvió con dos estrofas que posteriormente incluiría en los nuevos cantos que añadió a *Childe Harold.* Figuran, sin duda, entre sus mejores composiciones:

¡Detente! ¡Estás pisando la sombra de un imperio!
¡Aquí están sepultadas las ruinas de un seísmo!
¿No está el lugar marcado con estatuas colosales?
¿Ni con columnas triunfales para conmemorar el triunfo?



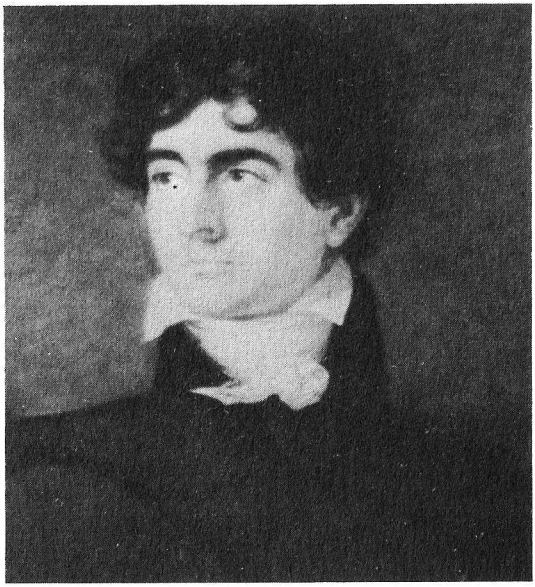
Nada; pero la verdad moral es más sencilla:
que la tierra vuelva a ser como era antes.
¡Esa lluvia roja ha hecho prosperar la cosecha!
¿Y es esto todo lo que el mundo ha ganado contigo,
primera y última de los campos de batalla,
victoria hacedora de reyes?

Al salir de Bruselas, Byron y sus acompañantes se dirigieron a Colonia, donde Byron tuvo el primer roce con el egoísta Polidori. Un día, mientras el poeta estaba leyendo, el médico se volvió de pronto y le preguntó: «Y decidme, os lo ruego, aparte de escribir poesía, ¿qué otras cosas de las que yo no sea capaz sabéis hacer?» «La primera —respondió Byron— es meter una

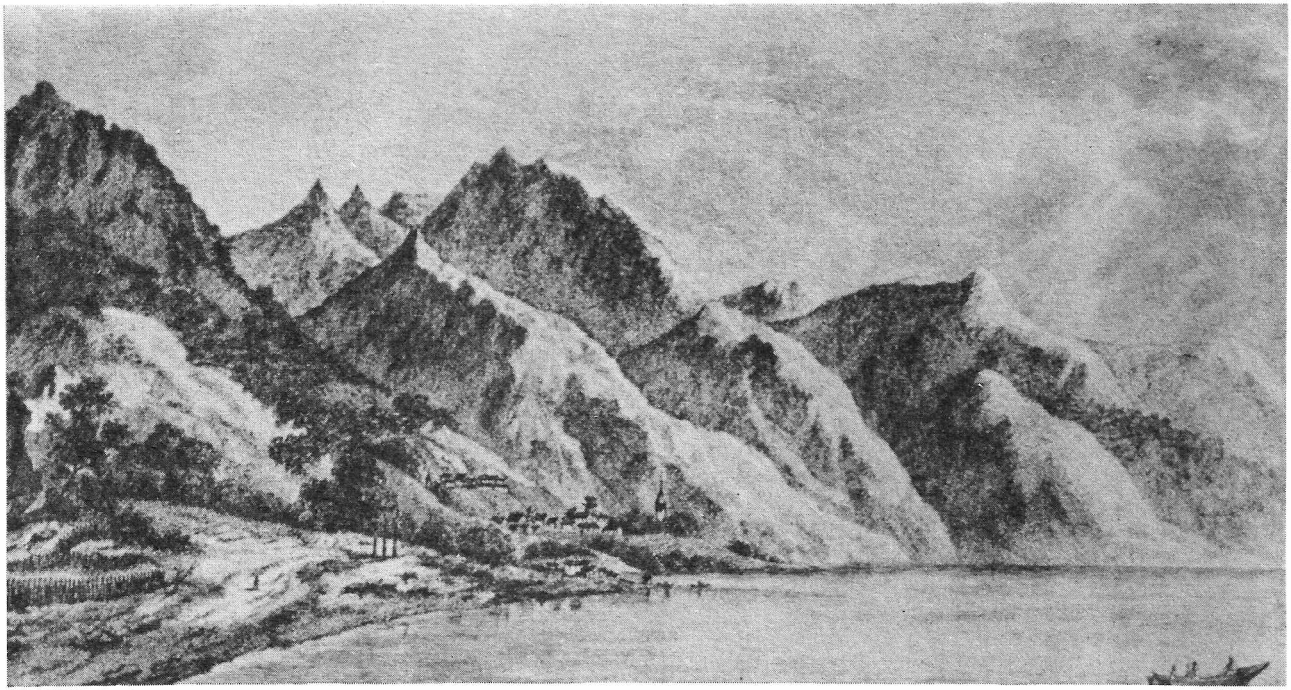


Ayuntamiento de Bruselas, por S. Prout. Victoria and Albert Museum, Londres.

Byron, pintado por G. H. Harlow. Galería de Arte de San Marino, California. La fecha de este dibujo es imprecisa; parece que el artista lo fechó en 1816, pero Byron insistía en que el retrato fue pintado el 6 de agosto de 1818, el mismo día que Marlow pintó a Margarita Cogni.

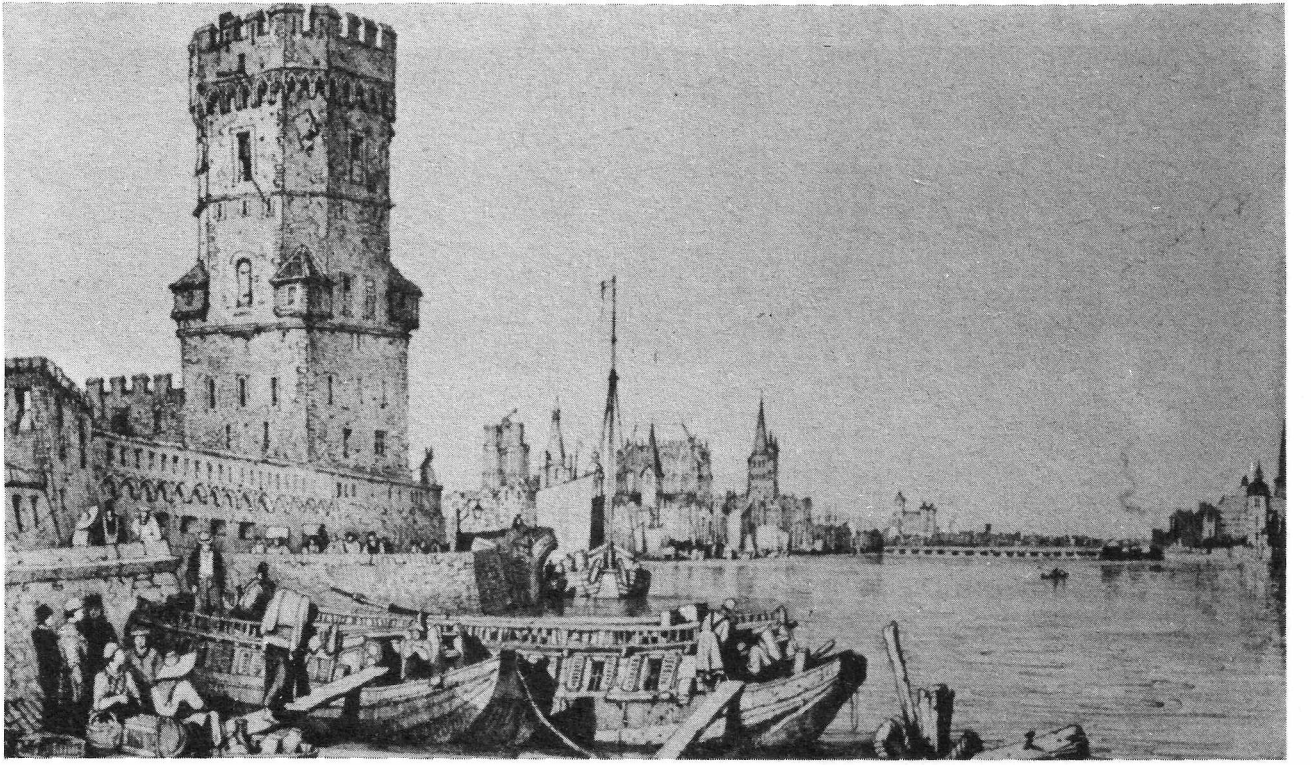


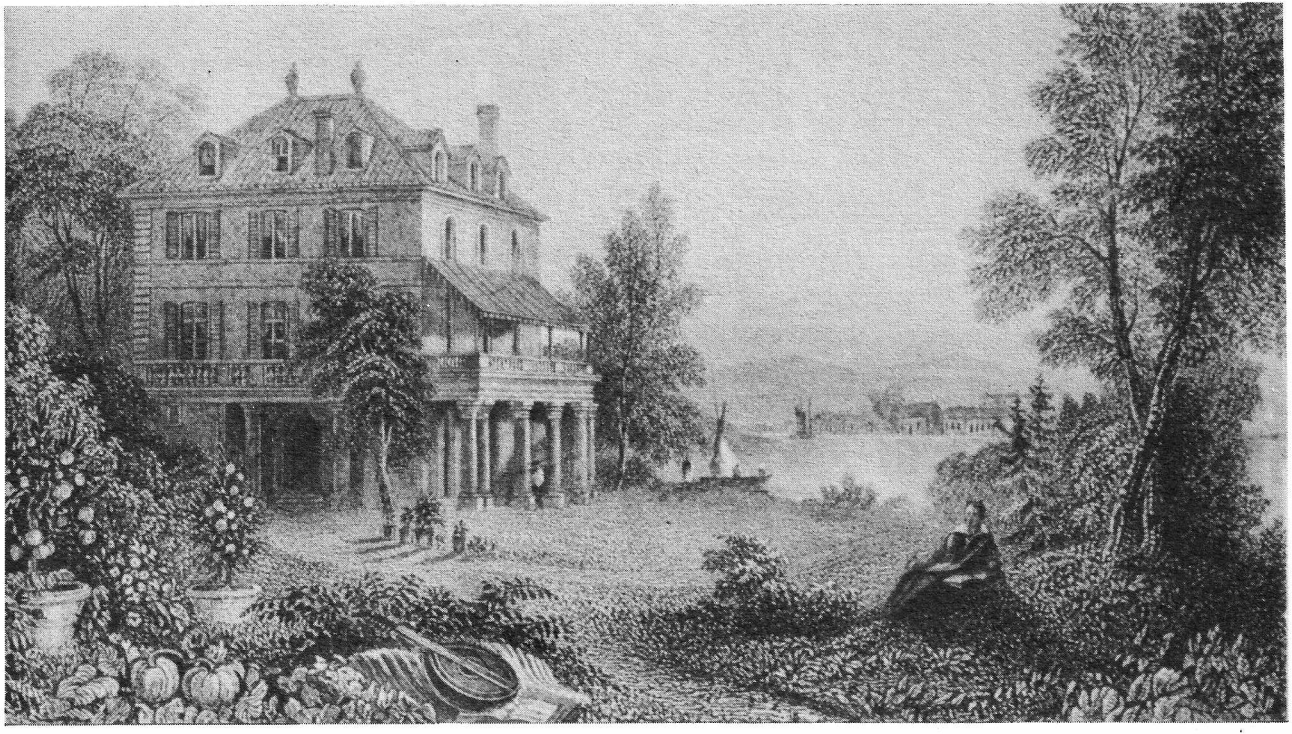
El doctor J. W . Polidori, «muy joven —decía Byron— y más apto para producir enfermedades que para curarlas», retratado por F. G. Gainsford. National Portrait Gallery, Londres.



Vista de Clarens sobre el lago Ginebra. Grabado de Née, según Brandoin.

▼ *Una vista de Colonia, por Samuel Prout. Victoria and Albert Museum, Londres.*





La Villa Diodati, residencia de Byron en Suiza. Grabado de Edward Finden, según W. Purser.

bala por el ojo de la cerradura de esa puerta; la segunda, cruzar nadando ese río de una a otra orilla, y la tercera, daros una gran paliza.» Se ignora la respuesta de Polidori.

El 24 de mayo el grupo ya estaba en Lausana; y al día siguiente Byron inscribía su nombre en el libro de visitas del Dejean's Hotel d'Angleterre, cerca de Ginebra, poniendo cien años en el lugar destinado a escribir la edad.

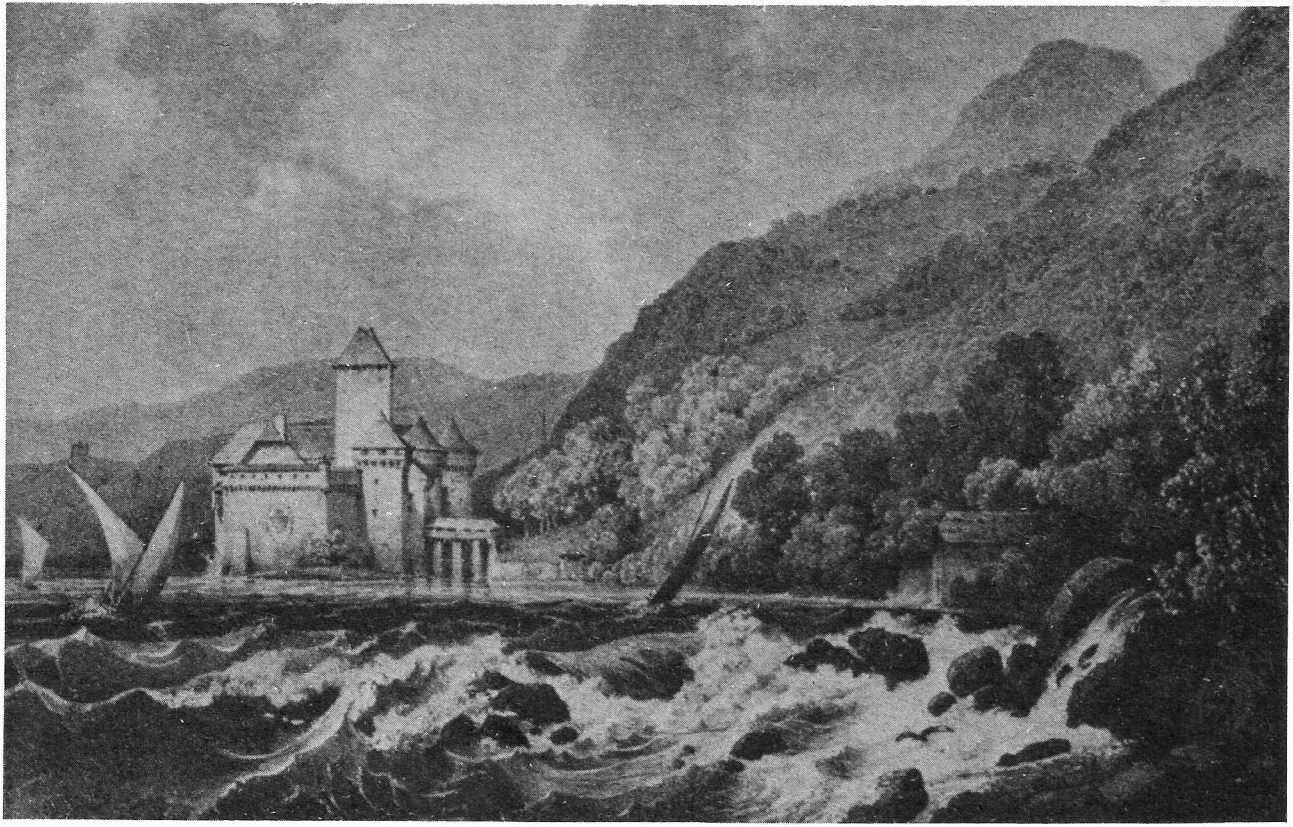
Por entonces, Shelley, junto con Mary Godwin y Claire Clairmont, habían salido de Londres para ir a Suiza. Claire iba secretamente embarazada de Byron, y ambos estaban de acuerdo para reunirse en Ginebra. En las orillas del lago, George Gordon vio a Shelley por primera vez. Era el 26 de mayo; enseguida congeniaron. Por las mañanas desayunaban juntos y durante el día se dedicaban a buscar casa. A principios de junio, Byron se fue a vivir a la Villa Diodati, una elegante mansión situada a unos doscientos metros de la orilla del lago, con una vista excelente del Jura. Shelley se estableció en las cercanías de su casa, en Montealegre.

Una vez fijada su residencia, como era habitual en él, Byron se sintió inquieto. Gozaba mucho charlando con Shelley, pero encontraba a Polidori cada día más irritable (y con razón, pues ya por entonces el joven médico daba señales del desequilibrio que en el futuro le conduciría al suicidio); y además, Claire le atosigaba con sus insistentes atenciones, que él tampoco desaprovechaba. La gente del lugar le espiaba, y varios turistas ingleses insistieron para que los recibiera.

Chillon

Hacia finales de junio, Byron y Shelley emprendieron una marcha alrededor del lago por los lugares asociados con Rousseau, al que ambos admiraban. Visitaron brevemente el lúgubre castillo de Chillon, donde Byron escuchó la historia del prisionero François Bonivaro, que luego plasmaría en un poema. A Shelley le fascinaba el lago tanto como navegar por él; allí nada le turbaba, ni siquiera la violenta tormenta que se desató en cierta ocasión y en la que los dos poetas estuvieron a punto de perecer.

Refiriéndose al suceso, Byron contó a John Murray: «El no sabe nadar. Me quité la ropa y le ordené que también se desnudase y que agarrase un remo; como yo era un veterano nadador, le dije que creía poderle salvar si no se movía cuando le agarrase, a menos que nos estrellásemos contra las rocas, altas y



El castillo de Coppet, residencia durante algunos años de Mme. de Stäel, por Brun, Biblioteca Pública y Universitaria, Ginebra.

El castillo de Chillon. Litografía de Engelmann, según Villeneuve, 1826. Victoria and Albert Museum, Londres.

Mme. de Stäel, de la que Byron decía que «escribe libros en octavos y habla en folios», en un retrato pintado por F. Gerard. Museo de Versalles.

◀ *Retrato de Shelley, «el menos egoísta y el más apacible de los hombres», por A. Curran. National Portrait Gallery, Londres.*

afiladas y en aquel momento azotadas por las olas. Nos encontrábamos a unas cien millas de la costa y nuestro bote peligraba. Me respondió con absoluta serenidad que no había pensado que le salvase nadie, que bastante tendría yo con salvarme a mí mismo y que no deseaba estorbarme.»

Al regresar del corto viaje por el lago, las indiscreciones de Claire se duplicaron y la impaciencia de Byron también. Fue un alivio que Shelley y Mary se la llevaran en un viaje a Chamouni, permitiendo así a George reanudar sus relaciones con Mme. de Staël, cuyo castillo de Coppet se hallaba en las cercanías, escribir e inquietarse con los rumores que le llegaban de Inglaterra, donde se estaban publicando unos versos espúreos con su nombre, y donde Annabella volvía loca a Augusta para convencerla de que no volviera a ver ni a escribir a su hermanastro.

Shelley regresó con las dos mujeres el 27 de julio. Seguramente, ya estaba enterado del embarazo de Claire; la posición de Byron se volvió muy delicada. Intentó calmar a Claire prometiéndole que enviaría el niño con Augusta para que lo cuidase,

pero al final cedió a las presiones de su amante y le prometió que él mismo cuidaría de su hijo, o de su hija. El 28 de agosto Shelley y las dos mujeres partieron para Inglaterra llevando consigo el manuscrito del canto tercero de *Childe Harold*, *El prisionero de Chillon* y algunos otros poemas. También fue ésta una separación definitiva: aunque a menudo coincidirían en la misma ciudad, Claire jamás volvió a ver a Byron.

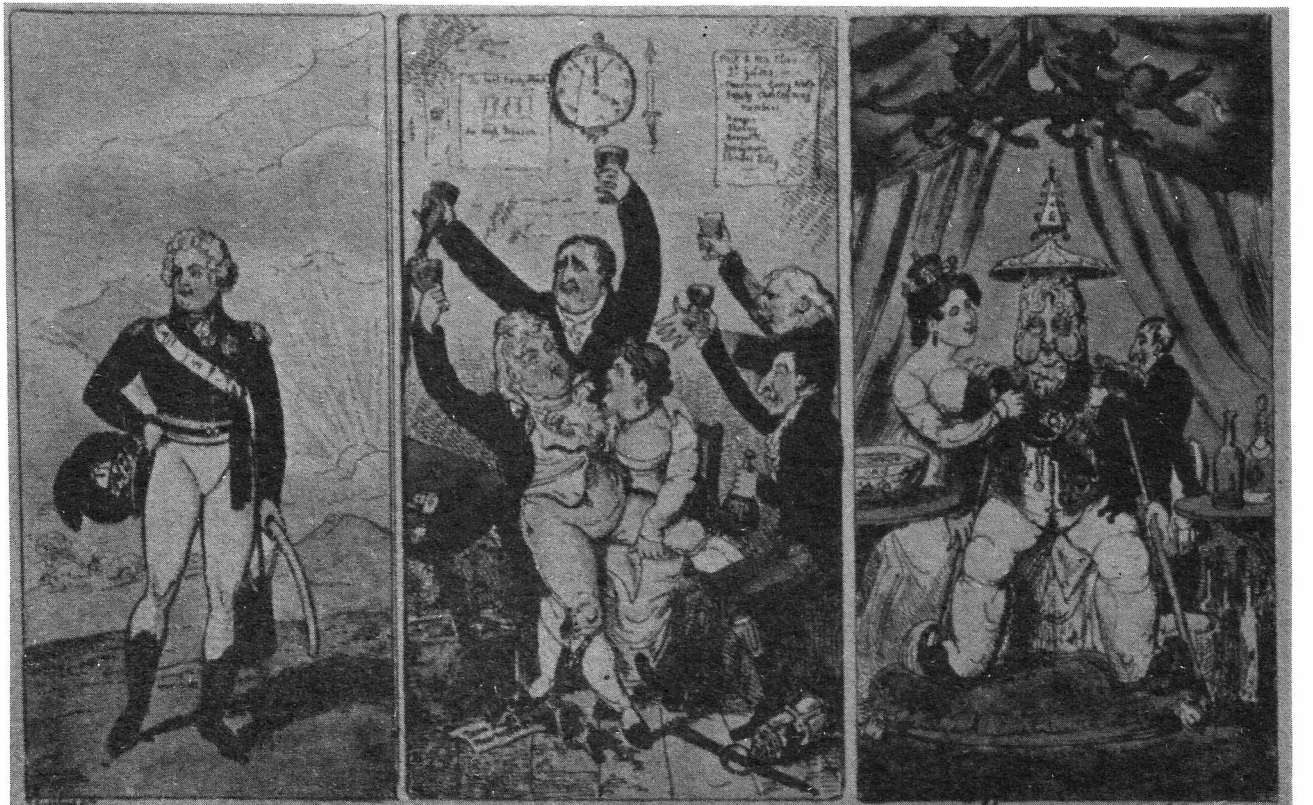
Augusta había oído rumores de cierta aventura... En una carta que le escribió Byron, ignorando a propósito el hecho de que su hija había sido concebida en Londres y haciendo uso de una excusa muy típica, le decía lo siguiente:

«Por lo que se refiere a todas esas "amantes", Dios me libre, que no he tenido más que una. No vayas a reñirme, ¿qué podía hacer? Una muchacha alocada, sin importarle lo que yo dijera o hiciese, me perseguía, o, mejor dicho, se me adelantaba, ya que aquí me la encontré. Yo le decía las peores cosas para que se fuera y al fin se fue. Ahora, querida mía, te digo con toda sinceridad que no estuvo en mi mano evitar este asunto, que hice todo lo posible por impedirlo y que al final he logrado que termine. No estaba enamorado ni lo estoy; pero no podía permanecer estoico ante una mujer que recorrió ochocientas millas para venir a desvanecer mi filosofía.»

La verdad es que cualquier mujer bonita podía hacer cambiar de opinión a Byron. Acostumbrado desde la infancia a considerarse a sí mismo un lisiado por su «pie pequeño», con una madre vulgar y colérica, defectos que quizá él también compartía, George Gordon era incapaz de rechazar a cualquier mujer que le dedicara sus atenciones y le hiciera sentirse un hombre atractivo y deseable. Y, naturalmente, él se inclinaba a una vida cómoda, como cualquier otro hombre perteneciente a una época relajada.

El relajamiento de las costumbres morales, que se incrementó notablemente durante la enfermedad de Jorge III y la creciente influencia del príncipe de Gales, no invitaba precisamente a la continencia. «Los vicios proliferan maravillosamente entre los liberales —escribió miss Pamela Fitzgeral en 1816—. Los hijos ilegítimos son innumerables; una tribu de hijos de la confusión...» Desde luego, los numerosos hijos de la condesa de Oxford fue-

Caricatura de George Cruikshank ridiculizando al príncipe de Gales, regente por la enfermedad del rey Jorge III. British Museum, Londres. ▶


Gent.
No Gent
& Re gent !!

ron conocidos como la «miscelánea Harleian», porque se suponía que todos eran hijos de diferente padre.

Los hombres seguían sus inclinaciones sin tener en cuenta los intereses ni los sentimientos de nadie, a excepción de los suyos propios. Lord Barrymore, cuando volvía a su casa de alguna fiesta, solía golpear con su látigo la mitad de las ventanas de la calle. Era muy gracioso arrojar a un borracho a un estanque, o robarle el perro a un ciego. También estaba de moda maldecir a boca llena y escupir con puntería. Las mujeres de todas las clases sociales constituían un pasatiempo divertido, y cuando Byron, por ejemplo, bromeaba con lady Melbourne sobre las indiscreciones de su propia nuera, no hacía otra cosa que seguir las reglas de la moda.

Mas como Byron había sido pobre en su niñez, no incurrió en los vicios más despreciables de su época. La violencia física, si no había provocación, no le atraía, por más que admirase, como todo el mundo, a los púgiles de su tiempo, en cuyos combates apostaba. Tampoco le parecía divertido abusar de los pobres, como demostró en el discurso que pronunció ante la Cámara de los Lores en defensa de los tejedores de Nottingham. Sin embargo, no se sustrajo del todo a las tendencias de la época.

En septiembre de 1816, Hobhouse llegó a Suiza, y los dos amigos emprendieron un viaje a la montaña. Byron comenzó a escribir *Manfred*, el poema dramático que narra la vida de un marginado social, torturado por sus remordimientos, en las montañas, a las que acude en busca del olvido. En octubre salieron de la Villa Diodati rumbo a Milán.

Byron no tenía una idea exacta de su destino; su vaga intención era viajar a Grecia y a Dalmacia, aunque primero pensaba visitar Venecia. En Milán conoció a Henri Beyle (Stendhal); en su opinión, Byron se acicalaba en exceso y concedía demasiada importancia a su figura. Pero también escribió en sus memorias que cuando la conversación giró hacia temas literarios, los pensamientos de Byron «fluían más rápidamente que sus palabras y su expresión se liberó de toda afectación o gracia estudiada».

◀ *En una carta a Thomas Moore, fechada el 6 de noviembre de 1816, Byron relataba: «Toda la sociedad de Milán va a la ópera. Tiene palcos privados donde juegan a las cartas, charlan o cualquier otra cosa.» La Scala de Milán, por Angeli. Museo Teatrale alla Scala, Milán.*

5. Venecia, «la isla más verde de mi imaginación»

Byron se enamoró de Venecia desde el mismo momento en que la vio. Escribió a Tom Moore: «Tengo intención de pasar el invierno en Venecia, probablemente porque siempre ha sido, junto con Oriente, la isla más verde de mi imaginación. No me ha decepcionado, aunque su evidente decadencia tenga este efecto sobre otros. Familiarizado con las ruinas durante tanto tiempo, ya no puede disgustarme la desolación. Además me he enamorado... Tengo unas habitaciones estupendas en casa de un "mercader de Venecia" que está muy ocupado con sus negocios y que tiene una esposa de veintidós años.»

Representación romántica y ficticia de Byron y Marianna Segati en un cuadro de pintor anónimo. Colecciones de la Abadía de Newstead.

Un retrato imaginario de Byron en un paisaje real, el monasterio armenio de San Lazzaro, cerca de Venecia, pintado por C. Reichardt. Biblioteca Armenia, San Lazzaro. ►

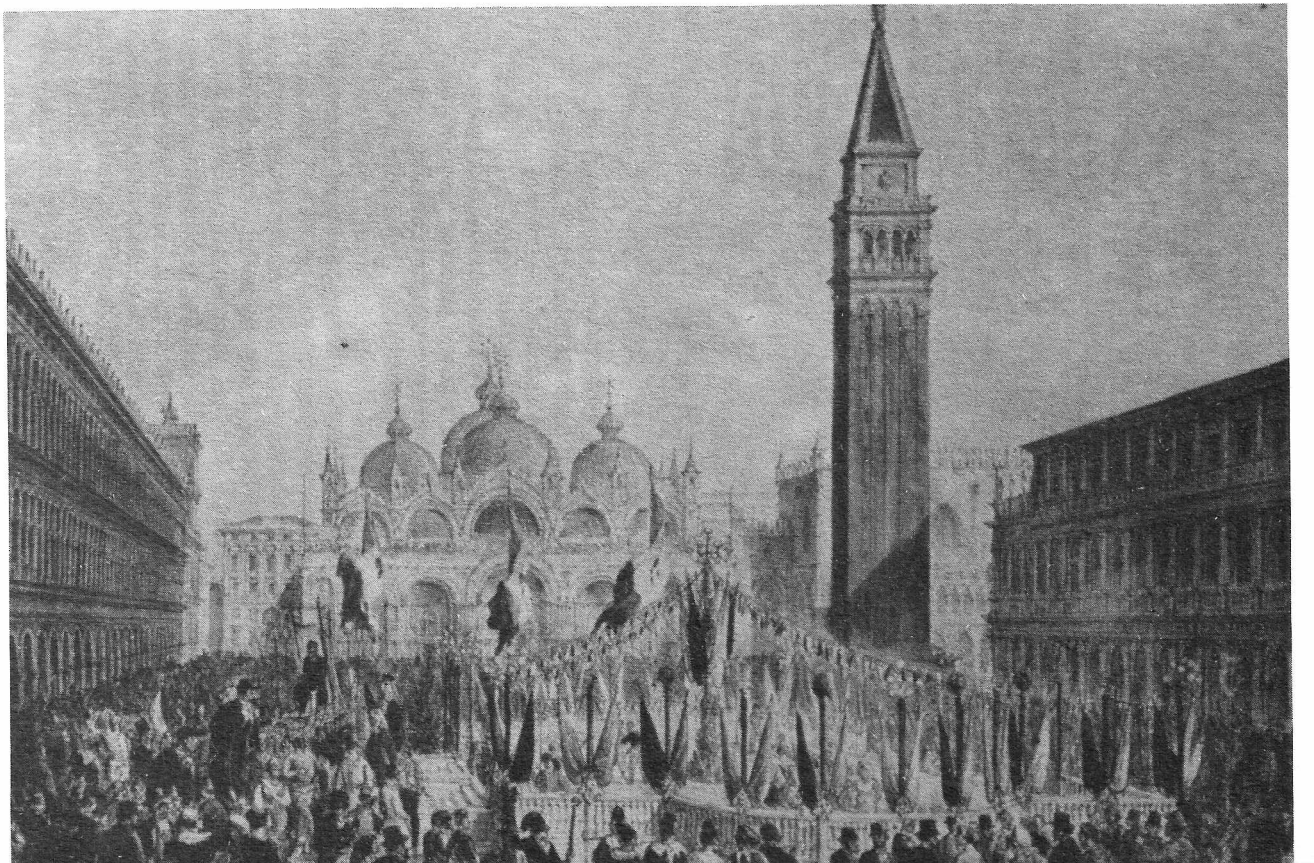
Su anfitrión era comerciante de paños y su esposa se llamaba Marianna. La vivienda estaba en La Frezzeria, en un lateral de la plaza de San Marcos. Feliz al saber que en Londres John Murray había vendido siete mil copias del canto tercero de *Childe Harold* y de *El prisionero de Chillon y otros poemas,* por lo que recibió dos mil libras, Byron se abrió camino en la sociedad veneciana, montó a caballo, escribió y empezó a estudiar armenio en el monasterio de San Lorenzo. De hecho, y como él mismo dijo a Hobhouse, era «estudioso durante el día y disoluto por la noche».

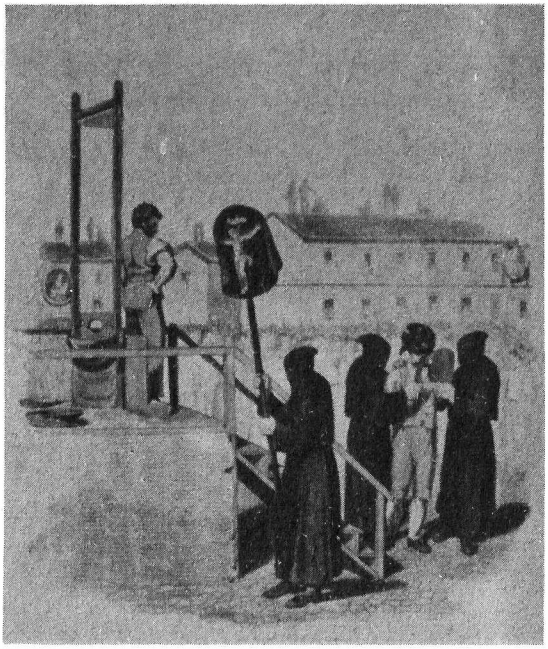
En enero, durante el Carnaval, terminó de escribir *Manfred* y se lo envió a Murray. Era, según él, un poema dramático «de una clase muy salvaje, metafísica e inexplicable..., pero creo que se lo he puesto muy difícil para las tablas, ya que mi relación con Drury Lane me dejó mal sabor de boca».

Alrededor del 12 de enero, Claire dio a luz a su hija en Inglaterra. La noticia llegó cuando el poeta, hastiado de los placeres y la excitación del Carnaval, había caído enfermo aquejado de fiebres. Desde su lecho, escribió el que tal vez sea su mejor poema lírico:

La estatua Colleoni, de Venecia, pintada por James Holland. Colección de lord y lady Walston, Newton Park, Cambridge.

▼ *El carnaval de Venecia en la plaza de San Marcos, según un pintor anónimo. Museo Correr, Venecia.*





El doctor Polidory relató así su experiencia como espectador de una ejecución durante su estancia en Roma acompañando a Byron: «La víspera de mi partida de Roma, vi como guillotinaban a tres ladrones... El primero me dejó sediento y caluroso y temblé tanto que apenas pude sostener mi monóculo.» Una ejecución de asesinos en Roma. Ilustración de R. Bridgens, Sketches Illustrative..., *1821.*

Así que no volveremos más a pasear
a tan avanzada hora de la noche,
aunque el corazón sea aún tan amante
y la luna todavía brille tanto.
Porque la espada dura más que su vaina,
y el alma dura más que el pecho,
y el corazón debe detenerse para respirar
y el amor mismo necesita descanso.

Amorosamente atendido por la esposa del pañero, se recuperó de las fiebres, y a principios de abril partía de Venecia rumbo a Roma, donde pasó tres semanas. Durante este tiempo anotó las impresiones que luego plasmaría en los versos del cuarto canto de *Childe Harold*. En una ocasión en que Byron visitaba el tejado de San Pedro, se sabe que fue reconocido por un grupo de turistas inglesas. Una de ellas, lady Lidel, dijo imperiosamente a su hija: «No le mires; hasta mirarle es peligroso.»

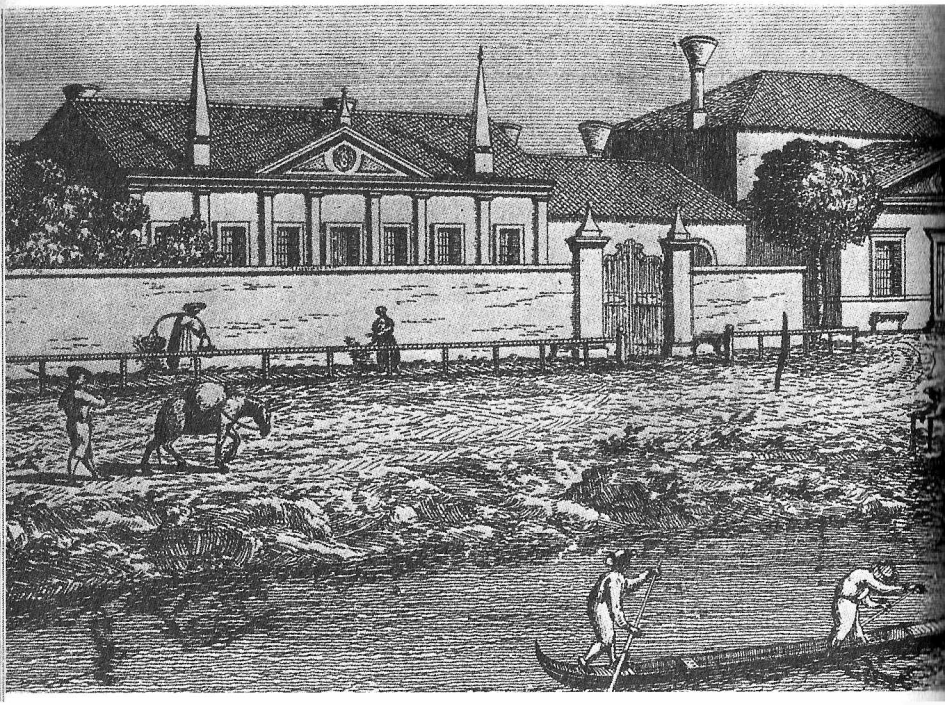
Byron decidió pasar el verano fuera de Venecia, de modo que alquiló la Villa Foscarini, sobre el río Brenta, siete millas aguas arriba de la laguna. Allí se concentró en el trabajo del cuarto can-

El Puente de los Suspiros de Venecia (siglo XVI) pone en comunicación el palacio de los dux con las mazmorras. Cuenta la leyenda que su nombre procede de los profundos suspiros exhalados por los ajusticiados al contemplar Venecia por última vez desde las celosías del puente, antes de ser encerrados en la prisión. Cuadro de Samuel Prout. Victoria and Albert Museum, Londres.

to de *Childe Harold*, y pronto Murray recibía la primera estrofa de su descripción de Venecia:

Estuve en Venecia, sobre el Puente de los Suspiros;
un palacio y una prisión a cada lado:
vi surgir su estructura fuera de las olas
como al conjuro mágico de un encantador.
¡A mi alrededor, sus alas sombrías
extienden cien años, y una gloria caduca sonríe
a esos tiempos lejanos, cuando muchos países vencidos
admiraban las columnas de mármol del León alado
y Venecia era un Estado que reinaba sobre sus cien islas!

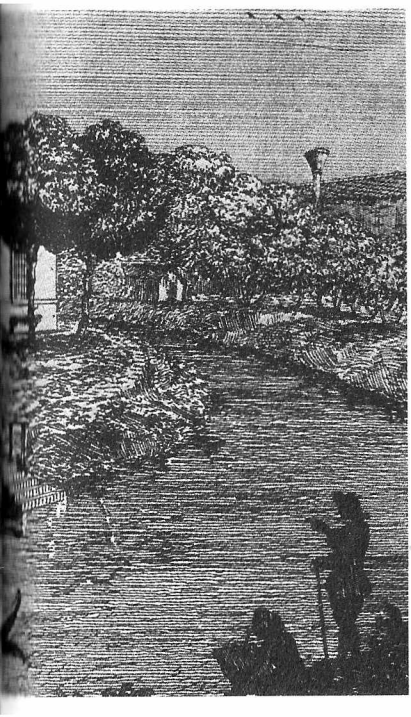
Durante aquel verano en La Mira, Byron conoció a Margarita Cogni, la esposa de un panadero local, y comenzó una aventura con ella; se sentía contento y distendido, y una vez finalizado el primer borrador del canto cuarto de *Childe Harold* comenzó a escribir otro poema, «Beppo», en el que contaba las anécdotas de un marido veneciano burlado. Es una pieza aguda e irónica, y constituye incidentalmente un revelador apunte de la vida



y la moral venecianas del siglo XIX. El poema está escrito en el tono de las cartas de Byron, que suavizó y desplegó su estilo poético en esta pieza, en la que ya puede apreciarse el estilo discursivo del *Don Juan*:

Con todos sus pecados, debo decir
que Italia es un lugar donde encuentro placer,
que me gusta ver brillar el sol cada día
y las viñas (no sujetas a los muros) de árbol en árbol
tejiendo guirnaldas, como en el telón de fondo de una
comedia...

A su regreso de La Mira a Venecia, en noviembre de 1817, Byron pudo satisfacer sus deudas: se había vendido Newstead por la cantidad de 94.500 libras. Al fin pudo pagar las quinientas libras que debía de su carruaje; abonó los atrasos de seis meses de alquiler de la casa de Piccadilly Terrace, y pensó en traerse a su hija, que fue bautizada al año siguiente junto con los hijos de Shelley en la iglesia londinense de St. Giels in the Fields,

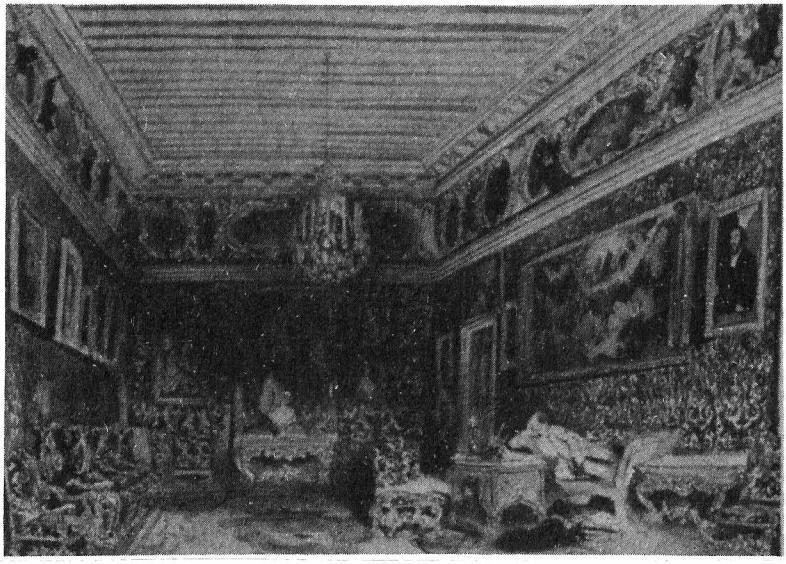


La villa Foscarini, La Mira, por J. F. Costa.

▲

Allegra, la hija de Byron y Claire Clairmont, pintada en Venecia por un artista anónimo en el año 1818, cuando la niña tenía dieciocho meses.

Byron contradijo con sus palabras los suaves rasgos de este retrato diciendo de Margarita Cogni que era «salvaje como una bruja y fiera como un demonio». Grabado de H. T. Ryall, según G. H. Harlow.



Un retrato imaginario de Byron en uno de los salones del Palazzo Mocenigo, pintado en 1839 por J. Scarlett Davis. Galería de Arte H. E. Huntington, San Marino, California.

Un noble poeta arañando sus ideas, *caricatura publicada en 1823.* ▶

el 9 de mayo. En el registro se la inscribió como «Clara Allegra Byron, hija del muy honorable George Gordon lord Byron, según declaración de Clara Mary Jane Clairmont».

Inmediatamente después del bautizo los Shelley partieron para Italia, y el 4 de abril llegaron a Milán. Byron residía por entonces en el Palazzo Mocenigo, con vistas sobre el mercado. Se negó a comunicarse directamente con Claire y no fue a recoger a su hija Allegra, sino que envió a una mujer suiza para que la trajera a Venecia.

En Inglaterra el poema «Beppo» se publicó anónimamente. Causó cierto escándalo, pero también fue objeto de críticas elogiosas y, en general, se sabía que Byron era su autor. El canto cuarto de *Childe Harold* se publicó en el mes de abril y fue acogido con entusiasmo por los críticos, entre ellos sir Walter Scott.

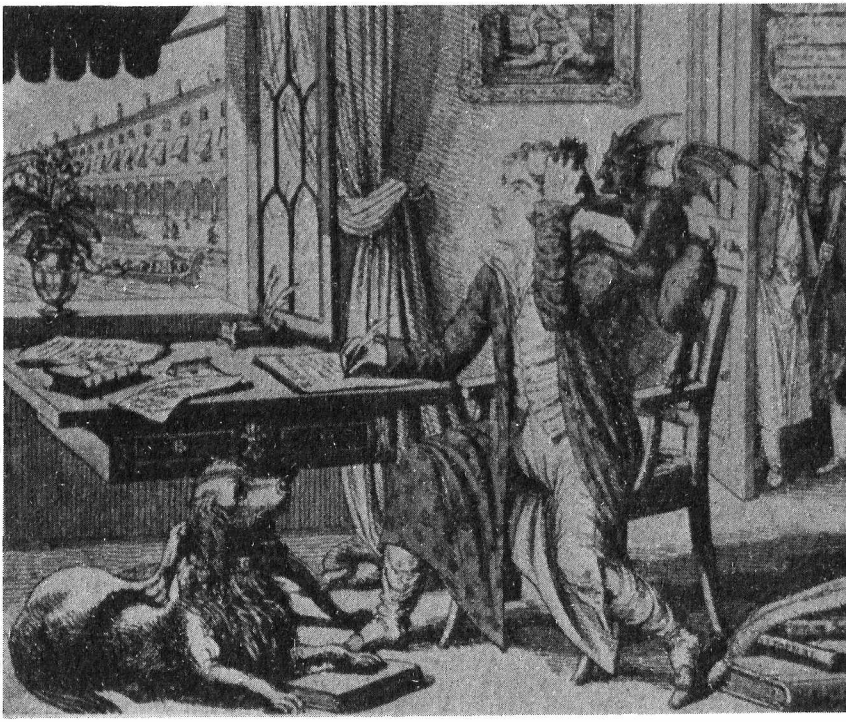
La vida de Byron en Venecia durante los meses de verano era, tanto física como mentalmente, de una actividad que rayaba en el frenesí.

Inició la escritura de su obra maestra, el *Don Juan,* con el retrato burlesco de lady Byron (Doña Inés); y al mismo tiempo mon-

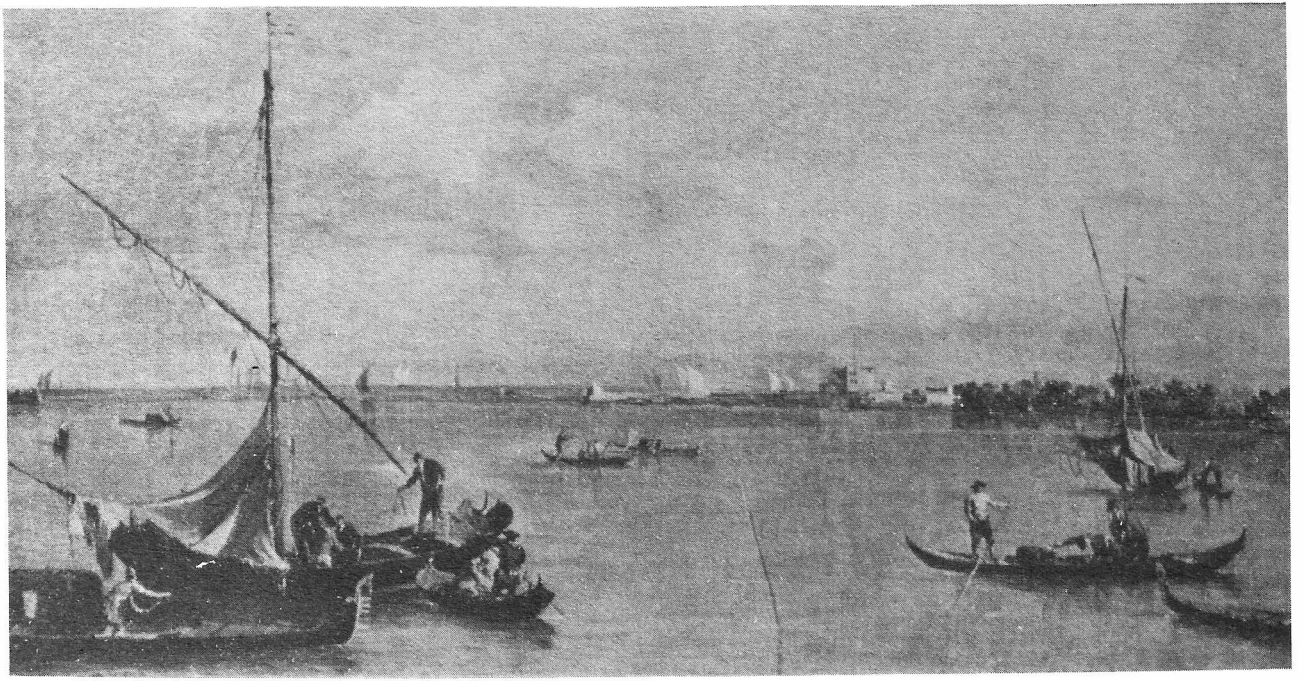
taba a caballo, flirteaba, nadaba... Nadar seguía siendo su diversión favorita. Era incapaz de rechazar cualquier desafío; en el mes de junio hizo una competición con un antiguo soldado de Napoleón, el caballero Angelo Mengaldo, que consistía en nadar desde El Lido hasta la entrada del Gran Canal. Byron venció a su oponente por una ventaja de quinientas yardas, después de pasar más de cuatro horas en el agua.

A Inglaterra llegaron rumores sobre su estilo de vida; algunos eran ciertos. Su palacio estaba atendido por catorce sirvientes mandados por Fletcher, que siempre estaba refunfuñando contra Italia, los italianos, la comida y el clima. En el palacio también había dos monos, un zorro y dos mastines; el mismo Byron cultivaba la excentricidad. Cierta vez, al salir de una fiesta, se lanzó al canal completamente vestido y se marchó a su palacio nadando sólo con un brazo; con el otro sostenía una linterna, para advertir a los gondoleros de su presencia.

Los ingleses que iban a Venecia contaban a su regreso lastimosos relatos de su condición, diciendo que era un hombre «de

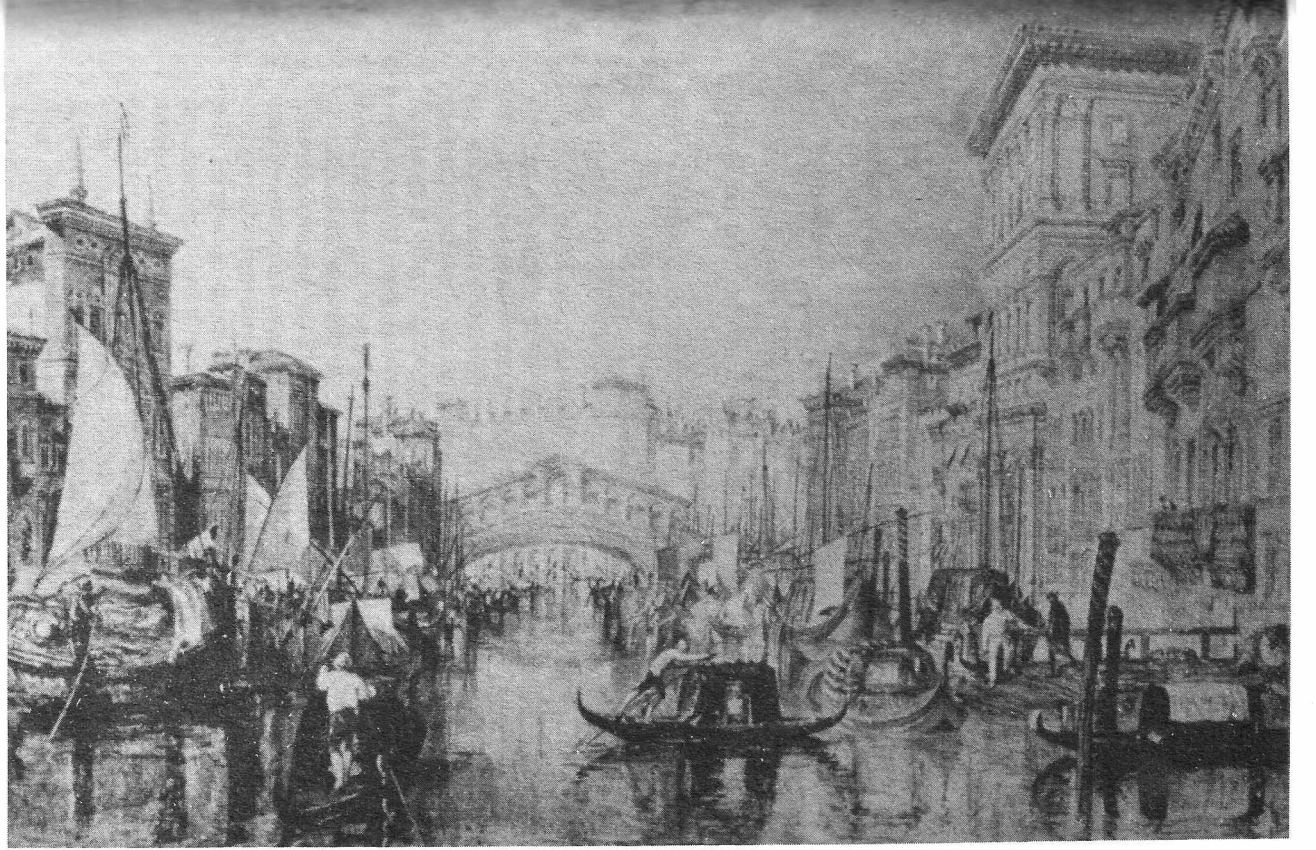


British Museum, Londres



La laguna veneciana, por Guardi. Fitzwilliam Museum, Cambridge.

▼ *El puente Rialto, de Venecia, por J. M. W. Turner. Colección particular.*



cabeza ancha, gordo, de mediana edad, desaseado en extremo, despeinado, con largos mechones sueltos que caían sobre sus hombros y andrajosamente vestido...»

Algunos de estos rumores atrajeron a los Shelley y a Claire a Venecia, en el mes de agosto de 1818. Claire estaba lógicamente preocupada por su hija Allegra: Byron no se enteró de que estaba en la ciudad. Aun así, Shelley no pudo influir en la conducta de su amigo; sin embargo, los dos poetas volvieron a descubrir el placer de su mutua compañía, que ya habían gustado en Suiza, y disfrutaron de sus paseos a caballo y sus conversaciones. Shelley recordó uno de estos paseos en su obra *Julian and Maddalo*:

Así, cabalgando, hablábamos; y el pensamiento rápido,
aleteando entre risas, no se detenía,
sino que volaba de cerebro a cerebro: tal era nuestro
gozo...

Pero a Shelley no se le ocultaban los defectos de Byron:

El sentimiento de que era superior a su especie
había cegado, creo yo, su espíritu de águila
a fuerza de mirar su propio exceso de luz.

En noviembre Hanson llegó a Venecia para pasar sus vacaciones. Su hijo se quedó asombrado al ver que el poeta parecía más un cuarentón que un hombre de treinta años, y escribió en su diario: «Su rostro había palidecido y su cara estaba abotargada y amarillenta. Había engordado mucho, sus hombros eran anchos y redondos y sus nudillos estaban ocultos bajo la grasa de sus manos.» Es un retrato poco favorecedor, pero no hay razones para dudar de la palabra de Newton Hanson: ese año fue el más disipado de la vida de Byron y se debilitó fatalmente.

Su trabajo, sin embargo, no se estancaba; por el contrario, estaba escribiendo con más fluidez que nunca. Ya había enviado a Inglaterra el primer canto del *Don Juan*, que horrorizó a Hobhouse por sus inconveniencias. Este escribió en su diario: «Las blasfemias, las burlas y los acontecimientos domésticos sofocan incluso el gran genio desplegado en la obra.» Hobhouse le dijo a Byron que jamás se publicaría; y Byron al principio pareció acceder, aunque insistió en que se imprimieran en privado unas cuantas copias para su uso personal. Pero paulatinamente fue arraigando en él la convicción de que debía editar su obra, y, lo

Byron en Venecia, 1818. Grabado de E. Scriven, según G. H. Harlow. Colecciones de la Abadía de Newstead.

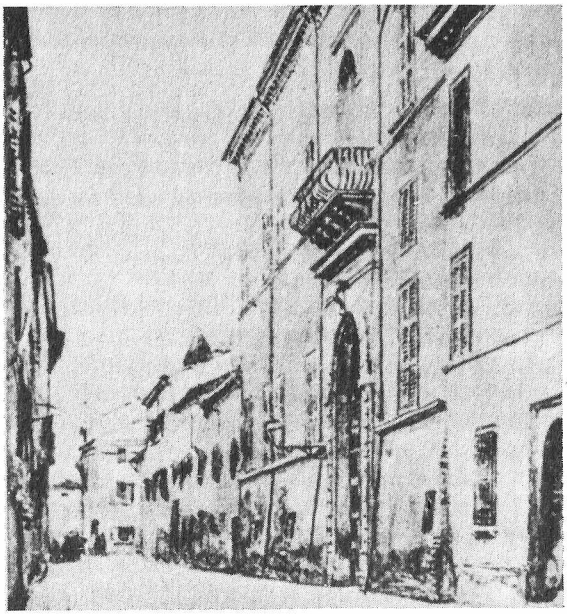
que es más importante, sin las mutilaciones que le habían aconsejado Hobhouse y sus amigos.

La vida que llevaba hacía sus estragos. Byron empezó a sentirse, si no viejo, sí al menos como un hombre de edad madura:

Pero ahora, a los treinta años, mi cabello es gris
(me pregunto cómo será a los cuarenta:
el otro día pensé en un peluquín).
Mi corazón no es mucho más tierno; en suma,
he despilfarrado mi verano entero mientras era mayo...

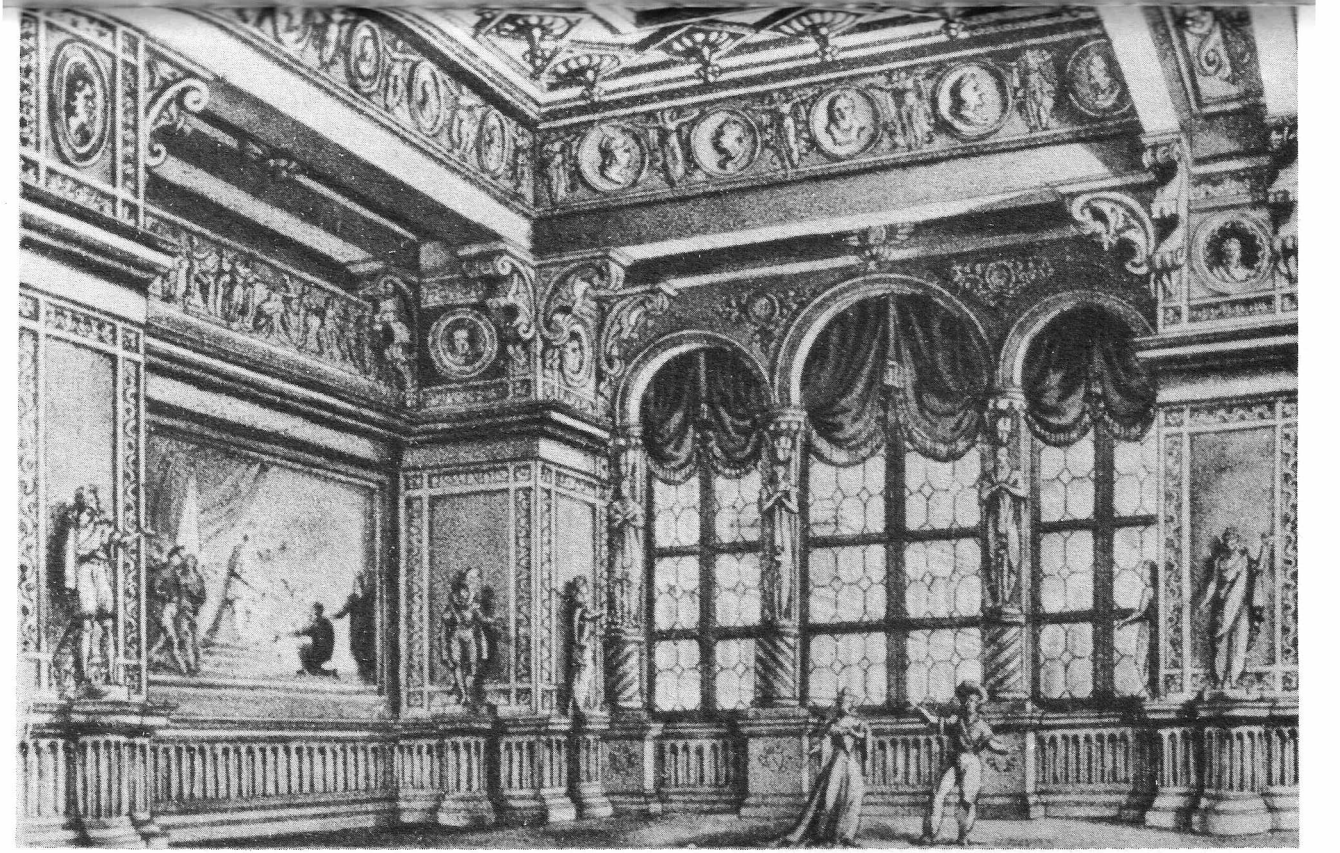
En abril conoció a la mujer que iba a proporcionarle la mayor felicidad personal de su vida; era una hermosa muchacha de diecinueve años, casada con el dos veces viudo conde Alessandro Guiccioli, de cincuenta y ocho años de edad. Teresa y Byron fueron presentados en una fiesta; hablaron de Dante, de Petrarca y de la ciudad de Teresa, Rávena. Byron estaba encantado y Teresa también. Pronto la pareja comenzó a verse en se-

En una carta a su hermanastra Augusta, Byron describe a Teresa Guiccioli: «Es bonita, una gran coqueta, extremadamente vanidosa, excesivamente amanerada, bastante lista, sin el menor principio, con una buena dosis de imaginación y algo apasionada.» Retrato de Teresa Guiccioli a los dieciocho años, según un grabado de E. C. Wood para The Byron Gallerie, *1833.*



El Palazzo Guiccioli de Rávena, por A. Alessandri.

Escenario de la ópera Otello, *de Rossini, diseñado por Alessandro Sanguirico para la Scala de Milán. Sanguirico también diseñaba para el teatro La Fenice, de Venecia, donde Byron contempló la ópera de Rossini. Museo Teatrale alla Scala, Milán.* ▶



Vista de Bolonia, por Richard Bonington, 1826. Colección de Mr. y Mrs. Paul Mellon.

creto, pero no tan secretamente como para que los venecianos no se enterasen. Las habladurías empezaron a correr.

Una tarde, mientras George Gordon escuchaba en su palco el *Otello* de Rossini, Teresa, desafiando todas las conveniencias, fue junto a él para decirle que su marido había decidido regresar a Rávena a la mañana siguiente. Tan pronto como se fue, Byron se dio cuenta que se había enamorado realmente de Teresa. Le escribió largas cartas en un italiano romántico y estudiado:

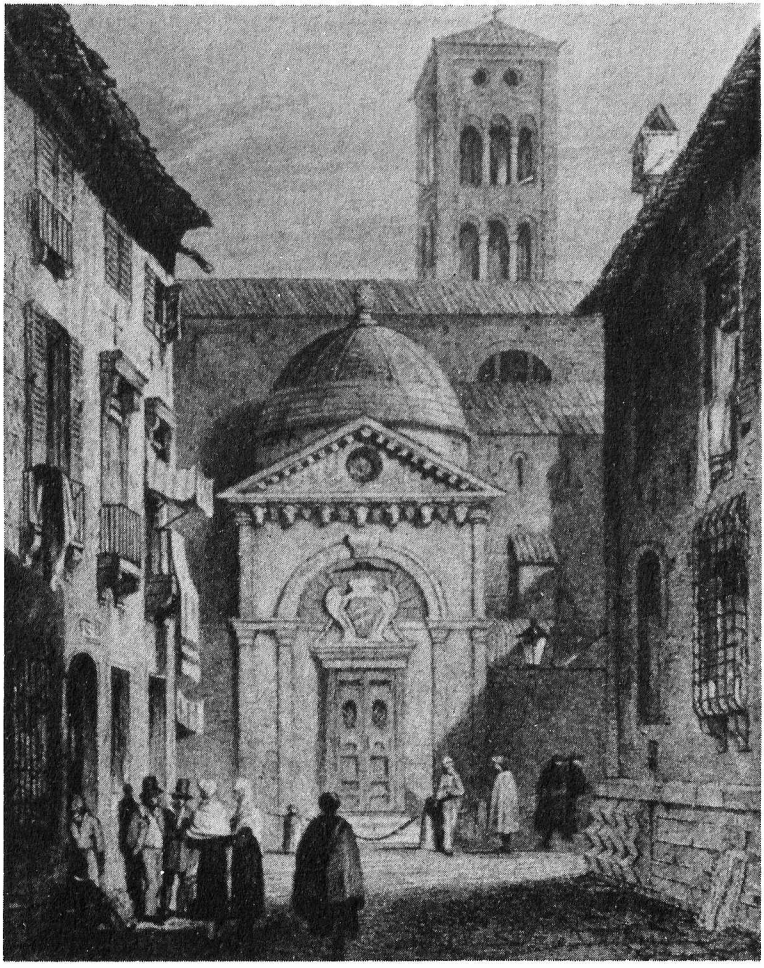
«Tú serás mi última pasión. Ahora, que todo para mí es indiferente, sé que no volveré a enamorarme otra vez. Antes de conocerte me sentía atraído por todas las mujeres, pero jamás por una sola. Ahora te amo a ti, para mí no existen más mujeres en el mundo.»

En el mes de junio decidió reunirse con ella; el conde Guiccioli, sin sospechar nada aparentemente, invitó a Byron a su casa, tras su llegada a Rávena. El poeta aceptó la invitación, y muy pronto iba a verse envuelto en las angustias de una complicada aventura, que él creía la última de su vida. Le escribió a Wedderburn Webster:

«Mi cabello ha encanecido y las arrugas han sido pródigas en su avance indeleble. Aunque no se me ha caído el pelo, parece que va a caérseme; y mis dientes siguen conmigo sólo por cortesía. Pero supongo que pronto seguirán al pelo, pues ya se han portado demasiado bien aguantando tanto tiempo.»

A pesar de todo, George Gordon se dispuso a vivir un romance tranquilo, que el conde interrumpió en el mes de julio. Es probable que Guiccioli supiera por entonces que era un cornudo y que se sintiera incapaz de ignorar las claras insinuaciones de una sátira en verso que le enviaron anónimamente. El 9 de agosto fue a visitar una de sus propiedades de Bolonia y se llevó a Teresa. Byron los siguió; y el conde, tal vez porque deseaba usar de su influencia para ser nombrado cónsul o vicecónsul de Rávena, continuó mostrándose amigable con el poeta e incluso le alentó a continuar su amistad con Teresa. Byron la adoraba de verdad. En una ocasión en que Teresa estaba ausente con su marido, George Gordon cogió uno de sus libros, el *Corinne* de Mme. de Staël y, consciente de que Teresa no sabía leer inglés, escribió en su lengua natal:

«Reconocerás la caligrafía del que te ha amado apasionadamente y adivinarás que, ante un libro que te pertenece, él solo pudo pensar en el amor. En esta palabra hermosa en todos los idiomas, pero mucho más en el tuyo —amor mío—, está com-



Finden's Illustrations

La tumba de Dante en Rávena, por S. Prout.

prendida toda mi existencia presente y futura... Mi destino te pertenece y tú eres una mujer que ha pasado diecisiete años en un convento y dos fuera de él. Desearía de todo corazón que te hubieras quedado allí, para no haberte conocido nunca casada.

»Pero ya es demasiado tarde. Yo te amo y tú me amas; al menos eso dices y *así* te comportas, y esto último es un gran consuelo en cualquier caso. Pero lo que siento por ti es más grande que el amor y no puedo dejar de amarte.»

6. Tiempos de revolución

Parece cosa increíble, pero en el mes de agosto el conde ofreció a Byron la planta baja de su palacio, que estaba desocupada. El poeta se mudó e hizo traer a su hija Allegra de Venecia. Los motivos del conde son un misterio; más tarde Teresa diría que, en su opinión, a su marido le agradaba la compañía de un personaje tan distinguido, y que de todas formas «el conde era un hombre distinto de los demás, un excéntrico que veía las cosas desde un punto de vista muy peculiar, y que a menudo era indulgente y hasta generoso».

Otro de sus motivos queda desvelado quizá por el préstamo de una gran suma de dinero que solicitó a Byron casi de inmediato. Byron se negó, y el conde estalló en cólera y le echó la culpa a Teresa, que cayó enferma e insistió en regresar a Venecia. George Gordon la acompañó; primero fueron al Palazzo del poeta y después a La Mira. Allí trabajó en el *Don Juan* y en sus memorias, que entregó a Tomás Moore, cuando le visitó, en una bolsa de cuero. «Contiene —le dijo Byron— un relato detallado de mi matrimonio y sus consecuencias.» Moore sintió como si llevara un saco de pólvora.

Poco después envió una carta a lady Byron donde le decía que había escrito sus memorias y que si lo deseaba podía revisarlas. Además le prometió que suprimiría todo lo que ella considerara falso. «Quizá te preguntes por qué he escrito mi vida —le decía—. Ay, yo también me lo pregunto; pero aquellos que la han calumniado, difamado y estigmatizado deberían saber que son ellos y no yo la causa. No es muy agradable haber vivido y mucho menos volver a vivir los detalles de la existencia; pero a veces se convierte en una necesidad e incluso en un deber.»

El conde Guiccioli llegó a Venecia en octubre; durante un mes no hizo nada, pero finalmente el padre de Teresa le convenció de que se debía evitar el escándalo. Mientras Byron guardaba cama aquejado de fiebres, el conde y su esposa discutían violentamente en el piso bajo. Acabó persuadiéndola de que regresase con él a Rávena.

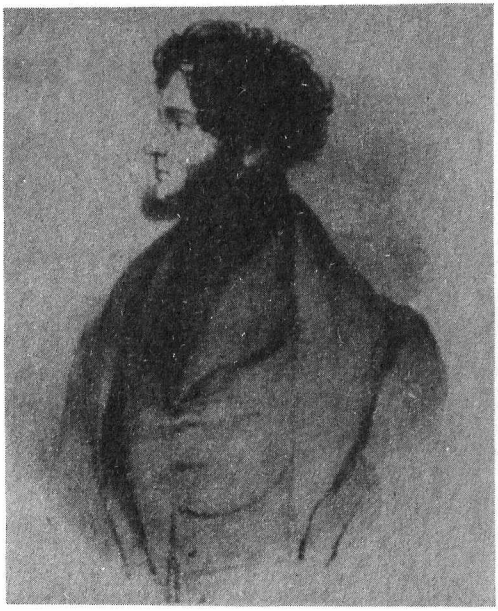
Byron prometió al conde no volver a Rávena y pensó seriamente en regresar a Inglaterra. Pero entre una cosa y otra, el viaje truncado del duro invierno de 1819-20 y la enfermedad de Allegra fueron posponiendo sus proyectos, y siguió trabajando en el canto segundo del *Don Juan*. Tal vez la separación de Teresa haya contribuido a las estancias de amor que narran la idílica aventura de Don Juan y la bella Haidée:

Ellos estaban solos, pero no como aquellos
que, encerrados en habitaciones, piensan que eso es la soledad.
El silencioso océano y la bahía estrellada,
la luz del atardecer, que momentáneamente iba extinguiéndose,
las arenas mudas y las húmedas cavernas, que se abren
a su alrededor, les hacen apretarse uno contra otro,
como si no hubiera vida bajo el cielo
salvo las suyas, y como si sus vidas no pudieran morir.
No temían ojos ni oídos en aquella playa solitaria,
no sentían terrores de la noche; eran
en todo el uno para el otro; aunque hablaban
palabras entrecortadas, a ellos les parecía un idioma.
A todas las lenguas ardientes las pasiones enseñan
a encontrar en un suspiro el mejor intérprete
del oráculo de la naturaleza —primer amor—, que es todo
lo que Eva ha dejado a sus hijas desde su caída.

Y existe la creencia de que el último amor de Byron fue también el primero en intensidad. En Navidad no aguantó más la separación de Teresa y, a pesar de su promesa, se presentó en Rávena la víspera; todo el mundo se quedó encantado de verle.

Por entonces ya se había publicado en Inglaterra el primer canto del *Don Juan*. Annabella, con un sentido del humor inesperado, apreció mucho la obra. La víspera de Año Nuevo, George Gordon le dirigió una carta melancólica, pidiéndole que le contara cosas acerca de su hija: «Hace cinco años, en esta misma época, me encaminaba hacia el funeral de nuestro matrimonio. Que pienso en ti es demasiado evidente.»

El conde Guiccioli, que había tenido algunas disputas con Byron, repentinamente volvió a ofrecerle una parte de su palacio. «Ciertamente, la oferta podía parecer extraña —escribió Teresa en sus memorias—, pero la gente estaba acostumbrada a considerar al conde como un *excéntrico*, y a los pocos días ya



El conde Pietro Gamba, hermano de Teresa Guiccioli, en un retrato realizado por el conde d'Orsay. Colección Cini Gamba. En una carta a Teresa, Byron dice de él: «Demuestra carácter y talento. Sin embargo, pienso que las revoluciones le tienen un poco sorbido el seso; no debería ser tan temerario.»

nadie hablaba del asunto.» Byron se mudó esta vez a un piso superior. Llegó el frío, su humor mejoró y daba la sensación de que había abandonado la idea de regresar a Inglaterra, país en el que el *Don Juan* obtuvo un tibio recibimiento. A pesar de ello, ¡lady Caroline Lamb apareció en una fiesta de disfraces vestida de Don Juan!

A pesar de su vida tranquila, o quizá a causa de ella, Byron empezó a sentirse inquieto; y puede que hasta se alegrase cuando el conde le anunció de improviso que no podía tolerar por más tiempo sus atenciones para con Teresa. Ella quiso dejar a su marido inmediatamente, pero Byron le recomendó cautela. Al conde Gamba siempre le había gustado Byron, y pidió al papa la separación de su hija, ¡la cual llegó a quejarse de la dureza del conde Guiccioli! Mayo y junio, entre la monotonía provinciana y sus múltiples conflictos personales, no debieron de ser meses gratos para Byron.

Ahora estaba escribiendo *Marino Faliero*, una tragedia histórica comenzada meses atrás. Cada vez más interesado por los problemas políticos de Italia, fue aceptado en algunas sociedades secretas, de las que el conde Gamba y su hijo Pietro eran miembros activos. Estas sociedades planeaban una insurrección en

apoyo de la revolución que pretendía derrocar a los borbones de Nápoles e instaurar la república.

El 6 de julio de 1820 el papa concedió la separación a Teresa. Abandonó a su marido y volvió con la familia de su padre a la Villa Gamba, una agradable y refrescante mansión cerca del río Montone. Byron residía aún en el Palazzo Guiccioli, pero iba con frecuencia a la Villa Gamba (perseguido a veces por los espías del conde Guiccioli, con quien al menos en una ocasión llegó a las manos). Los Gamba se interesaban por la astronomía tanto como por la política; George Gordon solía sentarse tranquilamente con ellos al crepúsculo, para ver cómo salían las estrellas en el claro cielo de Italia.

Los carbonarios

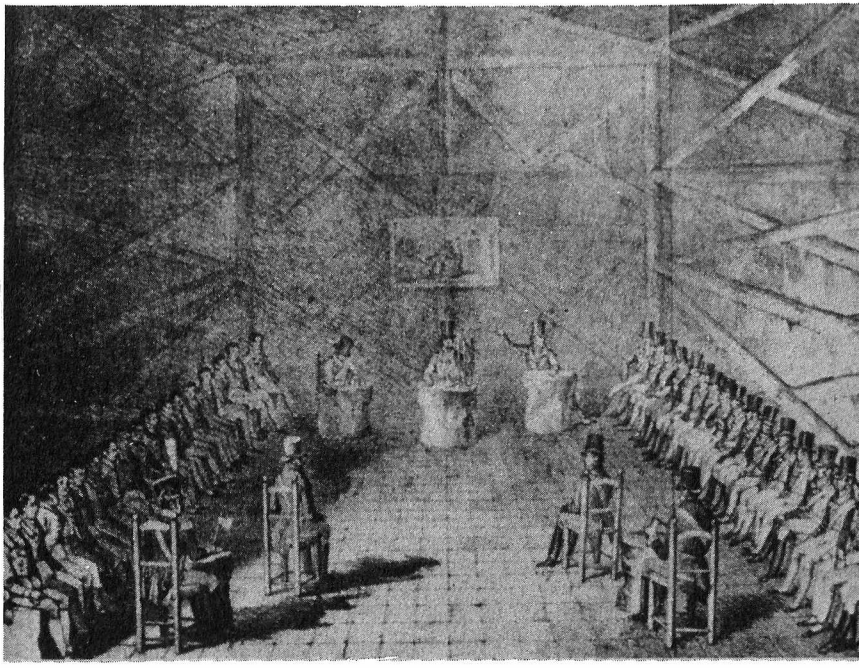
En agosto de 1820, los carbonarios (la sociedad secreta más famosa de Italia, surgida en el reino de Nápoles durante la ocupación francesa, con el propósito de instaurar la república) pla-

nearon afanosamente una insurrección en Rávena, que debía producirse a principios de septiembre. Pero todas las sociedades secretas fueron desenmascaradas por el espionaje y el contraespionaje, y los arrestos inmediatos no se hicieron esperar. Se sospechaba de los Gamba y también de Byron, pero no se les molestó. La policía local recibió la orden de desarmar a los criados de Byron, pero fue demasiado tímida para ejecutarla.

Se condensaba la atmósfera de un melodrama, para disfrute de Byron. En diciembre el comandante de las tropas locales fue muerto por un disparo en el umbral de su casa, sin que el poeta tuviese nada que ver. En enero de 1812 escribió a los rebeldes napolitanos, ofreciéndoles mil luises y sus propios servicios como voluntario. El correo que llevaba su carta fue arrestado de improviso y, para evitar que cayese en manos de la policía, se comió la misiva.

◀ *La Villa Gamba, Filetto. Cortesía de la marquesa de Origo.*

Una reunión de los carbonarios. El día 18 de febrero de 1821, Byron anota en su diario: «Mis habitaciones inferiores están llenas de bayonetas, fusiles y qué sé yo..., de los carbonarios. Supongo que me consideran una especie de almacén...»



B. Bertoldi's, *Memoirs of the Secret Societies*, 1821

Nápoles, 1820: las tropas constitucionales entran en la ciudad. Cuadro de M. Riscendes. Museo de San Martino, Nápoles.

▼ La muerte de Sardanápalo, *por E. Delacroix. Museo del Louvre, París.*

Byron seguía escribiendo. En diciembre concluyó el canto quinto del *Don Juan*. Ahora preparaba otro trabajo, *Sardanápalo*, la tragedia de un monarca lujurioso. Una vez más, como en toda su escritura, esta obra contenía elementos autobiográficos:

Debe ser despertado. En su corazón afeminado
hay un atolondrado valor que la corrupción
no ha apagado del todo, y energías latentes
reprimidas por las circunstancias, pero no destruidas;
empapadas, pero no ahogadas, en la voluptuosidad.

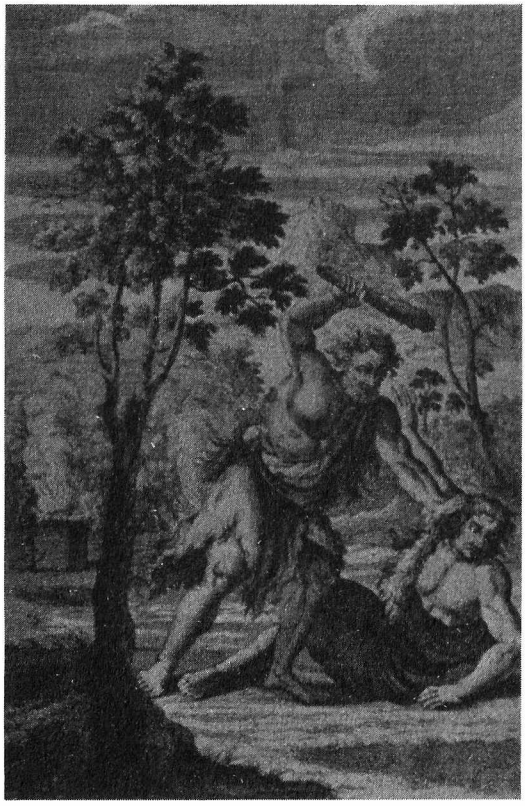
Pero aunque trabajase en *Sardanápalo*, tenía grandes planes para *Don Juan*. Dijo a Murray que quería situar los nuevos episodios en Italia, Inglaterra y Alemania. «Pero aún no he decidido si deseo que acabe en el infierno o en un matrimonio infeliz; e ignoro cuál de los dos finales será peor.»

Byron estaba inquieto por el cuidado de su hija Allegra, que ahora tenía cuatro años. Temiendo que la niña pudiera sufrir la violencia de una probable revolución, la envió al convento de Bagnacavallo. Claire Clairmont se opuso violentamente (lo que en sí mismo bastaba para que Byron lo hiciese); también se opusieron el cónsul británico en Venecia, Richard Hopner, y su esposa, que habían cuidado a la niña desde pequeña. Pero la familia de Teresa estaba de acuerdo, y Byron dijo a Hopner: «Vos sabéis que permitir que la niña vaya con su madre sería una completa locura, si no algo peor, puesto que no cuidará como debe de su salud y mucho menos de su educación. Además deseo que mi hija sea católica romana, ya que estoy convencido de que es la mejor religión y sin lugar a dudas la más antigua de toda la Cristiandad.»

En mayo llegó a Rávena la noticia de que había estallado la guerra por la independencia de Grecia, pero Byron, demasiado preocupado por los fallidos intentos de rebelión en Italia, no prestó demasiada atención a la noticia. Además, había empezado a escribir una nueva tragedia, *Los dos Foscari*, basada en el relato histórico de un *duche* de Venecia y su hijo rebelde, que murieron por amor a la ciudad. En julio, recién terminada su obra, le informaron que el padre de Teresa y su hermano Pietro habían sido arrestados y exiliados del estado de Romaña por sus actividades políticas.

Caín

Quizá las autoridades pensaran que ésta era una forma efectiva de librarse de Byron, el indeseable extranjero que con su

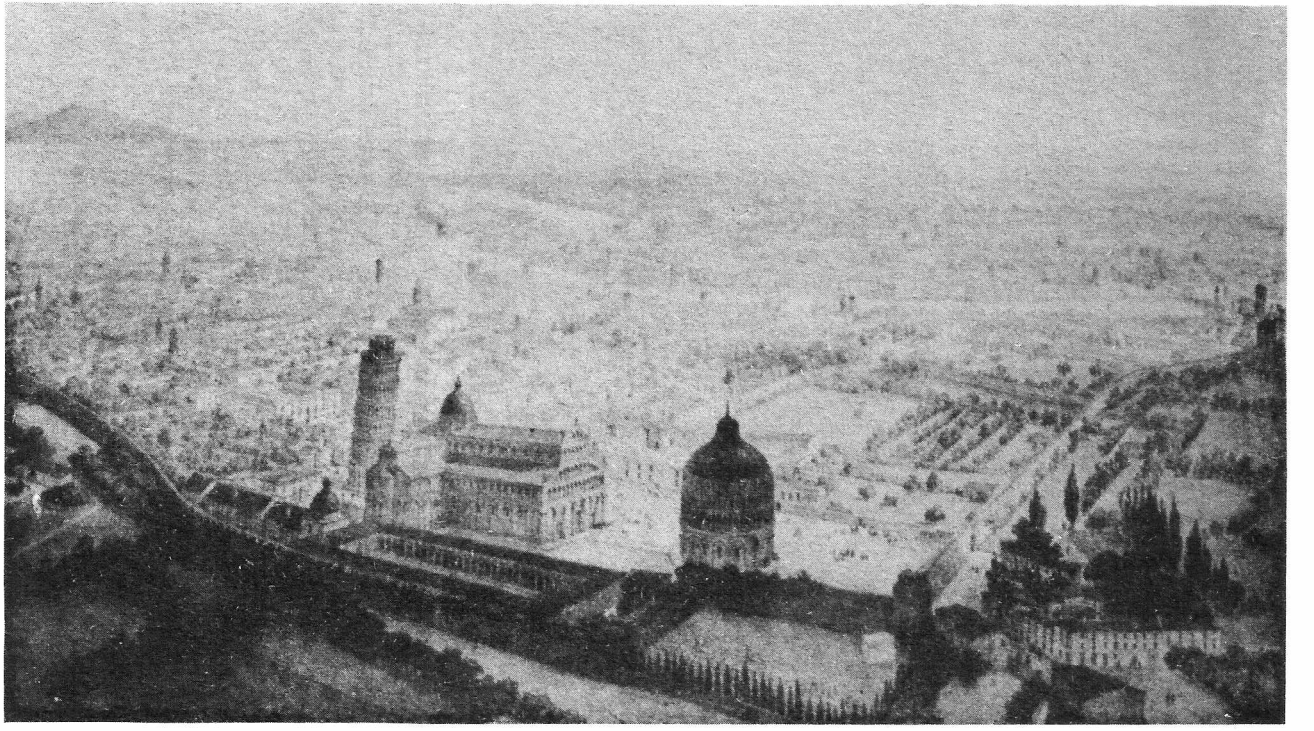


Caín y Abel. *Grabado de J. Smith para* A family Bible, *1735. La fascinación que desde pequeño había sentido Byron por la historia bíblica del hermano asesino quedó plasmada en su tragedia* Caín, *una obra que levantaría las más airadas protestas.*

nombre daba peso a los ideales revolucionarios. Los Gamba se refugiaron en Florencia; a pesar de que a Teresa se le partió el corazón al separarse de George Gordon, el poeta permaneció en Rávena y comenzó a escribir otra tragedia, *Caín*, en la que analizaba la historia bíblica que le había fascinado desde su infancia.

Una vez publicada, esta obra levantaría las protestas más furiosas que suscitaron sus escritos, aunque sir Walter Scott, aceptando la dedicatoria, declaró que en ella «Byron se había equiparado a Milton en su propio terreno». Goethe declaró que la belleza de *Caín* era «de las que no volveríamos a ver dos veces en este mundo», y Shelley la calificó de «apocalíptica; una revelación que jamás antes se había manifestado al hombre».

Caín no podía ser recomendable para el lector medio de una



Una vista de Pisa desde el campo santo, por J. Arnout. Victoria and Albert Museum, Londres.

época dominada, a pesar de sus excesos, por la revolución evangelizadora de la religión. Los seguidores de Whitefield y de Wesley no podían aprobar las explosiones de *Caín* contra la fatalidad del sino humano en la tierra:

¿Por qué he de ser gentil? ¿Por una guerra
con todos los elementos que ella sojuzgará?
¿Por el pan que comemos? ¿Por qué debo estar agradecido?
¿Por ser polvo y arrastrarme en el polvo
hasta que vuelva al polvo? Si yo no soy nada,
¿por nada debo ser un hipócrita
y aparentar complacencia con el dolor?

O sus admirativas referencias a:

Las almas que se atreven a mirar al Olímpico tirano en
su rostro eterno, y a decirle que
su mal no es bueno.

En el *Examiner* se publicó que el propio Jorge IV «expresaba su condena por las blasfemias y el libertinaje de los escritos de lord Byron», aunque éste replicó que no estaba dispuesto a prestar oídos a palabras nacidas de una piedad desaforada. «A mí —escribió— no va a disuadirme ningún alboroto; su público de ahora me detesta, pero no conseguirá detener la marcha de mi mente, ni me impedirá decir a aquellos que intentan pisotear todo pensamiento, que hasta sus tronos se estremecerán desde sus cimientos.»

En agosto Shelley fue a visitarle, y Byron, que había pasado meses enteros sin poder hablar con un compatriota inteligente, se quedó charlando con él hasta las cinco de la madrugada. Leyó a Shelley los últimos cantos del *Don Juan*, y su amigo escribía posteriormente al novelista Thomas Love Peacock (quien en *Nightmare Abbey* satirizaría los aspectos más sombríos de la filosofía de Byron) lo siguiente: «Creo que cada palabra está impregnada de inmortalidad.» En la misma carta Shelley hace un divertido apunte de la vida casera de Byron:

«La casa de lord B. tiene, además de los sirvientes, diez caballos, ocho enormes perros, tres monos, cinco gatos, un águila, un cuervo y un halcón; y todos, excepto los caballos, pasean por la casa, que de vez en cuando retumba con sus peleas, como si los animales fuesen sus mismísimos amos.» Y volvió a abrir la carta para añadir: «Descubro que mi relación de los animales de este

palacio circense era incompleta en un punto esencial; acabo de encontrarme sobre la gran escalera a cinco pavos reales, dos gallinas de Guinea y una grulla de Egipto.»

Byron se avino a trasladarse de Rávena a Pisa para poder estar cerca de los Shelley y de Teresa. Shelley se las ingenió para encontrarle un gran palacio del siglo XVI sobre el Lungarno; era apacible y tenía un pequeño jardín. Los Gamba se mudaron también a Pisa, a fin de prepararse ante la llegada de Byron; y Shelley escribió a Inglaterra a su amigo Leigh Hunt para que se uniese a él y a Byron en la fundación de una nueva revista literaria.

Leigh Hunt había sido editor del *Examiner* y del *Reflector* y en 1813 había estado en la cárcel por difamar al príncipe regente en el *Examiner*. El poeta le visitó en la prisión y compartió en líneas generales las ideas políticas radicales del preso; en 1818 hubo conversaciones sobre la venida de Hunt a Italia. Shelley volvió a escribirle: «Byron propone que vengáis y que compartáis con él y conmigo los beneficios del trabajo de la revista, en la que las partes contractuales deberán publicar todos sus trabajos originales y compartir sus beneficios.»

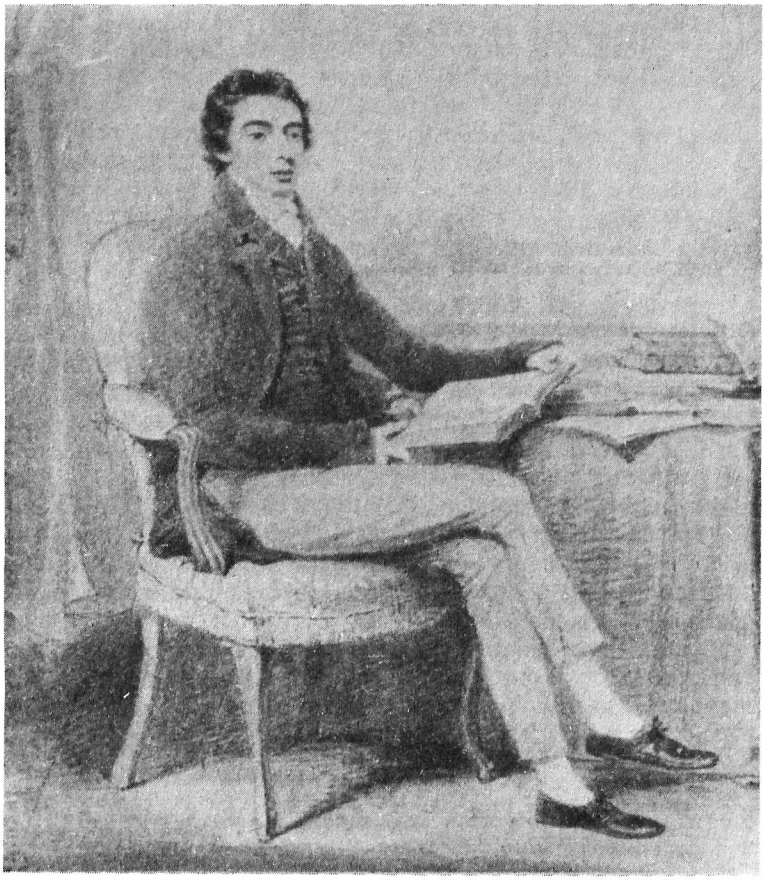
7. Bajo el signo de la muerte

Es difícil calibrar el entusiasmo de Byron por este proyecto, pero lo cierto es que permitió a Shelley retrasarlo, mientras él se enfrascaba en la tediosa tarea de embalar sus cosas para mudarse a Pisa; y mientras se preparaba, escribió en pocos días un nuevo poema largo, *La visión del Juicio*. Byron había leído un poema del mismo título escrito por Robert Southey, el «Poeta Laureado». Era un trabajo excesivamente adulador en el que el poeta en trance ve a Jorge III levantándose de su tumba y pidiendo que se le admita en el paraíso, ayudado por el testimonio de Wellington. En el prefacio Southey atacaba a Byron, como el autor de «monstruosas combinaciones de horrores y de escarnios, de lujuria y de impiedad».

Byron le replicó en ciento seis estancias. Es un poema muy entretenido, en el que Jorge III sale mal parado y el Poeta Laureado peor aún. El poema contiene algunas estrofas encomiables, como la que describe el encuentro de Satanás y el arcángel San Miguel:

El y el sombrío y silencioso espíritu se encontraron.
Se conocían el uno al otro tanto para bien como para mal;
tal era su poder, que ninguno podía olvidar
a su anterior amigo y futuro enemigo; pero todavía
había un alto e inmortal lamento orgulloso
en los ojos de ambos, como si no desearan
que el destino hiciera de los años eternos
el tiempo de su lucha, y de las esferas su campo
de batalla.

La mañana del 29 de octubre de 1821 Byron partió de Rávena, encomendando a su banquero Pellegrino Ghigi el cuidado de «una cabra con una pata rota, un feo perro labriego, un pájaro parecido a una garza que sólo comía pescado, un tejón encadenado y dos monos feos y viejos». Y naturalmente el cuidado de Allegra, que aún permanecía en el convento de Bagnacavallo.



Retrato de Robert Southey, por H. Edridge. National Portrait Gallery, Londres.

«Vivo aquí en un antiguo y famoso palacio feudal, sobre el Arno... con mazmorras en los sótanos... y tan lleno de fantasmas que el erudito Fletcher me ha pedido permiso para cambiar de habitación.» La Villa Lafranchi, Pisa, por O. Ward. ▶

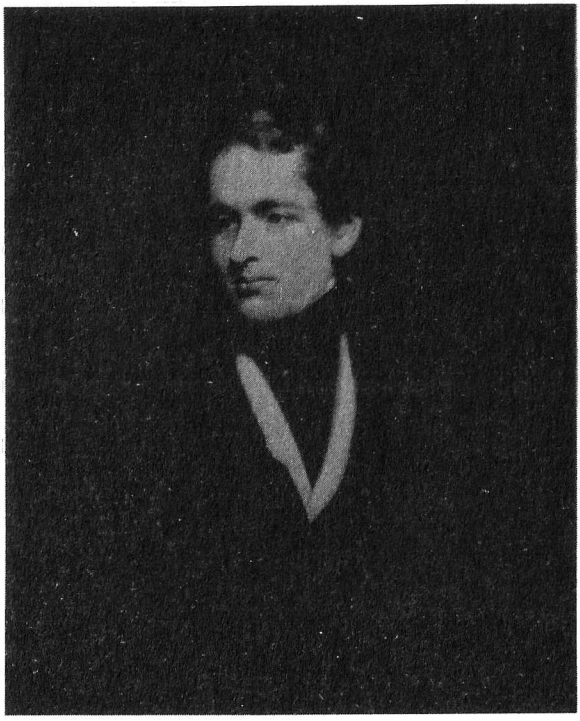
Cerca de Empoli, a treinta millas de Florencia, George Gordon garabateaba un poema lírico, cuando pasó el coche público de Pisa; en su interior, inadvertida, iba Claire Clairmont de regreso a Florencia.

El 2 de noviembre Byron llegó a Pisa. Se quedó admirado de la casa Lanfranchi, de su jardín y de la tibieza del clima. Empezó una nueva rutina, con visitas diarias a Teresa; pronto se convirtió en el centro de un pequeño grupo de admiradores, en-

Retrato de Jane Williams, por G. Clint. Biblioteca Bodleian.

tre los que se hallaban Shelley y Mary Shelley. Le presentaron a Edward y Jane Williams, un lugarteniente que vivía con la esposa de un compañero de armas con quien se había fugado. Williams estaba encantado con Byron: «Todo él es luz solar y buen humor; y esto, unido a la elegancia de su lenguaje y al brillo de su ingenio, no puede sino inspirar a los que están cerca suyo.» Thomas Medwin, otro amigo de los Shelley, también le fue presentado; era otro invitado de rigor en las cenas semanales que Byron empezó a ofrecer a sus amigos varones. Medwing anotó cuidadosamente algunas de las conversaciones que en estas fiestas sostuvo Byron y que en opinión de su amigo eran espléndidas:

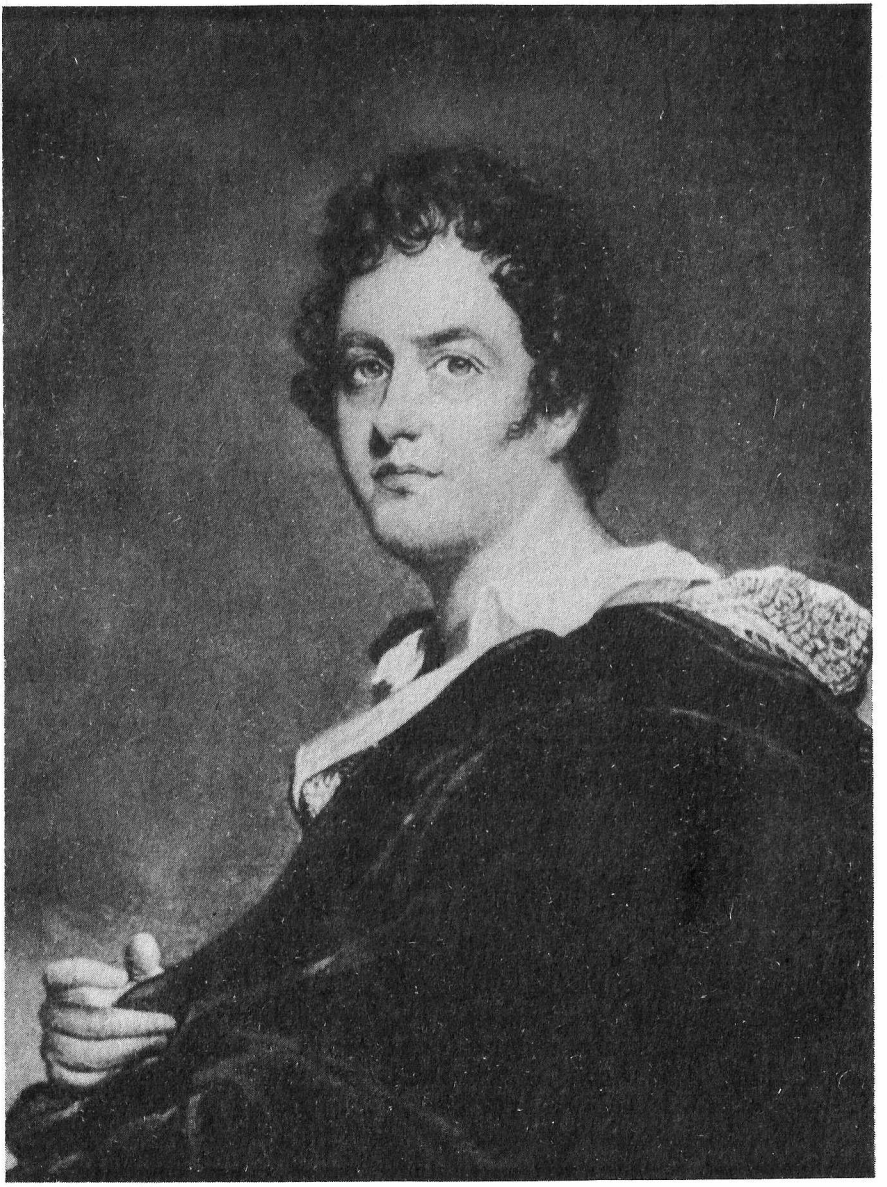
«Sus ideas fluyen sin esfuerzo, sin tener siquiera que pensar. En cuanto a sus cartas, ni sus expresiones ni sus palabras son agradables; él no se anda con disimulos. Odia las discusiones y jamás discute para llevarse la victoria. Da a todo el mundo oportunidad de participar en la conversación y tiene el arte de conducirla hacia los temas que mejor conoce su interlocutor.»



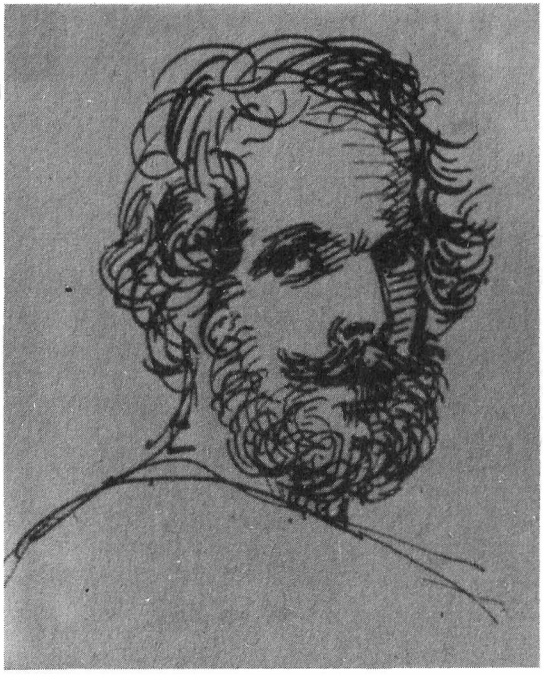
Edward Williams, por G. Clint. Biblioteca Bodleian. Williams, así como su compañera Jane, sentía una gran admiración por Byron, que le había sido presentado por Percy y Mary Shelley.

Los pensamientos del poeta se volvían constantemente a Annabella y su hija Ada, en Inglaterra. Lady Byron le envió un medallón con mechones del cabello de Ada. Cuando el poeta le escribió para agradecérselo, le dijo: «Yo te agradezco la inscripción de la fecha y el nombre; y te diré por qué. Creo que son las únicas dos o tres palabras escritas con tu letra que poseo, pues te devolví tus cartas. Y excepto dos palabras o, mejor dicho, una única palabra "casa", repetida dos veces en un libro de cuentas, no tengo ninguna otra.» Pero jamás envió la carta.

Al año siguiente, la compañía de amigos se vio aumentada con la figura de aquel extraordinario aventurero de Cornualles, Edward John Trelawny. Ya por entonces tenía en su haber una serie de extraordinarias aventuras de piratería, si bien no tan extraordinarias como parecían al oírselas contar, y dijo que había viajado a Italia exclusivamente para conocer a Shelley y a Byron. En su *Ultimos días de Shelley y Byron* nos da la descripción más vívida de sus vidas en Pisa. Aunque no hay que creerle al pie de



Byron por la época en que residía en Pisa. Grabado de C. Turner, según W. E. West. Colecciones de la Abadía de Newstead.

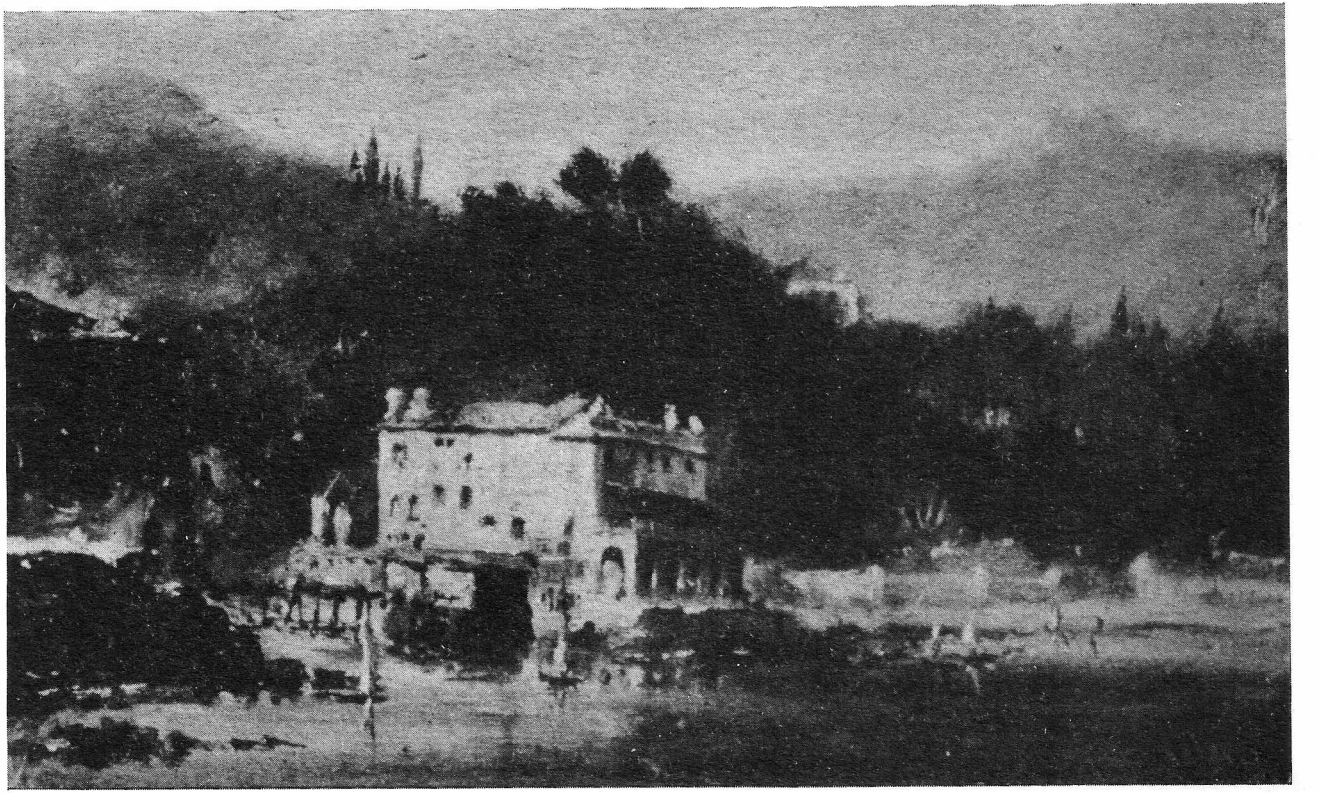


Edward John Trelawny, por Joseph Severn. National Portrait Gallery, Londres. Según cuenta R. Glynn Grylls, Byron dijo de Trelawny en una ocasión: «Si aprendiera a decir la verdad y se lavase las manos, aún podríamos hacer de él un caballero.»

la letra, su libro es expresivo y evocador. Byron le creyó la personificación de su propio corsario; y pronto se entusiasmó, junto con Shelley, con la idea de construir dos botes en los que todos ellos navegarían por la bahía de Spezia.

Byron podía ahora permitirse tales lujos gracias a una herencia de su suegra, lady Noel, fallecida en enero, que le había duplicado la renta. Una de las condiciones del testamento era que debía adoptar las armas del apellido Noel, de modo que el poeta empezó a firmarse Noel Byron. Además Murray le envió dos mil quinientas guineas por los tres nuevos cantos del *Don Juan* y las tres tragedias *Sardanápalo, Los dos Foscari* y *Caín*. Todas ellas se publicaron en el mes de diciembre de 1821, y ya por entonces un sacerdote de Pisa predicaba contra *Caín*.

La relación de Byron con Shelley se agrió un poco; Shelley sentía, y no sin razón, que George Gordon no estaba demostrando mucho entusiasmo para ayudar a Hunt, quien ni siquiera podía pagar su billete y los de su familia para ir a Italia. Más tarde Claire Clairmont empezó a sentirse preocupada por Allegra, pues sospechaba que en el convento no la cuidaban bien; pero



Byron se negó a escuchar lo que Shelley, como mediador, pretendía decirle. Estaba asimismo de mal humor merced a la dieta rigurosa de galletas y agua carbónica a que se sometió para rebajar peso, de la cual se salía de vez en cuando, según cuenta Trelawny, «para mitigar el hambre *eterna* que roía sus entrañas», y comía «un horrible comistrajo con patatas fritas, arroz, pescado o verduras aguadas en vinagre, que engullía como un perro hambriento».

En marzo se produjo un incidente bufo y al mismo tiempo serio en el exterior de las murallas de Pisa. Un día en que Byron montaba a caballo con sus amigos, el sargento mayor de la Caballería Ligera de la Real Toscana chocó con el grupo, y como protestaran golpeó a Shelley, que cayó sin sentido de su caballo. El cochero de Byron, en un exceso de celo, atacó al sargento mayor, hiriéndole gravemente. La protesta popular contra «los ingleses» fue notoria; el militar se recuperó y el asunto fue olvidado, pero las autoridades continuaron sospechando de Byron y de sus movimientos mientras estuvo en Italia.

Al mes siguiente sucedió algo más grave y personal; una carta de Ghigi, el banquero de Byron en Rávena, le hizo llegar la noticia de que Allegra tenía fiebres. El 20 de abril «se le presentó un convulsivo ataque catarral y poco después expiró».

Es difícil calibrar los sentimientos de Byron por la muerte de su hija. A pesar de que le escribió a Shelley «no creo que tenga algo que reprocharme de mi conducta y ciertamente nada de mis sentimientos e intenciones en relación con su muerte», es muy posible que se doliera en su conciencia, ya que proseguía: «pero hay momentos en que me pongo a pensar que si se hubiera hecho esto o aquello podría haberse evitado». La verdad parece ser que, mientras estuvo en el convento, George Gordon se sentía muy cariñoso con ella; pero en su propia casa la presencia de su hija le molestaba.

Hizo embalsamar el cuerpo y lo envió a Inglaterra, para que fuera enterrado en el cementerio de Harrow, dejando dicho que debería erigirse una lápida en su memoria, con la inscripción: «En memoria de Allegra, hija de G. G. lord Byron, que murió en Bagnacavallo, Italia, el 20 de abril de 1822, a la edad de cinco años y tres meses.» Pero su nombre en Inglaterra era tan infame que el rector se negó a colocar la lápida con la inscripción y los obreros rehusaron enterrar el pequeño cuerpo dentro de la iglesia.

◀ *Una vista de la casa Magni, residencia de Shelley, desde Lerici. Keats-Shelley Memorial House, Roma.*

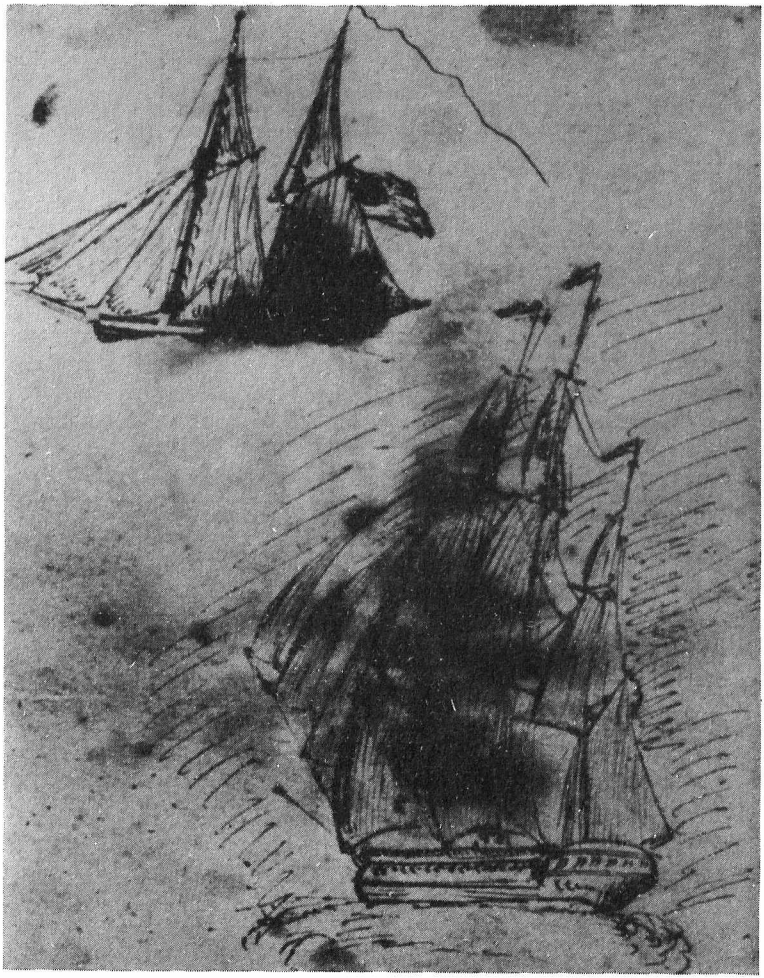
Se desconoce el sitio exacto de su tumba, aunque se cree que puede estar bajo las losas de la entrada sur. Aún no se ha levantado la lápida conmemorativa.

A fines de mayo Byron se estableció en la Villa Duphi, en Montenero, y allí esperó la llegada de su bote, que ya estaba terminado. Decidió llamarlo *Bolívar*, en honor del revolucionario sudamericano. El bote de Shelley llegó al mismo tiempo; George Gordon quiso que se llamara *Don Juan* e hizo pintar el nombre en la vela con grandes letras. Pero a Shelley, que quería llamar a su bote *Ariel*, esto le disgustó y ordenó inmediatamente borrar de su vela el nombre elegido por Byron. George Gordon se encolerizó; sin embargo, aquel bote siempre fue conocido como *Ariel* y los dos poetas hicieron las paces. En un arrebato de orgullo y pomposidad, Byron mandó fabricar dos cañones con su corona grabada y los colocó en el puente del *Bolívar*. Rápidamente las autoridades locales establecieron tantas normas para determinar cuándo y dónde podía navegar su barco, que Byron apenas puso el pie en él.

A principios de julio aumentó su irritación por la llegada de Leigh Hunt, quien junto con su esposa, una mujer quejumbrosa que odiaba Italia y a los italianos, y sus numerosos hijos, se estableció en la Villa Lanfranchi. Para Byron era doblemente ingrato tener a los Hunt en su villa, ya que el gobierno de la Toscana había exiliado a la familia Gamba y el poeta deseaba acompañarles en su exilio. ¿Pero cómo marcharse de Pisa si los Hunt y sus hijos «yahoo» le habían invadido la casa? La señora Hunt y Fletcher se pasaban el día despotricando de los sirvientes italianos, y los niños sacaban de quicio a Byron. De todas formas al poeta nunca le habían gustado los niños. En una ocasión le dijo a Augusta: «Los odio tanto que siempre he sentido el mayor respeto por Herodes.»

Los Gamba recibieron asilo temporal en Lucca, y Teresa pudo quedarse con Byron en Pisa. Durante un corto espacio de tiempo el escritor pudo disfrutar de una paz relativa. Hunt recuerda cómo pasaban los días:

«Nuestra forma de vida era ésta: lord Byron, que solía trasnochar escribiendo el *Don Juan* bajo el efecto de la ginebra mezclada con agua, se levantaba tarde por las mañanas. Desayunaba, leía, paseaba cantando una tonada, generalmente de Rossini, en tono jactancioso, con una voz que era al mismo tiempo escasa y velada, y después se bañaba y se vestía. Y cuando bajaba aún podía oírsele cantando por el parque, fuera del cual el jardín ascendía hasta la parte trasera de la casa. Entonces los sirvien-



El Ariel *—al que lord Byron quiso llamar* Don Juan*— y el* Bolívar, *los barcos de Shelley y George Gordon, respectivamente, según un boceto de E. E. Williams. British Museum, Londres.*

tes sacaban dos o tres sillas y nosotros nos sentábamos a charlar o paseábamos. Teresa Guiccioli, con sus bucles bien peinados, se unía al grupo después de acicalarse. Cuando declinaba el calor del día, paseábamos a caballo o en un birlocho, generalmente en dirección al bosque. George Gordon era un buen jinete y se mantenía firmemente erguido.»

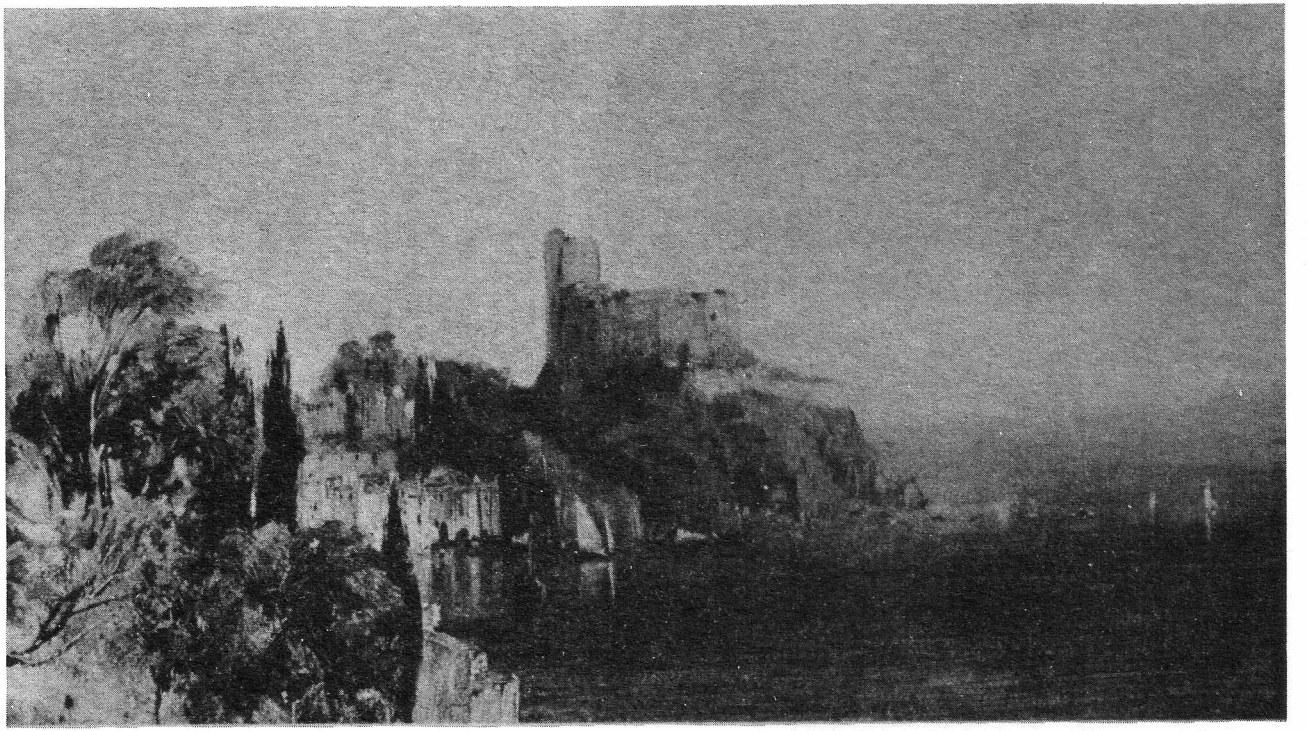
Muerte de Shelley

La paz temporal se rompió el 11 de julio, cuando Trelawny, muy trastornado, llegó para anunciar que Shelley y Williams, que se habían embarcado cuatro días antes para navegar de Leghorn a Lerici, se habían perdido. Los guardacostas habían visto cómo se desataba una tempestad imprevista que oscureció la atmósfera y ocultó el *Ariel* de su vista. Al amainar la tormenta no había señales del barco.

Mary Shelley y Jane Williams fueron a Pisa y después continuaron a Leghorn, donde Trelawny estaba haciendo averiguaciones sobre el caso. Pero gradualmente las evidencias se iban acumulando. Los restos de un buque llegaron a la costa. Después, el día 16, dos cuerpos llegaron a la playa, cerca de Viareggio. Dos días más tarde apareció un tercero. Trelawny identificó a este último; era Shelley. Tenía un ejemplar de los poemas de Keats abierto en el bolsillo. Quizá avergonzado de su frialdad de los últimos tiempos para con Shelley, quien aún era su mejor amigo literario, Byron escribió a John Murray: «Shelley era, sin excepción, el hombre mejor y menos egoísta que jamás he conocido. Nunca conocí a ningún otro que no pareciera una bestia al lado suyo».

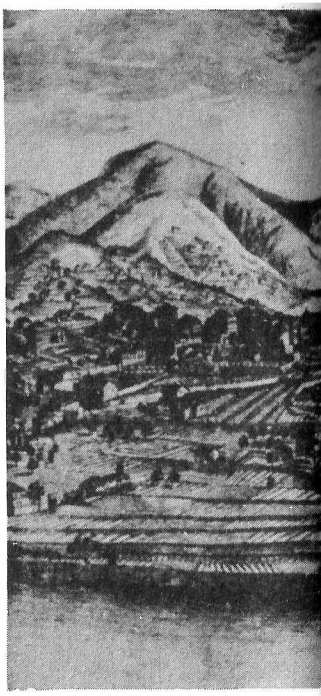
Trelawny persuadió a las autoridades para que le permitiesen incinerar los cuerpos de Shelley y de Williams en la playa y después llevar las cenizas a Roma. El y Byron presenciaron la cremación de los cadáveres. Sobre las llamas se derramó incienso y vino; y mientras el cuerpo de Shelley ardía, Byron se echó a nadar hacia el *Bolívar*, anclado frente a la costa. El sol le produjo graves quemaduras. Esa tarde, en una reacción histérica, ambos se emborracharon.

Por entonces Byron había concluido tres nuevos cantos del *Don Juan*. Hunt le apremiaba para que se ocupase del nuevo periódico, que al principio iba a llamarse *Hespérides*, pero que finalmente salió a la calle con el nombre de *El Liberal*. Byron contribuyó con *La visión del Juicio* al primer número, que apareció el 15 de octubre de 1822 y no fue bien recibido. Muchos de sus amigos le aconsejaron que cortara toda relación con el periódico. Byron mantuvo su colaboración en los tres números siguientes, pero cada vez se ocupó menos de su dirección. Su firma en el primer número quizá ayudó en las ventas, pero finalmente no hizo sino perjudicar a su editor, John Hunt, hermano de Leigh. En 1824 John Hunt fue perseguido por «calumniar al último rey y herir los sentimientos de su majestad actual», poniendo así en



El castillo de Lerici, por Richard Bonington. Colección de Mrs. William Bernard.

Retrato de Mary Shelley, por R. Rothwell. National Portrait Gallery, Londres.



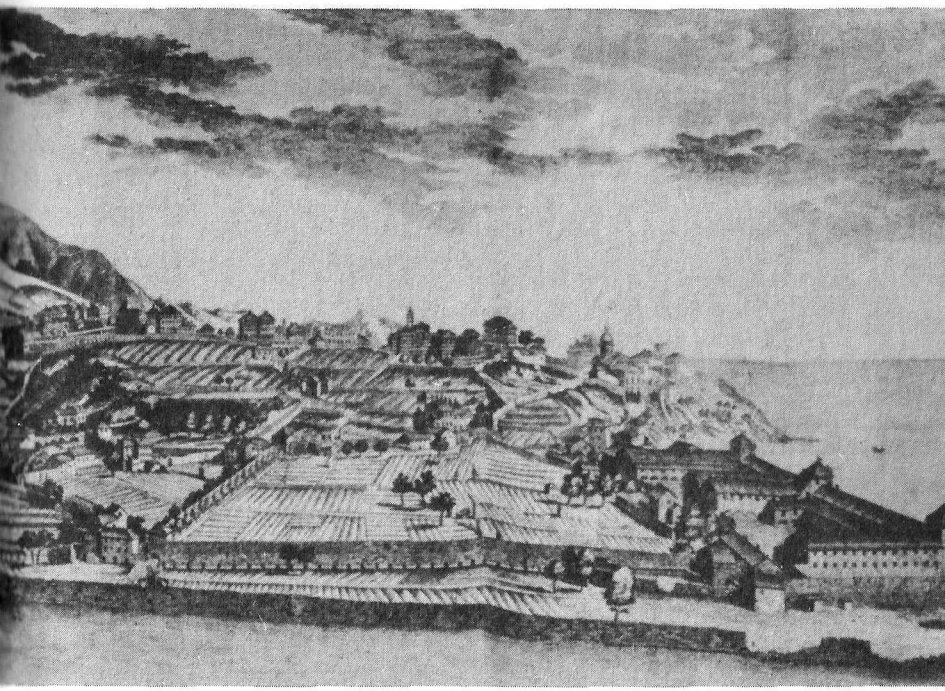
La colina Albaro, de Génova, lugar donde se alzaba la casa Saluzzo. Grabado de Guidotti. British Museum, Londres.

peligro la paz pública; tres días después del entierro de Byron, John Hunt fue condenado a pagar una multa de cien libras por la ofensa cometida.

Algunas semanas después de la publicación de *El Liberal*, Murray recibía el manuscrito de los tres nuevos cantos del *Don Juan*. Se quedó horrorizado. «Os comunico —escribió— que son tan desaforadamente escandalosos, que no los publicaría aunque me dieseis vuestras propiedades, título y genio incluidos; por Dios, revisadlos...»

Esos cantos no nos parecen hoy más agresivos ni más sensuales que el resto del poema; pero Murray lo oía todo, y la creciente indignación contra el autor de *La visión del Juicio* no aconsejaba la publicación de los nuevos cantos, que indignaría aún más a los enemigos de Byron. El poeta, naturalmente, se enfureció y amenazó a Murray con retirar sus libros de aquella editorial. Continuó escribiendo con regularidad, terminando el canto doce el 9 de diciembre, y los cantos trece, catorce y quince a finales de marzo de 1823.

En el otoño de 1822 se mudó de Pisa a la casa Saluzzo, en

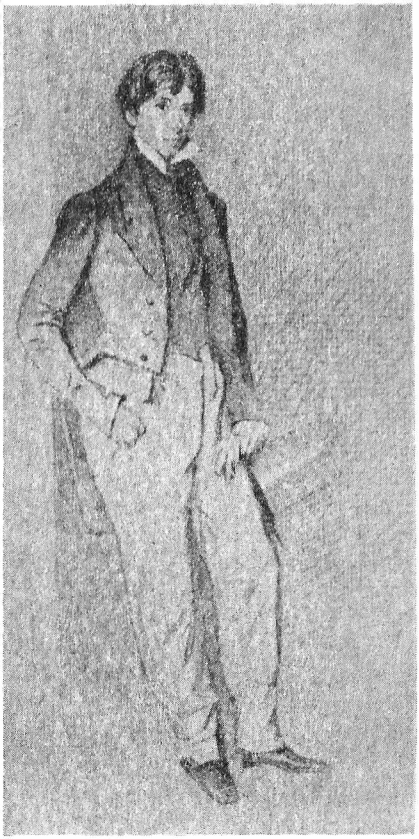


Génova, y alquiló a una milla de distancia otra casa en la que vivían los Hunt y Mary Shelley. Aunque aliviado por haberse librado de su presencia inmediata, Byron no se sentía bien. Un nuevo periodo de adelgazamiento le debilitó, y su estado general de salud no era bueno. De algún modo, su relación con Teresa no era tan espontáneamente feliz como había sido; quizá la rutina de una aventura excesivamente doméstica le estaba aburriendo. En cualquier caso se quedó encantado con la llegada a Génova de un grupo de ingleses, capitaneados por la bella e ingeniosa lady Blessington, su esposo, su hermana y su joven amigo el conde d'Orsay. La condesa era una de las principales de la sociedad londinense y, gracias a la inmensa fortuna de su esposo, podía entretenerse libremente y viajar a su placer.

George Gordon aprovechó la oportunidad para discutir sobre Inglaterra, la poesía y la sociedad con lady Blessington y el elegante conde d'Orsay. Después de haberse desconcertado al principio por sus trajes pasados de moda y por lo que ella estimó como una terca ligereza en su conversación, la condesa empezó a apreciarle y a admirarle. Escribió en su diario: «Hay mucha pla-

ta entre los rizos oscuros de su cabello sedoso; y aunque ya se retira de sus sienes, dejando su frente desnuda, crece con abundancia en los lados y en la parte posterior de su cabeza... Su voz y su acento son particularmente armónicos, aunque algo afeminados; y su pronunciación es tan clara que, aunque su tono general al hablar es bajo, no se pierde ni una palabra. Su risa es musical, pero la prodigó escasamente durante nuestra [primera] entrevista.» Aun a su pesar, a lady Blessington le chocaba la libertad con que Byron se expresaba en las conversaciones, por «el perfecto abandono con que conversa con los recién conocidos sobre temas que incluso los amigos considerarían demasiado delicados para discutir».

Frazer's Magazine, junio de 1834



Retrato de lady Blessington. Grabado de H. T. Ryall, según A. E. Chalon. Colecciones de la Abadía de Newstead.

◀ *A la izquierda, retrato de Leigh Hunt. A la derecha, el conde d'Orsay, uno de los amigos de Byron. Grabado de F. Lewis, según F. Grant. British Museum, Londres.*

8. La causa griega

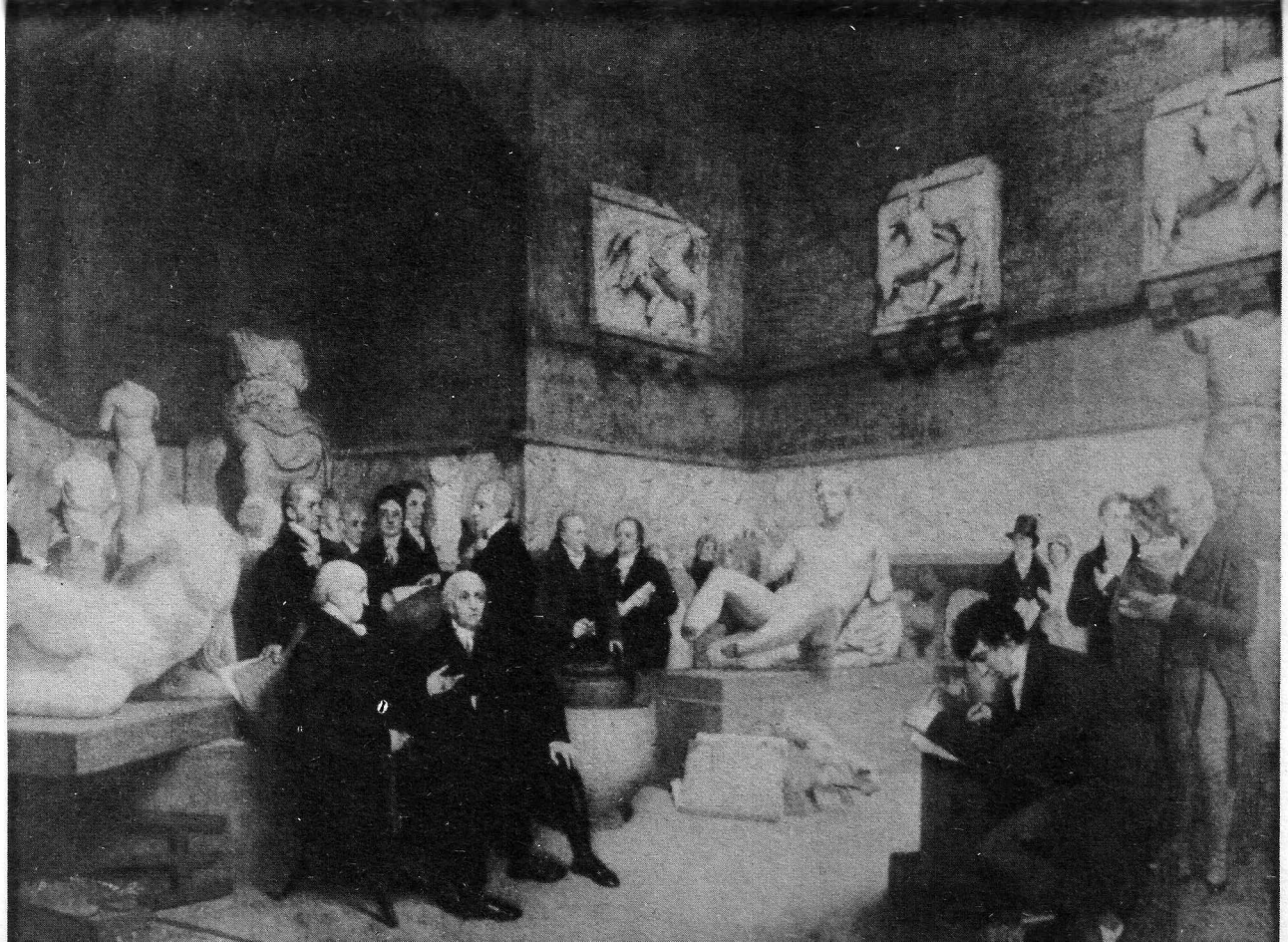
En Londres, más o menos por esta misma época, se fundó un Comité Griego para ayudar a la causa de la independencia griega. Grecia tenía aún un enorme atractivo sentimental para los ingleses cultos, atractivo tipificado en los mármoles de Elgin, que representaban para los ingleses la totalidad del espíritu de la cultura y de la nobleza. Conociendo nada o muy poco de los desórdenes de la política griega, y desde luego nada de la guerra, los radicales ingleses mostraron más entusiasmo por la causa griega que por cualquier otra de su época. Poetas como Campbell y Byron habían denunciado la captura de la flota danesa como un acto de agresión inusitada y el destronamiento de Napoleón como un hecho malévolo y mezquino.

El interés de Byron por Grecia había llegado a oídos del Comité, y naturalmente contaban con la evidencia de la estrofa lírica incluida en el canto tercero del *Don Juan*:

Las montañas miran sobre el Maratón
y el Maratón mira sobre el mar;
y meditando allí una hora, solitario,
soñé que Grecia todavía podía ser libre...

Por ello un miembro del Comité, Edward Blaquiere, fue designado para visitar a Byron, junto con un delegado griego, Andreas Luriottis; ambos iban a intentar ganarle para la causa. La ocasión era favorable, ya que lady Blessington y su grupo pronto iban a marcharse de Génova, y Byron no podía soportar enfrentarse a la continuación de lo que se había convertido en aburrida rutina. Discutió vehementemente sobre la situación con Blaquiere y con Luriottis; en abril fue elegido miembro del Comité Griego de Londres. En mayo les escribió para decirles que su «ma-

La sede temporal de los mármoles de Elgin en el Museo Británico. Pintura de A. Archer. British Museum, Londres. ▶



yor deseo» era ir a Grecia en persona. «No quiero limitar mi propia contribución —le decía al secretario—, sobre todo si puedo ir a Grecia; dedicaré todos los medios que consiga por mí mismo al progreso de la gran causa.»

De esta forma, Byron se dispuso a alcanzar el clímax del radicalismo, que había sido una motivación consciente e inconsciente en su vida desde su más temprana juventud. Excesivamente orgulloso de su rango de noble inglés, desde el mismo momento en que el título de «Byron Dominus» le devolviera a su casa desde el colegio de Aberdeen, no por ello era menos consciente de los abismos de insuficiencia moral que lacraban a la nobleza; una nobleza aún muy fuerte e influyente al final de las guerras napoleónicas.

Su marcado sesgo calvinista le hizo aliado, en un sentido, de hombres tales como John Newton, Joseph e Isaac Milner, John Bowdler, y con los movimientos metodistas y evangélicos. Incluso convino con Scott, cuando insinuó que no sería de extrañar que el propio Byron se convirtiera al catolicismo. Y, realmente, *Childe Harold, Prometeo, Manfred, Caín y Sardanápalo* tienen todas el sentimiento de la culpa como tema central. Byron sintió la presencia constante del pecado y del mal; así como Shelley, por ejemplo, nunca se vio afectado por ellos. Su preocupación por los desvalidos, como los tejedores de calceta de Nottingham, no cesó nunca.

Sus instintos radicales se fortalecieron y su inteligencia se desarrolló; consideró Waterloo, por poner un ejemplo, como un triunfo para la reacción. «¡Napoleón!, esta semana se decidirá su destino. Todo parece estar en contra suya, pero creo y espero que gane. ¿Qué derecho tenemos nosotros a imponer soberanos a Francia? ¡Viva la República!» La conciencia de los cambios que iban a producirse en Europa en el siglo siguiente a su muerte fue adquiriendo cada vez más importancia para él. La Revolución francesa era ahora parte de la historia de su vida; sentía que «los tiempos de los reyes están acabándose con rapidez. Habrá sangre derramada como agua y tantas lágrimas como bruma, pero el pueblo vencerá al final. Yo no viviré para verlo, pero lo preveo».

Sus reuniones con los carbonarios no habían sido simples aventuras. Sentía una simpatía intelectual absoluta por el movimiento y, si se hubiera producido un alzamiento en Rávena en

◀ *Luis XVIII saliendo de las Tullerías, marzo de 1815. Cuadro de A. J. Gros. Museo de Versalles.*

1821, él hubiese estado en el corazón de la contienda. Se volvió cada vez más republicano; a la vista de la estupidez y de la corrupción de la corte inglesa de la época, no es de extrañar. «A la humanidad no le queda ya más que la república —escribió en su revista en el año 1821—, y creo que hay esperanzas fundadas. Las dos Américas la tienen; España y Portugal se aproximan ansiosamente a ella. ¡Oh Washington!» Su admiración por Simón Bolívar, que liberó Colombia y Venezuela, era tan grande que en 1822 consideró seriamente la posibilidad de emigrar a América.

¡Pero añora Grecia! Su admiración y su amor por el país jamás decayó desde su primera visita, y si bien tenía su atención ocupada en otras cosas, bastó la presencia de Blaquiere y de Luriottis para que se volcase de nuevo en la guerra de la independencia. Esta vez su objetivo era firme y su determinación inalterable:

Lord Douglas Kinnaird, retratado por un artista anónimo.

Master of Kinnaird

◀ Apoteosis de Simón Bolívar, *por Tito Salas. Acervo Histórico, Caracas.*

Los muertos han sido despertados, ¿dormiré yo?
El mundo lucha contra los tiranos, ¿me someteré yo?
El fruto está maduro, ¿me retardaré yo en cosechar?
Yo no dormito; la espina está en mi lecho;
cada día una trompeta suena en mis oídos:
es el eco de mi corazón

Diez meses más tarde moriría en Missolonghi, y toda Grecia le lloraría.

Por el momento, sin embargo, tenía problemas con la comunicación de su partida a Teresa. Cuando escribió a su amigo Douglas Kinnaird, que se hallaba en Londres recaudando dinero para la expedición, le decía en tono de queja:

«Estoy haciendo todo lo posible para partir, pero el "absurdo género femenino" arroja en mi camino todo tipo de obstáculos; Teresa está dispuesta a sacrificarse a sí misma de todas las maneras y a evitar que yo haga nada bueno, sin ninguna razón. Si hace una escena, y creo que tiene tendencia a hacerla, tendremos un nuevo romance y una nueva historia de abuso y de abandono; otro asunto como el de lady Caroline y lady Byron... Y, luego, el final. Jamás hubo un hombre que se sacrificase tan-

to por las mujeres como yo; y sin embargo, todo lo que he conseguido ha sido la reputación de haberlas tratado con excesiva dureza.»

Incapaz de reunir el coraje necesario para comunicarle él mismo su partida, convenció al hermano de Teresa, Pietro, para que se lo dijera, ya que se marchaban juntos. La primera reacción de Teresa fue, naturalmente, decir que ella también iría, y se necesitó mucho tacto para disuadirla. Byron se dedicaba a los preparativos del viaje; recaudó dinero en Londres, vendió el *Bolívar* a lord Blessington por cuatrocientas guineas, después de quitarle los cañones, que podían serle útiles, y compró a lady Blessington su caballo árabe *Mameluco*, para llevárselo a la guerra. Diseñó soberbios uniformes para sí y para sus sirvientes, magníficos cascos con su lema, «Crede Byron», y escudos de armas para él, Pietro y Trelawny.

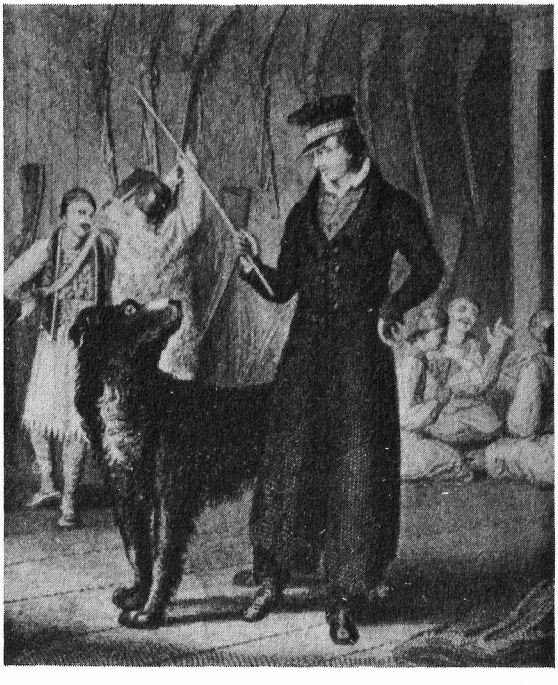
A mediados de junio todo estaba dispuesto. Se separó de Teresa y subió a bordo del *Hércules*, que partió de Génova el 16 de julio con Trelawny, Pietro Gamba, el joven doctor Bruno, cinco sirvientes, incluido el omnipresente Fletcher y un gondolero colosal y feo llamado Tito Falcieri, cinco caballos, el bulldog de Byron, *Moretto*, y un gran perro de Terranova, *Lyon*. En Livorno el grupo aumentó con Scott y James Hamilton Browne, que casualmente portaba um mensaje de Goethe en el que el poe-

ta alemán deseaba buena suerte a la expedición en versos encomiásticos. Mientras el *Hércules* navegaba costa abajo, Byron pasaba el tiempo boxeando con Trelawny, practicando esgrima con Pietro Gamba, disparando a botellas vacías y a gansos vivos. Nadaba todos los días.

El Hércules navegaba rumbo a Zante, pero Browne, que había servido en las islas Jónicas y que había sido destituido por sus simpatías helénicas, recomendó cambiar el rumbo a Cefalonia, donde gobernaba el coronel Charles James Napier, el único gobernador inglés que se manifestaba abiertamente a favor de la causa griega. El 2 de agosto de 1823 echaron anclas cerca de Argostoli.

Pronto se dio cuenta Byron de que la situación en Grecia era extremadamente confusa; los griegos estaban divididos en facciones, cada cual más celosa de la otra, y hasta que el poeta estuviera seguro de la situación, pensó que lo mejor era quedarse donde estaba. El grupo vivió durante aquel tiempo a bordo del *Hércules*; nadaban y montaban a caballo e hicieron amistad con el coronel Napier.

◀ *A la izquierda, retrato de lord Blessington por J. Holmes. National Portrait Gallery, Londres. A la derecha, Byron retratado por Bouvier, con un casco diseñado por el poeta. Colecciones de la Abadía de Newstead.*



Byron con Lyon, *el perro de Terranova que le regaló un teniente retirado de la Marina. Ilustración perteneciente a la obra* The last Days of Lord Byron, *de W. Parry, 1825.*

Argostoli, Cefalonia, por H. Cook. British Museum, Londres.

En Cefalonia Byron conoció al doctor James Kennedy, oficial médico de la isla y un ardiente evangelista convencido, que se propuso convertir a George Gordon. Los amigos de Kennedy le alentaron, esperando que el asunto sería un motivo de diversión. Pero aunque Byron nunca desaprovechaba la ocasión de hostigar a un metodista, básicamente tomó en serio sus discusiones con Kennedy, como puede verse en el libro de éste *Conversaciones sobre religión con lord Byron*, que se publicó en 1830 y que, de todos los que existen, quizá sea el que recoge mejor el estilo conversacional de Byron.

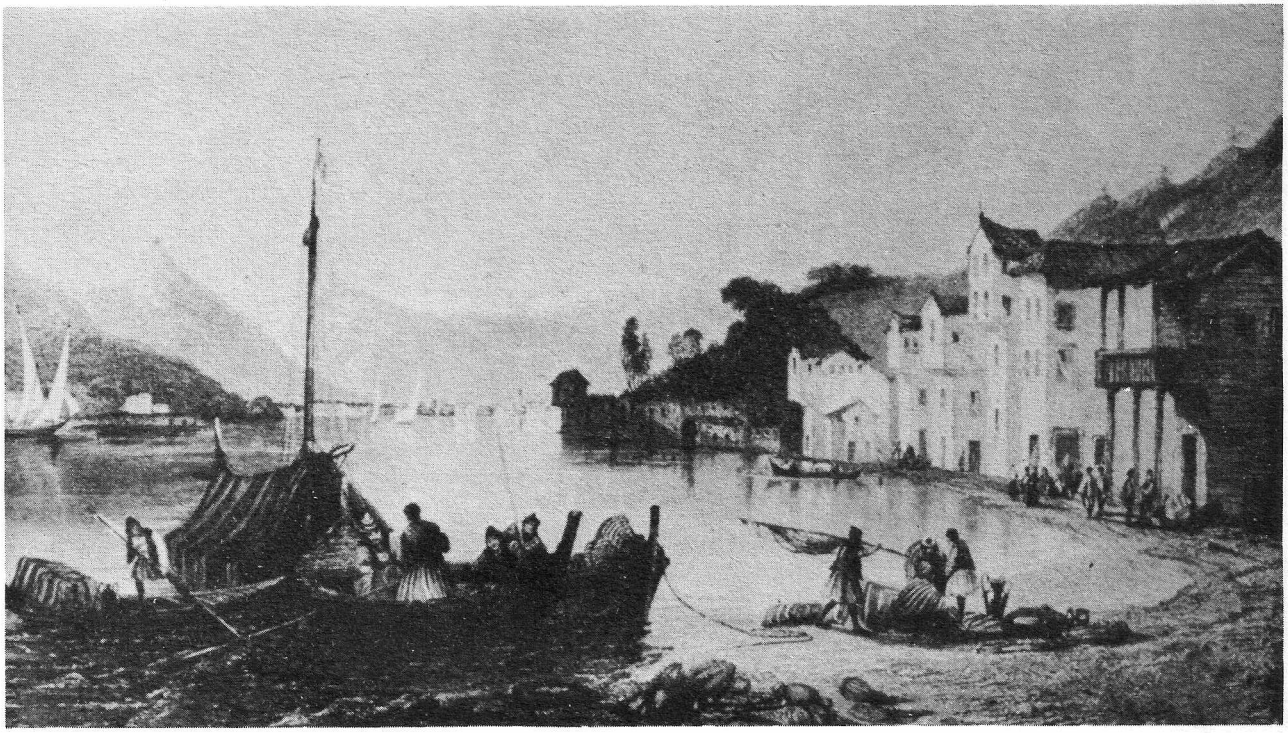
«Todo es un misterio, siento casi todas las cosas, pero no sé nada...» Quizá Byron satirizase la religión, pero su actitud hacia ella distaba mucho de la frivolidad. Creía profundamente en la inmortalidad del alma, aunque «si nuestra vida futura será individual o, mejor dicho, si se asemejará en algo a nuestra existencia presente, ésa es otra cuestión».

Siempre estaba presto para defenderse de cualquiera que pensase que su poesía era antirreligiosa. Cuando Tom Moore se quejó de la irreligiosidad de su drama *Werner* (1822), le replicó: «¿Nunca podré convencerte de que yo no comparto las opiniones de mis personajes? Sí, no son nada comparadas con las expresiones del *Fausto* de Goethe (diez veces más fuertes), y ni un ápice más audaces que las del *Satán* de Milton. Mis ideas sobre un personaje pueden arrastrarme... No soy enemigo de la religión, al contrario; creo que las personas nunca tendrán *bastante* religión, si es que han de tener alguna.»

Las conversaciones religiosas de Kennedy no fructificaron, al menos en lo que se refería a la educación del poeta en las prácticas religiosas; Byron no admitía ser convencido por dogma.

Entre dos mundos, la vida está suspendida como
una estrella,
entre la noche y la aurora, al borde del horizonte.
¡Qué poco sabemos de lo que somos!
¡Y cuánto menos de lo que seremos! El eterno oleaje
del tiempo y del devenir se mueve y se lleva lejos
nuestras burbujas: las viejas estallan y las nuevas emergen,
rompiéndose contra la espuma de las edades, mientras
los sepulcros
de los Imperios suben y bajan como olas pasajeras.

Los retrasos impuestos por la situación interna de Grecia le deprimían; tampoco se encontraba bien del todo (durante una vi-



Vathi, Itaca, por C. Bentley, 1839. Victoria and Albert Museum, Londres.

sita a Itaca se sintió enfermo y tardó algún tiempo en recuperarse). Mientras tanto, habiéndose extendido por toda Grecia la noticia de su llegada, en cada correo recibía nuevas cartas solicitando su presencia o su ayuda monetaria, que le enviaban las distintas facciones en lucha. Pero él no quiso verse involucrado en sus disensiones. A principios de septiembre abandonó el *Hércules* y se mudó a una pequeña villa de la costa. «Fui un loco al venir aquí», escribió a Teresa; y a continuación dejó de escribir en su diario, porque estaba convencido de que «no podría evitar hablar mal de los griegos».

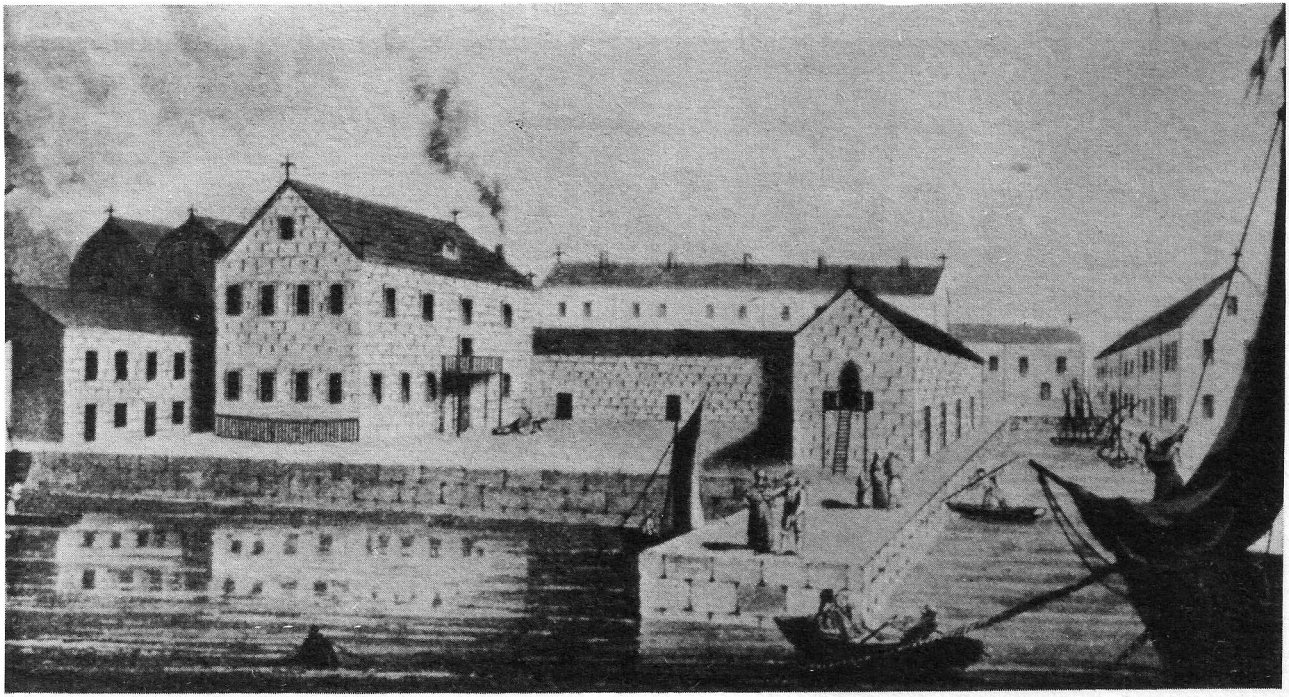
9. Missolonghi, la tierra de la muerte honrosa

A pesar de todo, Byron nunca pensó seriamente en retirar su apoyo a los griegos; de hecho les prestó cuatro mil libras para pagar la flota y públicamente fue un importante propagandista de su causa. Tres meses después, a finales de diciembre de 1823, dejó Cefalonia para ir a Missolonghi, invitado por el príncipe Mavrocordatos, el gran patriota griego. Con él se llevó a Fletcher, al doctor Bruno, a Tito Falcieri y a un nuevo y joven paje griego, Loukas Chalandritsanos.

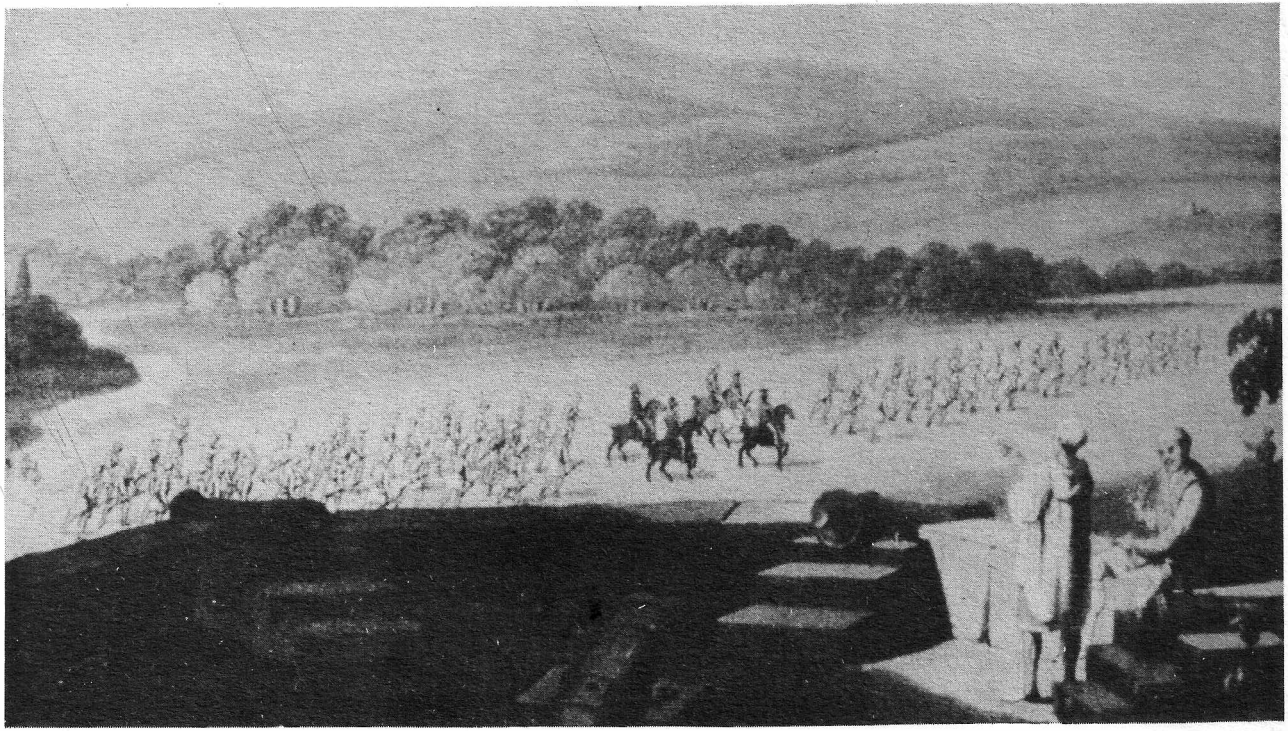
Después de un viaje azaroso (el rápido *místico* en el que navegaban estuvo dos veces a punto de ser capturado por barcos de guerra turcos y, luego, casi naufraga), Byron llegó a Missolonghi el 4 de enero. El príncipe Mavrocordatos le saludó entusiásticamente en unión de sus cinco mil soldados, incluidos los seiscientos suliotas que pasarían al mando del poeta, bajo la condición de mantenerlos. Byron disfrutaba enormemente y demostró un gran talento para el mando militar y la organización.

Se estableció en una casa grande, cerca de un terreno donde podía instruir a sus mercenarios. Ni siquiera las condiciones de la ciudad, húmeda y pantanosa, de casuchas miserables en condiciones de hacinamiento, podían deprimirle ahora. Decidió, de acuerdo con el príncipe (un hombre ambicioso y probablemente un traidor), urdir un plan para el asedio y la captura de Lepanto. A fin de insuflar coraje a los griegos, contribuyó a la salida de un periódico, *Crónica Helénica*, que en Grecia tuvo pocos suscriptores, pero que fue de alguna utilidad en Londres como agente propagandístico.

Los mercenarios discutían y se peleaban entre sí, los griegos no se ponían de acuerdo y la atmósfera del lugar tendía a producirle fiebres; sin embargo, Byron era feliz. Por primera vez desde hacía muchos años sentía que estaba envuelto en acontecimientos que le sobrepasaban. Desde su último trabajo continuado en el *Don Juan*, hacía ya meses, no había escrito prácti-



Grabado idealizado de la casa de Byron en Missolonghi, por W. Parry, The last Days of Lord Byron, *1825. En realidad, la casa tenía tres pisos; Byron ocupaba el segundo, que tenía un dormitorio y un saloncito, además de tres habitaciones para los sirvientes.*



Lord Byron escoltado por sus guardias suliotas, por W. Parry, The last Days of Lord Byron, *1825.*

camente poesía; pero la víspera de su cumpleaños, cansado y sintiéndose mal, pero consciente de que estaba en Grecia y en armas por la causa de la libertad, comenzó un nuevo poema. El día de su cumpleaños se lo entregó al coronel Leicester Stanhope, un agente del Comité Griego de Londres, destinado por entonces en Missolonghi. «Esto —le dijo Byron— creo que es mejor que lo que escribo generalmente.» El poema era casi una invocación a la muerte:

Esta vez este corazón deberá permanecer quieto,
ya que otros han dejado de moverse:
pero, aunque ya no puedo ser amado,
¡dejadme amar todavía!

Mis días están en la estación de las hojas amarillas;
las flores y los frutos del Amor se han ido;
el gusano, el cáncer y el dolor
¡son sólo míos!

El fuego que en mi pecho arde
es solitario como una isla volcánica;
ninguna antorcha se inflama con su ardor:
una pira funeraria.

La esperanza, el temor, el cuidado de los celos,
la parte exaltada del sufrimiento
y el poder del amor, no puedo compartir,
pero llevo la cadena.

Pero esto no es así —y esto no está aquí—.
Tales pensamientos no deben estremecer mi alma ahora,
cuando la gloria cubre el féretro del héroe
o ciñe su frente.

¡La espada, la bandera y la campaña,
ven a mi alrededor la Gloria y Grecia.
El Espartano, sosteniendo firme su escudo,
no fue más libre.

¡Despierta! (no, Grecia: ¡ella está despierta!).
¡Despierta, espíritu mío! Piensa en quien
con su sangre rastrea su lago natal,
¡y después regresa a tu patria!

¡Pisotea esas renacientes pasiones,
indigna naturaleza humana! En ti
indiferentes deben ser la sonrisa o el enojo
de la Belleza.

Si añoras tu juventud, ¿por qué vivir?
La tierra de la muerte honrosa
está aquí: ¡sube al Campo y echa
fuera tu aliento!

Busca la —a menudo menos buscada que encontrada—
tumba de un soldado, para ti la mejor;
luego mira a tu alrededor, y elige tu terreno,
y entrégate al Descanso.

Este noble poema, escrito en su treinta y cinco cumpleaños, iba a ser prácticamente el último.

Mavrocordatos le encargó que tomara el mando de dos mil hombres para intentar la liberación de Lepanto; y pronto se puso de manifiesto que el príncipe esperaba que el poeta costeara la totalidad de la operación. Sin desmayo, Byron dispuso los arreglos necesarios. Trabajaba día y noche, animoso pero escaso de salud. La lluvia caía incesantemente y la casa, situada en los pantanos cercanos a la laguna, era insalubre. Pero la campaña que se avecinaba fascinaba al poeta; Lepanto era la única fortaleza turca de la costa norte del golfo de Corinto y su captura posibilitaría a los griegos conquistar el castillo de Morea, en la orilla opuesta, consiguiendo así asegurarse el dominio de toda la extensión del golfo.

A mediados de febrero el excesivo trabajo en condiciones tan terribles comenzó a hacer estragos en Byron. Un día sufrío lo que parecía ser un ataque de epilepsia. El doctor Bruno y el doctor Millingen, un joven médico inglés enviado por el Comité Griego, fueron avisados y pudieron ayudarle a meterse en la cama. El doctor Bruno aconsejó inmediatamente una sangría, pero Byron se opuso violentamente. A pesar de ello le pusieron ocho sanguijuelas en las sienes, y cuando se las quitaron la hemorragia no cesó; Byron se desmayó por la pérdida de sangre. Fue el primer síntoma grave de la enfermedad que iba a matarle.

Sin embargo, se recuperó y pronto estuvo otra vez enfrascado en los preparativos militares, que consistían en las múltiples tareas necesarias para mantener a sus mercenarios, que alborotaban y luchaban continuamente entre sí, dentro de un cier-

Miniatura de Augusta Ada, la primera hija de Byron.

to orden. La amabilidad con que trataba a los prisioneros turcos llevados a Missolonghi levantó ciertos comentarios y le granjeó la antipatía de algunos de sus soldados, pero no le fue demasiado difícil mantener la atmósfera de una disciplina moderada.

Su salud seguía siendo incierta. A veces, como cuando en una grata carta de Inglaterra le llegó una miniatura de Ada, de la que él se sentía enormemente orgulloso, se mostraba animado y se expresaba con bromas bastante joviales; por ejemplo, congregando a un grupo de suliotas en la habitación de un piso alto y ordenándoles que se pusieran a saltar, simulando un terremoto, para aterrorizar a un vecino latoso. Pero en otras ocasiones, irritado y enfermo, era arisco e imprevisible. En su casa reinaba una atmósfera casi surrealista. Se servían comidas a todas horas y los sirvientes se intercambiaban sus funciones, a excepción del fiel Fletcher, del gondolero Tito y del guapo y solícito muchacho griego llamado Loukas Chalandritsanos, quien, vestido de paje, estaba siempre al lado de Byron.

Después de su desastroso matrimonio y de una larga lista de aventuras, que iban desde la apasionada relación con lady Ca-

roline a más de doscientas aventuras menores, como él mismo decía, hasta su relación estable con Teresa, la amistad de Byron con Loukas fue su último afecto romántico. En abril, quizá movido por la devoción que el muchacho le mostraba (a la postre, una situación potencialmente peligrosa), escribió su último poema; y aunque Hobhouse aseguraba que había visto una nota del puño y letra de Byron en la que se decía que no iba «dirigido a nadie en particular», el poema estaba obviamente dedicado al muchacho.

Te vi en las rompientes, cuando la roca
recibió nuestra proa y todo era tormenta y miedo,
y te hizo asirte a mí en cada choque;
este brazo sería tu barca o este pecho tu sepulcro.
Te vi cuando la fiebre veló tus ojos,
cediéndote mi camastro y tendido yo en el suelo.
Extenuado por la vigilia, nunca me hubiera levantado de allí
si tú hubieses encontrado una tumba prematura.
El terremoto llegó, y estremeció las trémulas paredes,
y los hombres y la naturaleza se tambalearon como ebrios.
¿A quién busqué por el salón en ruinas?
A ti. ¿Qué salvación me preocupó primero? La tuya.

El tiempo en primavera fue horrible, llovía todos los días, los caminos eran cenagales y Byron estaba de mal humor porque no podía cabalgar a diario. Se sentía mal continuamente, los griegos le presionaban pidiéndole dinero (¡llegó a recibir peticiones de más de once mil doscientas cincuenta libras en un solo día!), y en definitiva sus intrigas le estaban minando los nervios. El 25 de febrero escribió a Murray: «Mi función aquí carece de compensaciones, pues hay demasiados grupos y dificultades de todas clases, pero haré lo que pueda. El príncipe Mavrocordatos es una excelente persona y hace todo lo que está en sus manos, pero su situación es extremadamente complicada. Aún tenemos grandes esperanzas en la lucha...»

No es de extrañar que Byron se volviese irritable y malhumorado bajo estas tensiones. Más tarde, Pietro Gamba escribió:

«A menudo se enfadaba por naderías, mucho más, ciertamente, que por asuntos de importancia; pero su irritación era sólo momentánea. Frecuentemente se quejaba de que no se sentía bien. Padecía de vértigos en la cabeza y de una cierta tendencia a desmayarse. En cierta ocasión me dijo que a veces se sentía alarmado sin causa aparente.»

Odysseus Tritzo, también conocido como Ulises, fue uno de los líderes de la facción militar griega que obligó a Mavrocordatos a renunciar a la presidencia en 1822.

Harper's Magazine, 1893

Harper's Magazine, 1893

El príncipe Alexander Mavrocordatos, líder del grupo civil griego compuesto por nobles y dignatarios civiles, fue elegido primer presidente de Grecia en 1822.

Byron y sus doctores

El 9 de abril de 1824 Byron insistió en que quería montar a caballo, a pesar de las protestas de Pietro, bajo una lluvia torrencial; y excesivamente acalorado tras el ejercicio, se sentó durante un rato en el bote que le llevó de vuelta a su casa. Dos horas después cayó enfermo. Esa tarde tuvo fiebres y dolores. Por la noche durmió bien y al día siguiente volvió a montar, pero la fiebre persistía. El doctor Millingen estuvo con él por la tarde, pero no le consideró enfermo y ni siquiera le tomó el pulso. Por la noche, el mismo Byron pidió que viniera el doctor Bruno, pues sentía unos dolores muy fuertes. Como era habitual en la época, Bruno le dio un fuerte purgante y le recomendó una sangría; pero Byron se opuso.

Como la fiebre persistía, los doctores insistieron en que debía purgarse continuamente y someterse a una sangría para que le bajara la temperatura. Pero Byron no estaba muy convencido. «Sacar sangre a un paciente nervioso —dijo con cierta sapiencia— es como aflojar las cuerdas de un instrumento musical, cuyos tonos ya son defectuosos por falta de tensión suficiente. Ya sabéis cuán débil e irritable me había vuelto antes de caer enfermo. Las sangrías, que aumentarán ese estado, me matarán inevitablemente.»

A medida que se iba debilitando, sin embargo, su voluntad fue incapaz de resistirse a la reiterada insistencia de los médicos. Dejó que le sangraran. «Vamos, vosotros sois, como veo, un equipo de malditos carniceros —les dijo—. Sacad tanta sangre como deseéis, pero terminad de una vez.»

Le extrajeron tres libras de sangre y le recetaron fuertes purgantes. Al fin los doctores comenzaron a sospechar que podía estar gravemente enfermo. Llamaron a dos nuevos médicos y los cuatro se pusieron a dilucidar la naturaleza de la enfermedad y la terapéutica que le convenía. Tres de ellos se opusieron a una nueva sangría, que recomendaba insistentemente el doctor Bruno; pero éste era un joven muy convincente y no le costó mucho trabajo conseguir que los demás aceptasen su propuesta. En la madrugada del Domingo de Resurrección, el agonizante perdió otras dos libras de sangre.

Ahora Byron era consciente del peligro que corría. Quiso entregar algunas instrucciones a Fletcher, mensajes para su hermanastra, para su hija y para lady Byron, pero comenzó a delirar. Su extrema debilidad le puso por completo en manos de sus cuatro médicos. Mientras estuvo aún consciente, le forzaron a

tomar una mezcla de «senna, tres onzas de sales de Epsom y tres de aceite de ricino». No es raro, pues, que entrara en coma; entonces los doctores le aplicaron más sanguijuelas, que le sangraron durante toda la noche.

Muerte

Estuvo inconsciente durante veinticuatro horas. Alrededor de las seis de la tarde del 19 de abril, Fletcher vio que sus párpados se estremecían y luego se quedaban quietos. Los doctores le tomaron el pulso; Byron había muerto. No mucho antes, durante su delirio, exclamó: «¡Los doctores me han asesinado!» El transcurso del tiempo demostró que tenía razón.

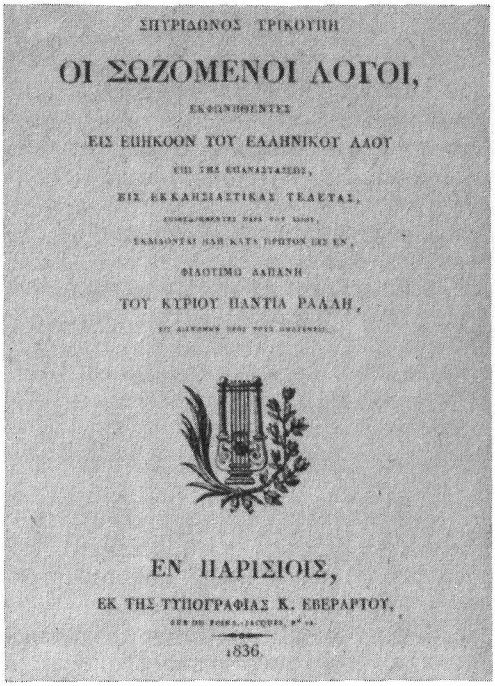
El dolor que causó su muerte fue inmediato; todos sus sirvientes le adoraban y las lágrimas de Tito, de Loukas, de Pietro e incluso de los doctores manaron copiosamente. El príncipe Mavrocordatos ordenó inmediatamente unas salvas de cañones, que se oyeron en la ciudad durante veinticuatro horas. Los doctores redactaron el certificado de defunción tan apresuradamente y con tan poco detenimiento, que jamás ha podido precisarse la causa de su muerte. También se ocuparon de embalsamar su cuerpo, que sería trasladado a Inglaterra. Mientras tanto, el leal Fletcher se encargaba de recoger la ropa del difunto y sus papeles, entre los que se encontraban el poema a Loukas, el poema que escribió el día de su cumpleaños y las últimas y exiguas estancias del *Don Juan*.

Una caja que contenía el corazón de Byron fue enterrada con gran ceremonia en la iglesia de San Spiridione, en Missolonghi, después de un responso oficial, al que espontáneamente sirvieron de eco casi todas las ciudades y pueblos de Grecia. Su muerte privaba a los griegos de un héroe, cuyo nombre era casi sagrado para ellos y cuya reputación ha sobrevivido durante casi un siglo y medio. Cuando se cambiaron los nombres ingleses de sus calles, durante la crisis de las relaciones anglo-griegas, dejaron uno invariable: casi todas las ciudades tienen su «Odos Byronos».

El 2 de mayo el cuerpo salió de Missolonghi con destino a su patria, acompañado por el enlutado Fletcher y los dos perros de George Gordon, *Moretto* y *Lyon*. Doce días más tarde, en Londres, despertaron a Hobhouse para entregarle una carta, torpemente escrita por Fletcher:

«Señor Perdonadme por esta Intrusión por la que una Pe-

◀ Grecia agonizando sobre las ruinas de Missolonghi. *Cuadro por Eugène Delacroix, 1827. Museo de Bellas Artes, Burdeos.*


ΣΠΥΡΙΔΩΝΟΣ ΤΡΙΚΟΥΠΗ

ΟΙ ΣΩΖΟΜΕΝΟΙ ΛΟΓΟΙ,

ΕΙΣ ΕΠΗΚΟΟΝ ΤΟΥ ΕΛΛΗΝΙΚΟΥ ΛΑΟΥ

ΕΙΣ ΕΚΚΛΗΣΙΑΣΤΙΚΑΣ ΤΕΛΕΤΑΣ,

ΦΙΛΟΤΙΜΩ ΛΑΠΑΝΗ

ΤΟΥ ΚΥΡΙΟΥ ΠΑΝΤΙΑ ΡΑΛΛΗ,

ΕΝ ΠΑΡΙΣΙΟΙΣ,

ΕΚ ΤΗΣ ΤΥΠΟΓΡΑΦΙΑΣ Κ. ΕΒΕΡΑΡΤΟΥ,

1836.

Portada de la oración escrita en griego por Spiridion Tricoupi, hijo de un notable de Missolonghi, para el funeral de Byron, celebrado en esa ciudad el 19 de abril de 1824. British Museum, Londres.

nosa Necesidad me obliga a escribiros para informaros de la Malencólica Noticia de que Mi Lord Byron que ya no está Partió de Este Miserable Vida el 19 de abril después de una enfermedad de sólo diez Días su Excelencia Comenzó con una Febre Nerviosa y Terminó con una Inflamación de los Cerebros Por falta de ser Sangrado a tiempo a lo que Su Excelencia se opuso hasta que fue Demasiado Tarde...

»Por favor Excusar todos los Defectos porque apenas Sé lo que digo ni lo que Hago porque después de veinte años al Servicio de Mi Lord él era para mí más que un padre y estoy demasiado Afectado para daros ahora la cuenta detallada de todas las Particularidades lo que espero poder Hacer a mi llegada a Inglaterra.»

Hobhouse tuvo la penosa misión de comunicarle la noticia a Augusta. El heredero de Byron, un primo suyo, dijo a lady Byron: «Augusta ha comentado que no tiene derecho a ser considerada por los amigos de Byron, pero que ella también tiene sus sentimientos.»

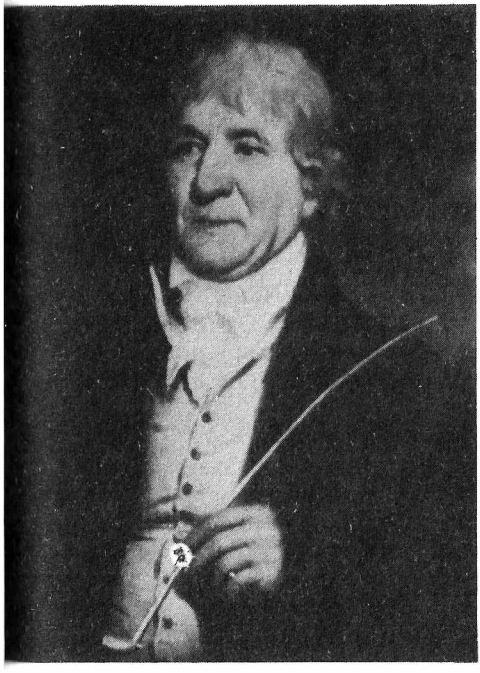
A continuación, Hobhouse volvió su atención hacia el manuscrito que Byron había entregado a Tom Moore y que ahora estaba en poder de John Murray. De inmediato se puso en contacto con ambos y les dijo que deseaba que el manuscrito fuese destruido inmediatamente, por temor al daño que podía causar a la reputación de Byron. Moore se opuso, pero ya era demasiado tarde, porque Hobhouse había persuadido a Augusta para que apoyara la quema del manuscrito. En un acto de irreversible censura, Hobhouse, que tan a menudo había intentado convencer a Byron para que moderase el tono del *Don Juan*, y Murray, «el más tímido de los libreros de Dios», destruyeron las propias memorias de Byron sobre su vida, en las habitaciones que Murray poseía en la calle Albemarle.

El funeral

La noticia de la muerte de Byron se extendió por toda Europa. Carlyle sintió que «había perdido a un hermano», y llamó a Byron «el espíritu más noble de Europa». Tennyson, a sus catorce años, creyó que su mundo se derrumbaba y escribió sobre la piedra arenisca de las cercanías de Somersby: «Byron está muerto.» Mary Shelley, muy afectada, lamentó la frialdad que había habido entre ellos a raíz de la muerte de Shelley. Varias damas, entre las que se hallaban lady Caroline Lamb y lady Frances Webster, suplicaron a Hobhouse que buscase y les devolviese las cartas que habían escrito al poeta.

En Europa el efecto de la muerte de Byron fue mayor, y quizá también más durarero, que el producido en Inglaterra. Muchos periódicos franceses señalaron que los dos hombres más grandes del siglo, Napoleón y Byron, habían desaparecido casi al mismo tiempo. Como mito, su influencia en la joven generación francesa fue enorme. El poeta alemán Heine le consideró el más elevado misionero del liberalismo que había dado su generación, el enemigo de la opresión y de la esclavitud, el inconformista que no toleró ninguna interferencia contra la libertad del espíritu humano. Byron no se hubiera reconocido a sí mismo en la estatua heroica, y a veces inhumana, que muchas mentes europeas le erigieron dentro de sí; como tampoco se hubiera reconocido en el Anticristo que era en opinión de sus hipócritas compatriotas.

El 5 de julio llegó a Londres el cuerpo del poeta. Puesto que el rector de Westminster le negó el permiso para que fuese en-



Retratos de John Murray, de autor anónimo (colecciones de la Abadía de Newstead) y de John Cam Hobhouse, obra de C. Turner (British Museum, Londres). Ambos editores quemaron las memorias de Byron poco después de su muerte.

terrado en la abadía, Hobhouse y Augusta decidieron que descansara en la cripta familiar de Hucknall Torkard, en Nottinghamshire. Expusieron su cuerpo durante dos días; las masas clamaban por verle, pero «muy pocas personas distinguidas» mostraron interés por su cadáver, como escribió con tristeza Hobhouse en su diario.

El 12 de julio el cadáver del poeta salió para Hucknall, abriéndose paso por entre las calles atestadas de gente. Los nobles, sin embargo, se resistieron a presentarle sus respetos. Sus razones eran probablemente más políticas que sociales, a pesar de que muchos de ellos se habían sentido ofendidos por su vida privada y por sus escritos públicos. El Gobierno británico era oficialmente neutral en el conflicto griego y resultaba evidente que no haría ninguna manifestación que pudiera ser interpretada como un apoyo a los griegos, especialmente porque los miembros del Comité Griego de Londres, cuyo representante fue

Byron, pertenecían en su mayor parte a la extrema izquierda y eran liberales radicales.

Así pues, aunque el coche fúnebre era seguido por cuarenta y seis carrozas, muchas de ellas iban vacías, precisamente las de aquellos que estaban en desacuerdo con el radicalismo de Byron y las de los que incluso llegaron a pensar que el poeta, por su proceder social, había dejado de ser un inglés. Las carrozas fueron enviadas sobre todo como un gesto de respeto hacia una clase, más que hacia una persona.

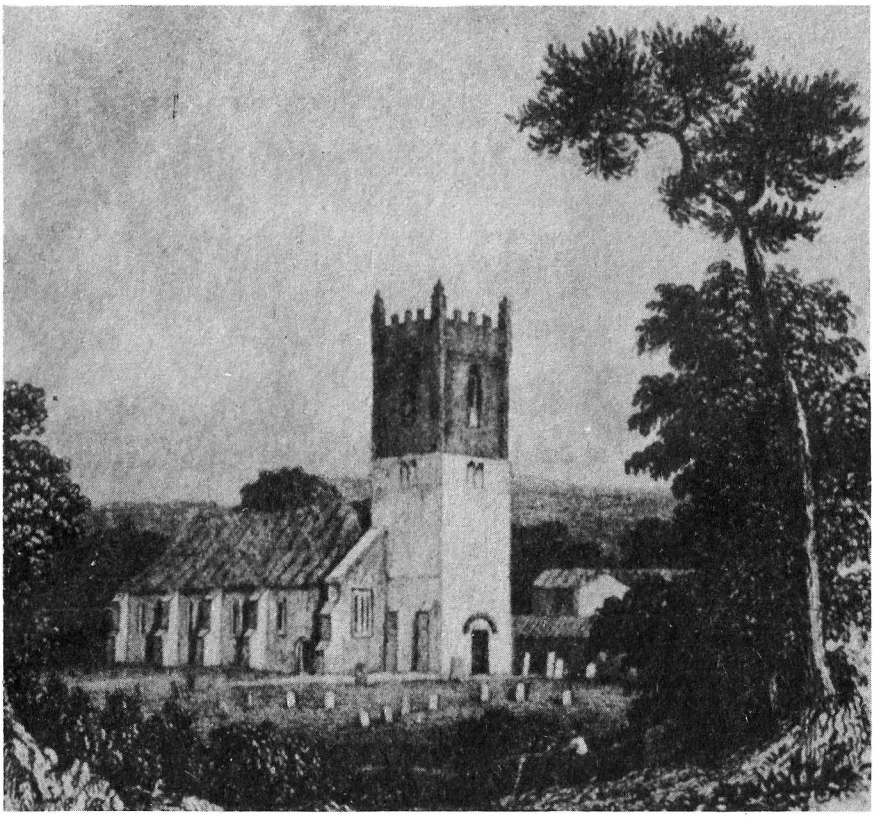
El cortejo subió por la calle Oxford y por Tottenham Court Road, hasta Highgate Hill, donde Mary Shelley lo vio pasar desde las ventanas, y luego continuó hacia Nottingham. Cuando el coche fúnebre pasó por Brocket Hall, lady Caroline Lamb, todavía convaleciente de una enfermedad, se hallaba como por casualidad cabalgando en las cercanías con su esposo. Lady Caroline le preguntó que de quién era aquel funeral. Su marido no le contestó.

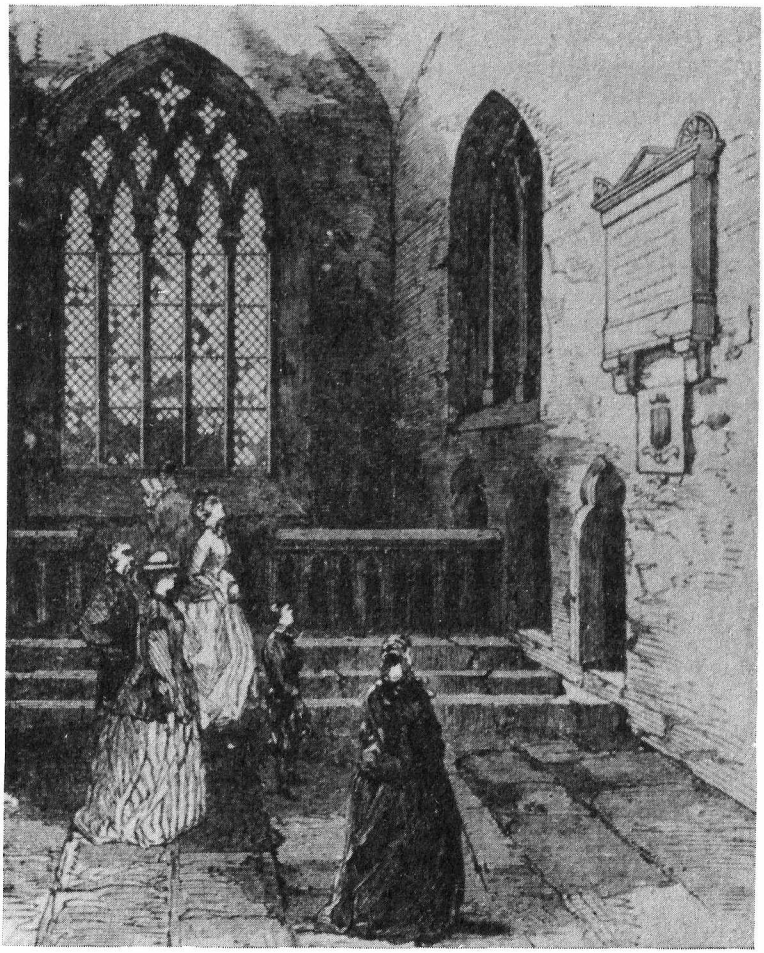
La gente se apiñaba al paso del cortejo por pueblos y ciudades. En Nottingham el secretario municipal presentó una resolución de la corporación como tributo a la memoria de Byron. Algunos poetas noveles viajaron hasta allí para posar unos instantes sus manos sobre el ataúd. El 16 de julio, día en que se celebró el funeral, la pequeña iglesia de Hucknall estaba atestada de público.

Brocket Hall, residencia de lady Caroline Lamb, por P. Sandby. Victoria and Albert Museum, Londres. ▶

10. Poesía y personalidad de Byron

La confusión que se produjo de inmediato entre el Byron poeta y el héroe de una leyenda romántica ha oscurecido su fama desde entonces. Mientras que todo el mundo recuerda la leyenda, hace relativamente poco tiempo que se le concede cierto valor como poeta; y su obra maestra, el *Don Juan*, se lee compa-





La iglesia de Hucknall Torkard, cerca de Nottingham.

◀ *La tumba de Byron en Hucknall Torkard. Colecciones de la Abadía de Newstead.*

rativamente poco en nuestros días, o en cualquier caso es menos conocida que cualquier otra obra de relativa importancia.

Byron es un poeta importante por razones que nada tienen que ver con la súbita fama que le dio *Childe Harold* en 1812, cuando se ponía su nombre a los cuellos y corbatas de nuevo estilo. Y lo es aun en aquellas ocasiones en que incurre en el defecto

que más se le ha achacado: escribir rápida y, a veces, hasta descuidadamente, en la seguridad de que cuanto escribía sería leído con interés.

No tenía el don de escribir lo que el lector medio identificaba inmediatamente con «lo poético». Cuando Byron intentó escribir poemas lírico-patéticos, consiguió un resultado risible:

Cuando la Amistad o el Amor mueven nuestras simpatías,
cuando la Verdad debiera aparecer en una mirada,
los labios pueden engañar con un hoyuelo o una sonrisa,
pero la prueba del afecto es una lágrima...

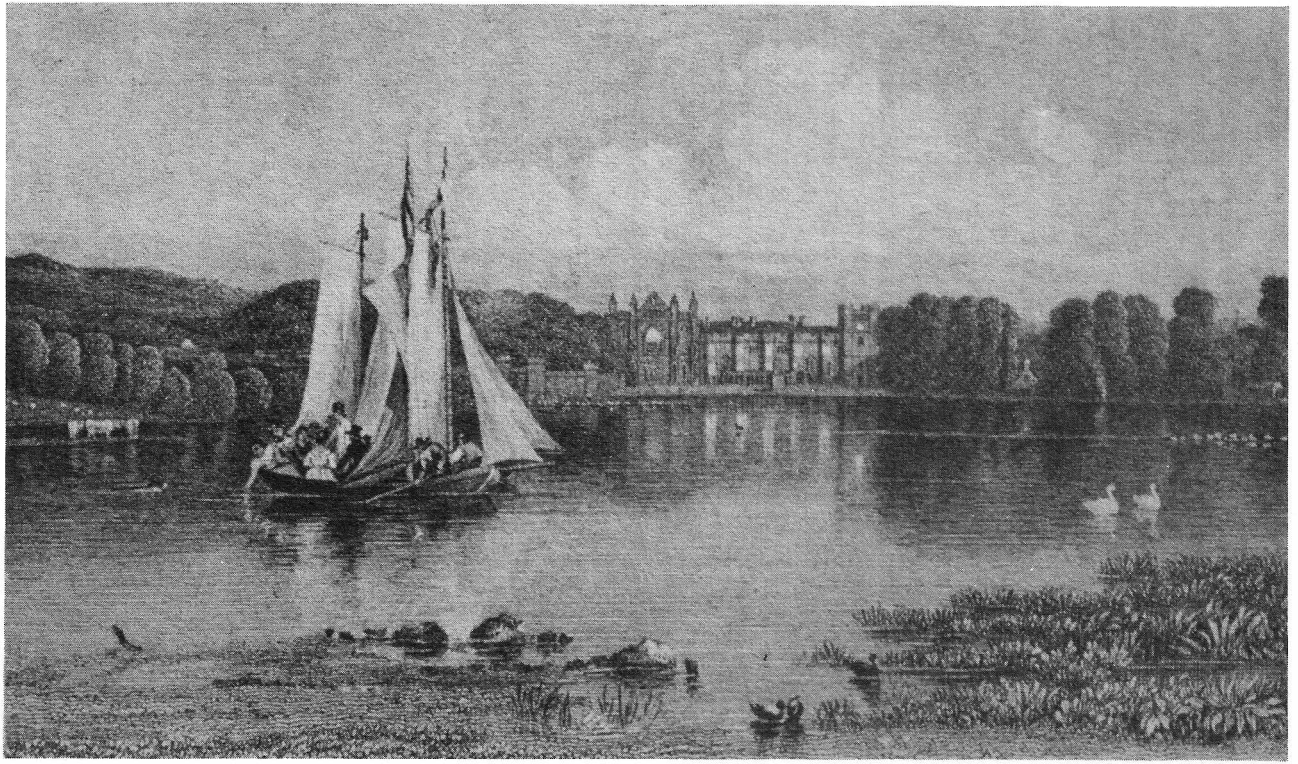
Lo más seguro es que Byron se diera cuenta enseguida que este tipo de escritura no era su fuerte (los versos son de *Horas de ocio*), pero en su trabajo lírico de una época muy posterior también su tono es demasiado forzado, como en el famoso poema titulado *La destrucción de Senaquerib*:

Y las viudas de Azur elevan su llanto,
y se rompen los ídolos del templo de Baal;
¡y el poder del Gentil, sin que la espada lo hiera,
se ha derretido como nieve bajo la mirada del Señor!

En poesía lírica Shelley fue el maestro de Byron y tal vez lo fuera también en el verso libre. Byron admiraba a Pope hasta la idolatría y a Milton sólo un poco menos; sin embargo, se impacientaba por ver impresos sus pensamientos y era demasiado inquieto para revisarlos continuamente. Por eso su métrica es tan floja y su gramática a veces incorrecta.

La fuerza de Byron radica en lo que Parolles afirma en *Está bien todo lo que bien acaba*: «Simplemente lo que soy me hará vivir.» Byron fue, en todo lo que escribió, absolutamente sincero; si tuvo o no razón, si acertó o no en sus juicios, si fue o no original en su concepción del comportamiento privado, lo cierto es que su sinceridad fue casi absoluta, aun cuando en esa sinceridad se defraudase a sí mismo.

Los Drachenfelds, *por Turner, uno de los escenarios del tercer canto de* ▶
Childe Harold. *Courtauld Institute Galleries, Spooner Bequest.*



Su virtud dimanaba de su aguda sensibilidad; una sensibilidad tan destrozada por los insultos de su madre («¡niño cojo!»), que más tarde buscaría una sustituta en los brazos de cualquier mujer que pasara, o pudiera pasar, por su camino.

Al acceder al título y aparecer más tarde en sociedad, al ser agasajado en esa sociedad, sobre todo a raíz de la publicación de *Childe Harold*, el atractivo y presumiblemente rico joven tenía a Londres y, según parecía, al mundo entero a sus pies. La carrera de la política se abría ante él, y la de las letras parecía asegurada. Entonces Byron decidió hacer un «buen matrimonio». Pero la política no le sedujo. Su matrimonio fracasó. La sociedad se volvió en su contra, y abandonó Inglaterra. Y fue en este instante, en el momento justo que se desgajó de su tierra natal, cuando se convirtió en un poeta realmente importante.

Los dos primeros cantos de *Childe Harold* son entretenidos y fogosos, están bien rimados y bien escritos. Pero los dos cantos siguientes son infinitamente más valiosos desde el punto de vista de la poesía. Las estancias de Waterloo y de Napoleón, los versos de los Drachenfels y la descripción de Clarens tienen un tono más profundo que cualquier poema de la primera mitad:

Sigue rodando, tú, profundo y oscuro océano azul. ¡Rueda!
Diez mil flotas te recorren en vano;
el hombre marca la tierra con ruinas: su control
se detiene en la costa; sobre la planicie acuosa
los naufragios son todas tus acciones, ninguna señal queda
por la sombra de la destrucción de un hombre, salvo la
suya propia
cuando, por un momento, como una gota de lluvia,
se hunde en tus profundidades con gemidos burbujeantes,
sin una tumba, desprotegido, desenterrado y desconocido.

También, desde el momento en que dejó Inglaterra, se convirtió Byron en el satírico más agudo de la época. Condenó la estupidez de Jorge III y las bobas e insulsas payasadas de Prinny. Desdeñó el seudoliberalismo de Brougham y odió a Castlereagh. Al enterarse de su suicidio, escribió un cruel epigrama en el periódico de Hunt:

¡Así que al fin se ha cortado el cuello! ¡El! ¿Quién?
El hombre que cortó el de sus país hace mucho tiempo.

Sentía desprecio por Pitt, y escribió su epitafio:

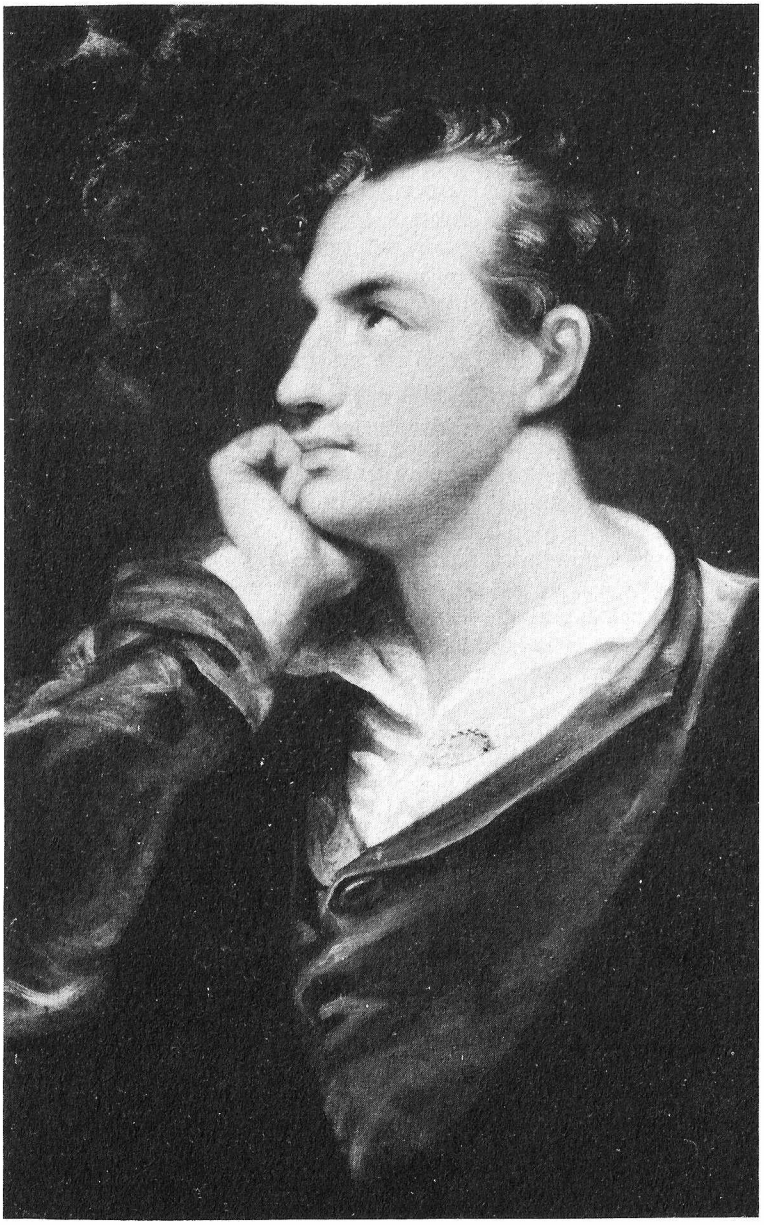
Condenado al abrazo de la muerte,
bajo esta losa fría, él,
que mintió en la iglesia,
ahora yace en la abadía.

Byron se atrevió a despreciar a Wellington por Waterloo; y debemos recordar que aunque se tuviera, como el poeta, tan poco cuidado de la reputación personal, era un acto de cierta valentía publicar sentimientos como éstos, y lo era mucho más publicar versos que estaban en contradicción con la mayoría de los sentimientos religiosos de la época. Su reputación, en consecuencia, era tal que, cuando anunciaron una vez su nombre en los salones de Mme. de Staël, una dama inglesa novelista se desplomó sin sentido.

La fuerza de las opiniones políticas y sociales de Byron, la fuerza de sus escritos satíricos, el romanticismo de su personalidad, la extraordinaria inteligencia de sus esquemas métricos y rítmicos, todo se manifestó en conjunto finalmente en *Don Juan*. En este gran poema se hallan todas sus virtudes y, me atrevo a decirlo, muchos de sus defectos. Fue el primero y el último poema de su clase; y en él, como lo expresa Quiller Couch, «montó su última gran carga contra la fortaleza de la hipocresía y el despotismo». *Don Juan*, como *Childe Harold*, es un autorretrato atractivo.

Porque, por encima de todo, Byron fue una figura atractiva. Su crueldad para con su mujer provenía de un defecto de su propia naturaleza; no puede culpársele de ella más que de su «pie pequeño». Y en lo que se refiere a sus muchas aventuras, si lady Caroline o las demás mujeres de su vida se consideraron dañadas, la verdad es que siempre fueron ellas las que dieron el primer paso. Teresa Guiccioli, en sus memorias, dejó un retrato del poeta que de alguna manera da una ligera idea de su irresistible encanto.

Coleridge dijo que «si le hubiéseis visto, difícilmente desconfiaríais de él... Sus ojos eran las puertas abiertas del sol; objetos de luz hechos para la luz». Su comportamiento era tan franco y cándido como aquellos ojos. Cuando se irritaba, como con Hunt y sus revoltosos chiquillos, lo demostraba; cuando se enfadaba, actuaba en consecuencia; cuando amaba, amaba de verdad. Su compasión era tal, que incluso cuando estaba profundamente endeudado apartaba todos los días una suma para caridades. Fue un hombre de coraje físico que se preocupó profundamente por la poesía y que trabajó en ella con gran energía, como lo demues-



Retrato de lord Byron por R. Westall. National Portrait Gallery, Londres.

tran su diario y sus cartas. No tuvo los recursos espirituales de Keats, ni la singular dulzura de carácter de Shelley; pero su personalidad en poesía es más atractiva que la de ambos, quizá a causa de la ligera simplicidad de su estilo. Como escribió Pascal: «Cuando nos encontramos con un estilo natural, sentimos siempre sorpresa y placer, porque pensábamos que íbamos a ver a un autor y hemos hallado a un hombre.»

Si, finalmente, todavía parece más importante como mito que como ser humano, la clave radica en su estilo de vida. Vivió violenta y apasionadamente una vida plena de significación. Era en todo como la descripción que él mismo hizo de Rousseau:

Aquel que arrojó
encantamiento sobre la pasión, y de quien
manó una elocuencia irresistible...
todavía supo
cómo hacer bella la locura, y extendió
sobre las acciones y pensamientos errados un color
celestial.

Cronología

1788 El 22 de enero, en el número 16 de Holles Street en Londres, nace George Gordon Byron.

1791 El capitán John Byron, padre del poeta, muere en Valenciennes, Francia, el 2 de agosto.

1793 Byron acude a su primera escuela, en la calle Broad, en Aberdeen.

1794-95 Asiste a la Grammar School (Escuela Secundaria) de Aberdeen.

1798 El 21 de mayo Byron se convierte en el sucesor del título de barón Byron de Rochdale.

1801-05 Asiste a la escuela de Harrow.

1803 Byron tiene su primer romance serio y frustrado con Mary Chaworth.

1805-07 Asiste al Trinity College, en la Universidad de Cambridge.

1806 El 1 de noviembre Byron publica su primera colección de versos: *Piezas fugitivas*.

1807 En enero se publican los *Poemas de varias ocasiones* y *Horas de ocio*; en marzo se publican los *Poemas originales y traducidos*. El 13 de marzo ocupa su escaño en la Cámara de los Lores.

1809 En marzo se publica *Poetas ingleses y críticos escoceses*, y Byron se hace famoso de la noche a la mañana.
El 2 de julio se embarca en Falmouth rumbo a Lisboa, Sevilla, Gibraltar, Patrás y Atenas.

1810 El 3 de mayo Byron realiza su famosa hazaña de cruzar a nado el Helesponto, y continúa su trabajo en Atenas, volviéndose un ferviente helenófilo.

1811 El 14 de julio regresa a Inglaterra, y ese mismo mes muere su madre.

1812 El 27 de febrero pronuncia el primero de sus únicos tres discursos en la Cámara de los Lores: una proposición de ley sobre mecanización de la industria textil. El 10 de marzo se publican los dos primeros cantos de *Childe Harold*, y Byron se convierte en un famoso e importante personaje.
Conoce a lady Caroline Lamb.

1813 En junio se publica *The Giaour*, y en diciembre, *La desposada de Abydos*.

1814 *El corsario* aparece en enero, y *Lara*, en agosto. El 9 de septiembre Byron pide la mano de Annabella Milbanke.

1815 El 2 de enero Byron se casa con Annabella Milbanke, en Seaham, en el condado de Durham. En abril publica *Las melodías hebreas*. El 10 de diciembre nace Augusta Ada Byron.

1816 El 15 de enero Byron se separa de lady Byron. En febrero publica *El sitio de Corinto* y *Parisina*, y el 21 de abril firma la escritura de su separación. El 24 de abril abandona Inglaterra para siempre, y viaja por Bruselas y Colonia, llegando a Lausana el 24 de mayo. El 26 de mayo conoce a Shelley. El 5 de octubre parte de Suiza para Milán y Venecia. El 18 de noviembre se publica el canto tercero de *Childe Harold*, y el 5 de diciembre aparecen *El prisionero de Chillon y otros poemas*.

1817 El 12 de enero nace la hija de Byron y de Claire Clairmont. El 29 de abril Byron va a visitar Roma, y el 14 de junio se muda a la Villa Foscarini, en La Mira. El 16 de junio se publica *Manfred*. En diciembre vende la abadía de Newstead por la cantidad de noventa y cuatro mil quinientas libras.

1818 El 22 de febrero publica anónimamente *Beppo*. El 9 de marzo Allegra Byron es bautizada en Londres, y el 1 de mayo llega a Italia junto con los Shelley y Claire Clairmont, y es entregada a su padre. El 28 de abril se publica el canto cuarto de *Childe Harold*.

1819 Byron conoce a la condesa Teresa Guiccioli, y el 10 de junio se traslada a Rávena para estar cerca de ella. El 28 de junio se publica *Mazeppa* y la *Oda a Venecia*, seguidas, el 15 de julio, por la publicación anónima de los dos primeros cantos del *Don Juan*.

1821 En octubre escribe *La visión del Juicio*, y en noviembre Byron se traslada a Pisa. En diciembre publica los dos cantos siguientes del *Don Juan*, *Sardanápalo*, *Los dos Foscari* y *Caín*.

1822 El 20 de abril llega la noticia de la muerte de Allegra. El 7 de julio se produce el naufragio de Shelley. En septiembre Byron se traslada a Génova, donde se le une Leigh Hunt; en el primer ejemplar de la revista de este último, que apareció el 15 de octubre con el nombre de *El Liberal*, publica Byron *La visión del Juicio*. El 22 de noviembre publica *Werner*.

1823 El 15 de julio Byron se embarca rumbo a Grecia, y el 2 de agosto llega a Cefalonia. En diciembre parte para Missolonghi.

1824 El 4 de enero Byron se une al príncipe Mavrocordatos en Missolonghi, donde el poeta comienza a instruir a un pequeño ejército de mercenarios. El 9 de abril, montando a caballo, se resfría, y el 19 de abril muere. Llevado su cadáver de vuelta a Inglaterra, es enterrado el 16 de julio en Hucknall Torkard, cerca de Nottingham.

Testimonios

Walter Scott

Si hablamos de genialidad, su poesía no tiene parangón. Como hombre bien es verdad que tuvo defectos, los mismos que la mayoría de los londinenses de su posición, pero no vamos a hablar de ellos porque no merece la pena criticarlos.
(En *Quarterly Review*, 1816)

Robert Southey

Ha habido hombres de corazón desviado e imaginación corrompida que han desarrollado un sistema moral acorde con su funesta manera de vivir... Estos tales procuran que los demás, contagiados por un virus moral que ataca sus espíritus, sean tan infelices como ellos mismos. Son los fundadores de una escuela que puede ser llamada, con toda justicia, escuela de satanismo. Los fragmentos lujuriosos de sus obras desprenden el hálito de Belial, y la acumulación complaciente y repugnante de monstruosidades y atrocidades, el aliento de Moloch.
(Prólogo a *La visión del juicio*, 1821)

Stendhal

Cuando ese hombre único estaba de buen humor y entusiasmado, revelaba sentimientos nobles, elevados, insignes, en una palabra, a la altura de su genio; en la vida diaria, sin embargo, me parecía de lo más vulgar porque traslucía grandes dosis de frivolidad mezquina, un miedo constante e infantil al ridículo y en ciertas ocasiones... esa mojigatería que los ingleses llaman *cant*.
(Carta a Louise S. Belloc, 1824)

Alexander Pushkin

A ti te ha entristecido la muerte de Byron, a mí sin embargo me parece un día grande para la poesía. El genio de Byron se iba desvaneciendo a medida que se le escapaba la juventud... Cuando alcanzó la madurez, la edad viril, siguió cantando, y enmudeciendo poco a poco: ya no volvería a ser el mismo.
(Carta a Vyazemsky, 1824)

Heinrich Heine

Byron... es un hombre que mantiene una oposición frontal a Scott, y que en lugar de lamentar como aquél el ocaso de las viejas formas, llora amargamente porque todavía quedan algunas en pie; querría derribarlas como un revolucionario, a sangre y fuego, y llevado por su furia destructora consigue inficionar con su veneno melódico las flores más sagradas de la vida, y como si fuera un arlequín enloquecido se clava un puñal en su propio corazón con risa burlona y ve salir su sangre negra a borbotones cayendo sobre hombres y mujeres. A decir verdad,

siento dentro de mí en este momento que no soy un imitador de Byron, mejor dicho, no un imitador de su lado oscuro: mi sangre no es tan negra como la suya, y mi amargura proviene únicamente de las agallas de mi tinta...
(*El Mar del Norte*, 1826)

Giuseppe Mazzini

No conozco ningún símbolo más bello del destino y de la meta futura del arte que la muerte de Byron en Grecia. La santa alianza de la poesía con la causa de los pueblos, la fusión —hoy en sus inicios— del pensamiento con la acción, que culminará la palabra humana y liberará al mundo... son ahora la religión y la esperanza de los partidos progresistas de toda Europa.
(En *Monthly Chronicle*, 1839)

Matthew Arnold

Poseía una fuerza asombrosa y apasionada, un profundo sentido del lado hermoso de la naturaleza y de los actos y sufrimientos del hombre. Cuando se sentía inspirado y se sumergía en el trabajo, era la naturaleza misma la que guiaba su pluma... con toda su honda sencillez.
(*Byron*, 1881)

André Maurois

Byron fue el poeta de una época agitada. La Revolución francesa había despertado, en un principio, grandes esperanzas, pero al final había traído la más amarga decepción. Las guerras napoleónicas brindaban ocasión para hazañas tan grandes como inútiles. Millones de personas, Byron entre ellas, eran de la convicción de que el orden del mundo era injusto y absurdo. Para todas ellas, y para el mismo Byron, sus poemas tenían el poder del «volcán, cuya erupción evita el terremoto».
(*Byron*, 1930)

Thomas Stearns Eliot

Las cualidades narrativas de Byron son muy apreciables... El interés de sus descripciones deriva, en primer lugar, de la arrebatadora fascinación de sus versos, y de su habilidad para soslayar la monotonía mediante variaciones esporádicas, y en segundo lugar, de su talento especial para la digresión, uno de los recursos más importantes del narrador. El efecto de tales digresiones es que mantiene continuamente despierto nuestro interés por el autor de la historia, potenciando así el interés de ésta.
(*Byron*, 1937)

Bertrand Russell

El mundo se ha empeñado en formarse de él una imagen simplificada, al prescindir de ese elemento de pose inherente a su cómica desesperación y a su declarado desprecio por las personas. Al igual que otros muchos personajes relevantes de la historia, Byron tiene más importancia como mito que como persona real. En cuanto mito, su relevancia fue enorme, sobre todo en el continente.
(*Historia de la filosofía occidental*, 1945)

Mario Paz

Fue un aristócrata y, no obstante, tenía los exhibicionismos de un *parvenu* y ello porque, ya en plena infancia, vivida en medio de la pobreza de unos nobles imprevistamente venidos a menos, le tocó heredar el esplendor del título de lord. Se mandó construir una carroza que era copia de la que usaba Napoleón y de-

coró su cama en Newstead Abbey con coronas de pares y lemas heráldicos. Su propia divisa fue también el lema de su expedición a Grecia. Era indolente y le gustaba la acción.
(*La literatura inglesa,* 1967).

Harold Bloom

Es realmente conmovedor que un agónico himno al amor desesperado fuera el último poema de Byron. Si él hubiera sido más prometeico, aun así no habría alcanzado un mejor equilibrio, tanto sexual como retórico, teniendo en cuenta la sociedad inglesa y europea en medio de la que tuvo que elegir su camino. Pero podría haber tenido más fe en su capacidad imaginativa; más confianza en su propio poder inventivo. De esta forma nos hubiera legado algo más amplio y más relevante que *Manfred* en el modo romántico, aunque *Manfred* es un buen poema. Nos queda *Don Juan* y el relato, todavía incompleto, de la vida de Byron. Byron no parecía lamentarse de no habernos dado más y era lo suficientemente realista como para creer que no había nada más que dar.
(*Los poetas visionarios del Romanticismo inglés,* 1974).

Peter Brent

Después de siglo y medio, sus palabras permanecen más vivas que las de cualquiera de sus contemporáneos; en sus cartas y en el *Don Juan* manifiesta una agilidad intelectual, una indiferencia y una tolerancia que nos resultan muy cercanas. Aunque todavía nos asombra su destreza en el manejo del lenguaje, lo que más nos sorprende es su modernidad. De todos sus contemporáneos, tan sólo oímos con la misma claridad las palabras de William Blake, pese a que el estilo de éste último es radicalmente diferente. En la lucha por su libertad personal, Byron preludió la nuestra.
(*Lord Byron,* 1974)

Camilo José Cela

Byron nos legó la leyenda de haber sido el hombre más atractivo de su tiempo, fue tal su poder de seducción, que hasta la cojera —circunstancia que suele considerarse como inhibitoria— ayudó a dar aún más encanto a su figura. Ilustrativo de lo que vengo diciendo pudiera ser el testimonio de Teresa Guiccioli, uno de sus grandes amores: «Su aspecto noble y exquisitamente bello, el tono de su voz, sus maneras, los mil encantos que lo rodeaban, lo convertían en un ser tan distinto y tan superior a cualquier otro de los que había visto hasta entonces, que era imposible que no ejerciera la más profunda impresión en mí».
(*Enciclopedia del erotismo,* 1976).

Elizabeth Longford

El peregrino de la eternidad —así le llamó Shelley en *Adonais*— liberó a los pueblos de la opresión, a la sociedad de la hipocresía, al lenguaje de la banalidad y al poeta de su torre de marfil.
(*Byron,* 1976)

Juan Gil-Albert

En cuanto a los *Donjuanes*, en la vida del que nos es, no sé si por menos cercano, más real, en Byron, sorprendemos, entre la nubecilla fulgurante de tantas sedas y rizos femeninos, medio ocultos entre el relumbre de tanta beldad, las sombras fugaces de algunos muchachos que treparon también con sus gracias masculinas —y esto en distintas etapas de su vida— al corazón del poeta.
(*Breviarium vitae,* 1979).

R. Navas Ruiz

En Inglaterra lord Byron, con su estilo de vida desenfadada y con su creación poética imaginativa, fecunda, apasionada, dio pie a toda una actitud, el *byronismo,* en la que se mezclan el orgullo satánico, la impiedad, el pesimismo y la melancolía, el escepticismo ante la vida, la aventura, la sensualidad, la exaltación del yo, la persecución de ideales imposibles.
(*El romanticismo español,* 1982).

Luis Antonio de Villena

Lord Byron se nos presenta como una entidad total. Al verle, vemos una época y, más aún, un código de valores. Una estética y una actitud ante la vida. Y ello no se nos presenta en su trayectoria humana —entendiendo su obra como algo circunstancial y accesorio—, ni tampoco en su labor creativa, considerada como desunida del hombre que la ha creado, sino en ambas fundidas. Obra y vida hacen una imagen —imagen que estimó Goethe y Mazzini, y Lermontov y Blaque y Espronceda—, y esa imagen, que ilustra todo un código (el romántico), resulta así un mito. La presencia de un dios.
Y, como todo mito, Byron es inseparable de su auerola. El teatro, el gesto, la máscara. El querer que le vean, que otorga un desusado valor a sus anécdotas. Lord Byron, con sus broches y sus *foulards,* y su cabello romántico al viento de una naturaleza que encarna estados de ánimo, soñador y apolíneo, esteta y desafiante, bello y malvado, generoso y dandy: persona que se busca personaje.
(*Corsarios de guante amarillo,* 1983).

Bibliografía

Algunas ediciones en castellano de las obras de Byron

Antología poética. Barcelona, Vosgos, 1968.
Diario de Cefalonia. Madrid, Júcar, 1976.
Don Juan. Madrid, Mediterráneo, 1973.
El corsario. Lara. El sitio de Corinto. Mazeppa. Madrid, Espasa-Calpe, 1976.
Morir de pie. Madrid, Felmar, 1976.

Obras sobre Byron

BLANCO QUIÑONES, J. L.: *Lord Byron*. Madrid, EPESA, 1971.
BLOOM, H.: *Los poetas visionarios del Romanticismo inglés: Blake, Byron, Shelley, Keats*. Barcelona, Barral, 1974.
KARIUS, B.: *La vida amorosa de Lord Byron*. México, Olimpo, 1964.
MCGANN, J. J.: *Fiery Dust: Byron's Poetic Development*. Chicago, University of Chicago Press, 1968.
MARCHAND, L. A.: *Byron: A Biography*. Westminster, 1957 (3 vols.).
MAUROIS, A.: *Lord Byron*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947.
PUJALS, E.: *Espronceda y Lord Byron*. Madrid, C.S.I.C., 1972.
RAPHAEL, F.: *Byron*. Londres, Tames and Hudson, 1982.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón,** por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel,** por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi,** por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin,** por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia,** por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx,** por Werner Blumenberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill,** por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway,** por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare,** por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie,** por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1),** por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2),** por Ernest Jones.
14. **Dickens,** por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante,** por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche,** por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez,** por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1),** por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2),** por René J. Dubos.
20. **Luis XIV,** por Ragnhild Hatton. Prólogo de Víctor L. Tapié.
21. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.ª serie.)
22. **Russell,** por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.

23. **Rembrandt,** por Christopher White. Prólogo de Josep Guinovart.
24. **Julio César,** por Hans Oppermann. Prólogo de Agustín García Calvo.
25. **García Lorca,** por José Luis Cano.
26. **Edison,** por Fritz Vögtle. Prólogo de Manuel Toharia.
27. **Verdi,** por Charles Osborne. Prólogo de José Luis Téllez.
28. **Chaplin,** por Wolfram Tichy. Prólogo de Carlos Barbáchano.
29. **Dostoyevski (1),** por Henri Troyat. Prólogo de Joaquín Marco.
30. **Dostoyevski (2),** por Henri Troyat.
31. **Falla,** por Manuel Orozco.
32. **Van Gogh,** por Herbert Frank.
33. **Sartre,** por Walter Biemel.
34. **Buda,** por Maurice Percheron. Prólogo de Alfredo Fierro.
35. **Byron,** por Derek Parker. Prólogo de Pere Gimferrer.
36. **Juan XXIII,** por José Jiménez Lozano.

BYRON

Todavía hoy resulta difícil separar el poeta Byron de la leyenda que le rodea. El héroe byroniano –introspectivo, obsesionado por el pecado, lujurioso, brillante e irreverente– fue muy imitado, tanto en los libros como en la vida real, en toda la Europa de principios del siglo XIX, hasta convertirse en una figura clave del Romanticismo. Pero existe también otro Byron de talante clásico, heredero de Pope y Swift y dotado de grandes facultades para la sátira, tal como se nos revela en *Don Juan* o en *La visión del Juicio.*

Derek Parker, poeta y editor de *The Poetry Review,* relata en esta obra la vida de Byron y su carrera literaria, y nos muestra al hombre que vivió como un personaje romántico, pero también a la víctima de una conciencia casi calvinista: un escritor, en suma, que de esa paradoja vital extrajo la raíz de su genio.

10035
9 788434 581456